This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5984.2.2

**Harvard College Library.**

FROM THE

SALES FUND.

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. This will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Received 18 Dec. 1899.

# ESTUDIOS CRÍTICOS.

JUAN VALERA.

# ESTUDIOS CRÍTICOS

SOBRE

# LITERATURA, POLÍTICA

## Y COSTUMBRES DE NUESTROS DIAS.

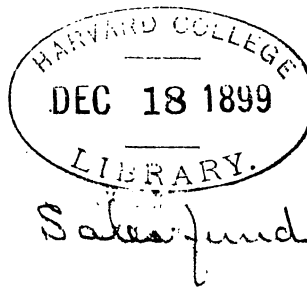
TOMO II.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
FRANCISCO ÁLVAREZ, Editor.
Ronda de Recoletos, 4, principal.

1884

Span 5984.21.2




MADRID, 1884.—Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, 20.

# DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

## I.

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transicion, en una era de revoluciones, en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan, niegan de un modo implícito la evidente, providencial y perpétua agitacion del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transicion y de revoluciones. Desear el contínuo reposo é imaginar que en algun tiempo le hubo, es creer que la humanidad cayó durante algun tiempo, y puede caer de nuevo, en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro é indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Sería, pues,

temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasado, si procurasen hacerla retroceder, ó el de los que se precian de conservadores, si quisiesen pararla. No es esto lo que les incumbe, si bien tienen que cumplir un destino altísimo, si bien son, y nunca dejarán de ser, parte principal en el movimiento y desarrollo de la historia. En esa *pompa*, en esa *teoría* sacratísima de la raza del hombre, en esa peregrinacion maravillosa hácia la tierra prometida, si hay, y conviene que haya, profetas para que columbren lo porvenir, son asimismo necesarios los guardadores de la antigua sabiduría y de la experiencia de los siglos; aquellos que, sin poner obstáculo al progreso, le siguen y prudentemente le ordenan; aquellos que conservan, como en el arca de una nueva alianza, las tradiciones que han de legitimarle, santificarle y hacerle fecundo, enlazándole con lo pasado. El criterio de éstos es el que debemos y queremos adoptar al juzgar el grande espectáculo que hoy nos ofrece la conmovida Europa; espectáculo que ha de mirar el filósofo con serenos ojos, confiando en la Divina Providencia y en el instinto divino de la humanidad, desechando vanos temores y ahogando la envidia, que no, por ser patriótica, deja de ser mezquina.

España tuvo la primacía durante dos siglos, en este gran sistema de Estados europeos, confede-

rados tácitamente por una misma civilizacion y por una misma tendencia, animados del mismo espíritu y caminando al mismo fin de extender por todo el orbe la fe cristiana con la persuasion, las ciencias y las artes con el comercio y con la guerra. Postrada ya España, y predominantes Inglaterra y Francia, todavía nos queda el consuelo de poder afirmar que, hasta sin tener en cuenta los raros descubrimientos de nuestros dias, sobre todo las aplicaciones del vapor y de la electricidad, eficaces y poderosos medios, nuestro predominio fué, más que los de ahora, benéfico á la civilizacion del mundo, á la propagacion del cristianismo, á la elevacion y redencion de las razas degradadas, bárbaras ó selváticas, y á la comunion y consorcio de ellas con lo más noble y dichoso del linaje humano. En la época en que predominaban los españoles, todos los pueblos eran, más que en la presente, fanáticos, codiciosos y crueles; pero ni la crueldad, ni la codicia, ni el fanatismo, bastaron á impedir que asimilásemos á nosotros á los indios de ambas Américas, haciéndolos compatriotas y hermanos nuestros. No así la gente anglo-sajona, que jamas se mezcla con el pueblo vencido; que no puede ni sabe conquistar sino humillando, extinguiendo ó arrojando para siempre de sus hogares á la gente conquistada.

No en balde ni fuera de propósito vienen aquí

las anteriores reflexiones. La postracion de España no es sino relativa. Otras potencias de Europa, singularmente las dos arriba mencionadas, se le han adelantado, con rápido crecimiento, en poblacion y en riqueza; pero España áun puede alcanzarlas. Nacion cual la nuestra, que tan grandes obras ha obrado, no muere nunca, y sólo decae temporalmente. En ella vive un espíritu inmortal que ha de engendrar sin duda un nuevo y sublime pensamiento, y que ha de divulgarle por el mundo con sus armas y con sus naves. España, pues, puede mirar impasible y serena los acontecimientos que hoy se realizan y se preparan. Unida y armada para la propia defensa, apercibiéndose á cumplir en lo futuro destinos más altos, y segura de que, áun en el estado actual, lograria en una gran contienda inclinar notablemente la balanza con el peso de su espada, ni debe recelar para sí los infortunios de unos, ni envidiar la suerte de otros, si bien las flaquezas y errores ajenos han de servirle de escarmiento saludable, y los aciertos, de estímulo y de incentivo. Si llega la hora de un temeroso choque entre las potencias preponderantes, España, regida por un gobierno firme, prudente y de altas miras, ora haciendo respetar y valer su neutralidad, ora poniéndose de un lado, no es de temer que padezca mengua, y sí de esperar que logre ventajas.

En esta situacion, á mi ver favorable, España y cualquiera español, sin ponerse en contradiccion, por amor de la patria ó por empeño de parecer en extremo celoso de su bien y seguridad, con los intereses generales del mundo, pueden imparcialmente juzgar los hechos que ahora se ofrecen á su exámen, y entre ellos el más culminante y trascendental, el conato de independencia y union de Italia.

¿Y quién ha de negar que este conato es santo y noble, que esta aspiracion es legítima? Es cierto que Italia, desde la caida del Imperio romano, no ha estado unida en un solo reino sino bajo dos reyes bárbaros, Odoacro y Teodorico; pero muchas veces, y con admirable poder y gloria, ha estado confederada. La confederacion era acaso la única unidad posible en la Edad Media, en que no habian llegado á formarse las grandes nacionalidades, y confederacion hubo en Italia. No hubo unidad completa; pero tampoco en Francia, en la Gran Bretaña, ni en nuestra patria la hubo. Si despues estas últimas naciones se han unido, é Italia no, no por eso se ha de argüir que la unidad es imposible y absurda, aunque sea difícil sobremanera.

Dos causas principales han concurrido y concurren á que se retarde, á que tal vez no se logre la unidad de Italia, y su integridad é indepen-

dencia; dos causas que honran y ensalzan á Italia, no que la desdoran. Es una el esplendor y poder de sus repúblicas, cuyo recuerdo parece que se opone á confundirse y perderse en un solo Estado; es otra el señorío temporal del Papa.

El primer obstáculo no es tan difícil de superar, sobre todo cuando ya no existe sino como recuerdo. El condado de Barcelona era áun glorioso en realidad cuando se unió con Aragon, y Aragon cuando se unió con Castilla. Gloriosísima, maravillosa como una epopeya, fué la vida independiente de Portugal, y áun seguiria unido á España á no ser por la torpeza y desgobierno de los reyes austriacos. El segundo obstáculo es el que nos parece casi insuperable.

Á pesar de todo, los italianos, y más los egregios que los vulgares, y más los que han vivido en edad relativamente próspera que los que han vivido en períodos de abatimiento, han deseado siempre con ardor la unidad y la independencia de la patria, haciendo todos constar de esta suerte que la patria comun existia y existe, y no es una mera fórmula geográfica, como supuso el príncipe de Metternich. Petrarca en sus canciones, Dante en su *Monarquía* y en su poema soberano, y Machiavelli en todas sus obras políticas, aspiran á la unidad de Italia. En nuestros dias no ha nacido, sólo se ha renovado esa aspiracion.

Italia no ha dejado nunca de ser fecunda en grandes ingenios. Sin embargo, puede asegurarse que desde principios de este siglo empezó en ella un renacimiento y desarrollo del espíritu que no podia ménos de preparar y producir al cabo, en el terreno práctico, una revolucion grandísima. Parini, con sus sátiras, avergüenza á los ociosos y á los afeminados; Alfieri enciende en las almas el amor de la libertad y de las grandes hazañas; Manzoni eleva el corazon con sus religiosos y patrióticos cantares; Leopardi presta á muchos italianos el furor de su desesperacion; Amari se complace en recordarles las terribles *Vísperas Sicilianas;* Romagnosi les enseña las ciencias políticas; Rosmini, Galuppi y Mamiani los arrebatan á las esferas de lo ideal con sus altas filosofías, y hasta un monje de Monte-Casino, el padre Tosti, escribe la historia de la liga lombarda y hace revivir en la memoria de sus contemporáneos la gloria de aquellos que se igualaron en Legnano con los héroes de Maraton y de Platea.

Entre tanto, las revoluciones de otros pueblos y su anhelo contagioso de libertad, la heroica guerra de la Independencia de España, la no ménos heroica de Grecia y hasta los estremecimientos convulsivos de Polonia, que se agitaba por sacudir el yugo, ofrecieron ejemplo é infundieron en Italia la emulacion y el entusiasmo. Así es que

en todo el primer tercio de este siglo han sido frecuentes en Italia las conjuraciones y los alzamientos. Tanto los fervorosos conspiradores de las sociedades secretas, cuanto muchos hombres de gobierno, soñaban, como medio y hasta como fin de independencia, con el reino único, de que el primer Napoleon les habia dado el modelo, aunque no independiente y cabal. Por otra parte, no faltaban republicanos y demócratas que suspiraban, ó por una confederacion de repúblicas, ó por la república una é indivisible. Patriotas más avisados querian la liga de los príncipes contra el extranjero; pero los príncipes, recelando, acaso no sin motivo, de los patriotas, y atraidos por los lazos de parentesco y jerarquía, se ligaban los más con el Emperador de Austria contra los patriotas, y no entre sí y con los patriotas contra el Emperador. De este modo pesaba el despotismo austriaco, *la tiranía de los bárbaros*, como en Italia los llaman, sin querer convencerse de que ya no lo son, no sólo sobre Milan y Venecia, sino tambien sobre casi todos los Estados independientes. Esta tiranía, con todo, no era sentida del vulgo, sino de la clase ilustrada y aristocrática. El campesino de Lombardía no se avenia mal con la dominacion austriaca, y tal vez vivia con ella dichoso. El *lazaron* de Nápoles y el aldeano de la Calabria acaso ignoraban que habia en el mun-

do una Lombardía, y que Lombardía estaba en Italia, y que era conveniente que Italia estuviese libre y unida. El espíritu de revolucion era, por consiguiente, y áun lo seguia siendo en 1848, más que popular, aristocrático, escolástico y literario. Por esta razon, sin contar con la poderosa falta de acuerdo entre los príncipes y con la falta de avenencia entre republicanos y monárquicos, tuvo, á mi ver, tan mal éxito el levantamiento de 1848 y 1849. Si despues se ha hecho popular ese espíritu de revolucion, milagro ha sido de la actividad de los propagadores, de la torpeza y poco tino de los gobiernos á quienes no convenia, y de la astucia y constancia del Gobierno á quien conviene, y para quien, no sin aventurar mucho y no sin hacer inmensos sacrificios, va granjeando hasta ahora provecho crecido y no menor importancia.

Al trasformarse ese espíritu de revolucion en espíritu popular, de literario y aristocrático que era, se ha descartado del pensamiento neo-güelfo y se ha hecho neo-ghibelino; de federativo, con el Padre Santo á la cabeza de la federacion, que era entre muchos, se ha hecho unitario, con Víctor Manuel por jefe. Examinemos rápidamente cómo y hasta qué punto se ha verificado este cambio.

Considerando los hombres prudentes que para arrojar al Austria del suelo italiano era menester

ó el auxilio extranjero, ocasionado á trocarse en nueva tiranía, ó la union de Italia en un solo reino, para lo cual convenia echar por tierra los tronos de algunos soberanos, no excluyendo el temporal del Padre Santo, lo cual era punto ménos que imposible sin acarrearse la ira de todos los Estados católicos, ó por último, una liga de los príncipes reinantes, empezaron, desde los tiempos de Gregorio XVI, á pensar en esta liga, poniendo al frente de *la accion* á la casa de Saboya, y como presidente, director y santificador del *pensamiento*, al Papa. Esto fué lo que algunos calificaron de partido neo-güelfo. Vinieron á dar importancia y vigor á este partido la aparicion y la súbita celebridad de un libro singularísimo, así por la inmensa doctrina como por la viva y seductora elocuencia que en él resplandecen. Hablamos de *El Primado italiano* de Gioberti.

Nunca se ha hecho de la religion católica una aplicacion más elevada y grande á la filosofía de la historia y á los negocios profanos de la política. El libro de Gioberti puede servir de modelo y dechado á todos los escritores neo-católicos. Gioberti supone, como todos ellos, un lastimoso extravío de la humanidad, que empieza con el Renacimiento y con la Reforma, y que prosigue aún en espantable progreso. Gioberti, para corregir este extravío y marcar á los hombres el buen sen-

dero, hace causa comun, ó mejor diré, considera como la misma causa la del predominio de su patria en la *accion* y en el *pensamiento*, y la del bienestar, armonía y salud del género humano. La teología católica es para Gioberti la virtud que crea y el lazo que une las ciencias todas; la filosofía platónica, hija de la tradicion y revelacion primitivas, santificada, iluminada y completada despues por el catolicismo, la única filosofía primera; la ontología de la *fórmula ideal*, el fundamento del derecho, de las leyes y de toda metafísica. Para Gioberti, Descartes es un mal filósofo, su escuela psicológica un sistema necio y mezquino; la crítica de Kant y todas sus consecuencias, un panteismo absorbente, que destruye la libertad del hombre. Para Gioberti la civilizacion se ha torcido y viciado, va en rápida decadencia, desde el momento en que Italia, maestra de las gentes, empezó á decaer en el órden intelectual y en el órden político. Levantar á Italia de su postracion es para Gioberti la salvacion de Europa, es levantar de nuevo en alto el *labarum* de la civilizacion cristiana, restablecer la armonía y la unidad; reponer, donde conviene y es justo, la iniciativa, el magisterio y la virtud de todo progreso. El admirable fervor, la erudicion vária y profunda, y la argumentacion vigorosa de este libro fascinan cuando no convencen.

Difícil es dar cuenta en el breve espacio de este ligerísimo escrito de esa enciclopedia de Gioberti, donde se tocan todas las cuestiones que han podido y pueden agitar al espíritu humano, y donde, al propio tiempo, sin que lo voluminoso de la obra sirva de obstáculo, se hace de la manera más eficaz la propaganda revolucionaria. Baste decir que *El Primado italiano* de Gioberti, leido por muchos, y explicado y puesto por ellos al alcance del vulgo, preparó y precipitó la revolucion en Italia. Los moderados y conservadores y las altas clases de la sociedad se hicieron revolucionarios con el libro de Gioberti, tan monárquico y tan partidario del Papa. No pocos amantes de lo pasado se mostraron tambien deseosos de la revolucion, imaginando sin duda que con ella iba á renacer el esplendor de Italia y que iban á renovarse los buenos tiempos antiguos y á recobrar el pontificado su preponderancia política en el mundo. Hasta muchos de los republicanos y demócratas, y tal vez el mismo Mazzini, fueron por un momento, ó fingieron ser, *giobertistas.*

En esta disposicion de los ánimos, vino á ocupar la cátedra de San Pedro un varon virtuosísimo, de corazon verdaderamente italiano, ansioso del bien general y sediento del amor de los pueblos. Exento de mundana ambicion, nadie podia imaginar que Pío IX fuese un príncipe guerrero,

un Papa batallador, como Julio II; esto repugnaba ademas abiertamente con la cultura de nuestro siglo, en el cual ni en sueños es tolerable ver al Vicario de nuestro Señor Jesucristo entrando por asalto en una ciudad ó combatiendo al frente de un ejército. Muchos esperaban, con todo, que el Padre Santo, movido de su bondad y de su anhelo de que Italia fuese libre, consagraria la guerra contra los austriacos como una nueva cruzada, é imitaria hasta cierto punto á Alejandro III, tomando *místicamente* la direccion de la empresa.

Con tan halagüeñas esperanzas estalló á poco la revolucion por toda Italia á los gritos de ¡viva la Liga italiana! ¡viva Pío IX! ¡viva Gioberti! El *himno de Pio IX* fué la *marsellesa*, fué el *himno de Riego* de aquellos patriotas. La revolucion tomó el carácter neo-güelfo del libro de Gioberti. La erudicion, la filosofía, la teología, y hasta el misticismo, que intervinieron en ella, la hicieron por lo pronto más propia de las clases elevadas y cultas que de la indocta plebe. Los austriacos eran *los bárbaros*, y los soldados de la patria *los cruzados;* los tres colores de la bandera italiana simbolizaban las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. Italia misma estaba figurada por estilo profético en la hermosa Beatriz, que, despues de largos años de dolor y de prueba, se

le apareció á Dante en el Paraíso terrenal, vestida con ropas de esos tres colores significativos.

Los primeros movimientos de la revolucion tuvieron, por consiguiente, cierta índole científica, bien expresada en los congresos *dei scienziati*, y cierto viso de buen tono, de elegancia y hasta de galantería, merced á las princesas, duquesas y otras damas aristocráticas que predicaban la santa Liga, que con sus blancas y suaves manos colocaban en el pecho de los jóvenes caballeros *la cruz roja*, y que los animaban y los hacian más *caldi d'amor patrio* con una dulcísima sonrisa. Entre estas ilustres promovedoras de la libertad y de la independencia, descollaba la nobilísima, poética y erudita Princesa de Belgiojoso.

El rey de Cerdeña, Cárlos Alberto, tomó al fin el glorioso apodo de *la spada d'Italia*, y se puso con todo su brío á servir á la revolucion. Las más gratas ilusiones llenaron el alma de los patriotas; ántes de que Inglaterra ó Francia pensáran en ofrecerles apoyo, le desecharon, con aquel dicho celebérrimo de *Italia farà da se.*

Entre tanto, el bondadoso Pío IX, ensordecido con los cánticos de alabanza, con las aclamaciones y los vivas, y cegado por el humo del incienso que ardía en su obsequio en toda la Península, no acertaba á descubrir claramente la tormenta que iba arreciando, ni á comprender en toda su

extension y trascendencia el inmenso compromiso en que él mismo se habia puesto. Pero los otros príncipes de Italia, y singularmente el Rey de Nápoles, más amigos del Austria y del propio bienestar y reposo que de hacer de libertadores y propugnadores del *bel paese dove il si suona*, comprendian y áun exageraban todos los peligros de la revolucion, renegaban *cordialmente* del Papa, que, á su ver, la habia promovido, y prohibian que en sus Estados se cantase el himno del Papa, como si este himno fuese una blasfemia.

La revolucion de Francia, el socialismo y el comunismo, el derecho al trabajo, la Icaria, Proudhon, los húngaros, Kossuth, la Asamblea Nacional de Francfort y los filósofos alemanes armaron poco despues tal estrépito en toda Europa, que vacilaron los tronos, ardió el mundo en motines, guerras civiles y asonadas, y no faltó quien creyese que eran llegados los tiempos apocalípticos y que se acercaba la consumacion de los siglos.

Los príncipes de Italia, que hasta entónces habian seguido de muy mala gana el movimiento nacional, empezaron á serle abiertamente contrarios. Si por lo pronto contemporizaron con él, fué cediendo á la fuerza. El temor de los trastornos, el pavor que la democracia infundia, se acrecen-

taba y se corroboraba en ellos con el contínuo recelar de la ambicion de Cárlos Alberto y con el amor que los vínculos de familia y la comunidad de intereses les inspiraba por el Austria. Así fué que ninguno de ellos entró de buena fe ni eficazmente en la Liga, ninguno de ellos se confederó contra *los bárbaros*, ninguno de ellos desenvainó su espada para coadyuvar con *la de Italia* en la noble causa de la independencia. Los patriotas empezaron al fin á abrir los ojos y á notar el desatino del plan de Gioberti, tan sublime y deslumbrador en la teórica.

Los valientes ciudadanos de Milan y de Venecia habian sacudido las cadenas, y el Príncipe de Saboya salia á la defensa de su libertad con un ejército bien organizado; pero los otros pueblos de Italia, si permanecian quietos, nada podian hacer por sus hermanos, porque los príncipes no lo querian; y si trataban de agitarse ó se agitaban para obligar á los príncipes, tenian que consumir tiempo, fuerzas y entusiasmo en luchas intestinas. Sólo podian acudir, y sólo acudieron, en auxilio de Cárlos Alberto pocos y mal disciplinados voluntarios, mozos, por la mayor parte, de escogida educacion y blandas costumbres, más avezados á disputar en las aulas y á danzar en los saraos que á soportar el peso de las armas y las fatigas del campamento. La plebe, sobre todo la napolitana,

poco ó nada entendia de su fraternidad con los lombardos.

Con todo, Pío IX, y aquí hablamos de él como soberano, como señor temporal, y no como Pontífice, hubiera podido remover los obstáculos, aunar los esfuerzos, vigorizarlos y dirigirlos contra el enemigo comun. Pío IX, apoyándose en la revolucion, hubiera podido obligar al Rey de Nápoles á enviar en favor del de Cerdeña un ejército de cuarenta ó cincuenta mil combatientes; hubiera podido reunir en los Estados pontificios, en Toscana y en los ducados otro ejército no ménos numeroso; hubiera podido autorizar la santa Liga, haciéndose jefe de ella, ordenar y encaminar al mismo objeto todas las voluntades, todas las energías, y hacer, en suma, sin el socorro extranjero, que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático. La situacion general de Europa estaba incitando á realizar este proyecto. Francia, republicana y dividida en bandos, no se hubiera opuesto; en Alemania, donde ardia la revolucion, no se hubieran armado en favor del Austria, y este Imperio, destrozado por interiores discordias, hubiera ofrecido corta resistencia á tan tremendo choque.

Gran plan hubiera sido éste en otro siglo; pero en el nuestro no era posible que el Padre comun de los fieles se declarase jefe de una Liga armada contra católicos, suscitase discordias y guerras, y

olvidase los deberes de Pastor y de Vicario de Jesucristo por los de Príncipe temporal y patriota. Pío IX, lleno de escrúpulos, retrocedió espantado ante la exigencia de que él mismo se pusiese al frente de aquella sangrienta lucha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, á cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad habia contribuido.

La revolucion, exasperada, salvó entónces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pío IX.

La reaccion entre tanto habia logrado triunfar en muchos países, y rota en Novara la espada de Italia, y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolucion, sólo quedaron en pié las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales, las dos últimas cedieron al fin al poder austriaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un dia como libertador. Pío IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor á la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia le movieron sin duda á llamar en su auxilio á los franceses, á los españoles y á aquellos mismos austriacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños de Gioberti, y así se comprendió que era una ilusion irrealizable la de libertar á Italia con la Liga de los Príncipes, más que italianos, austriacos.

El partido neo-güelfo acabó ó fué tenido por absurdo; el Papa, ántes que por italiano, por católico; ántes que por Príncipe, por Jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba ántes como modelo de Pío IX, se comprendió al fin que no habia peleado por Italia, sino por la Iglesia, contra Federico Barbarroja, y que, reconocido por este Emperador como Papa, se separó de la Liga, y acaso contribuyó á hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pro de la independencia obraron las ciudades de Lombardía.

Apénas quedaron, por lo tanto, otras *esperanzas* que las de los demócratas en un nuevo y más vivo incendio revolucionario del mundo, y las que da César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse *de los desengaños*. Italia, segun César Balbo, no podia ser libre sino cuando feneciese el Imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darian á Italia libertad é independencia, y al Austria compensacion con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlíes.

Por fortuna, ó por desgracia, que esto áun está por ver, no se contentaron los políticos de Turin con las *esperanzas* de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espiaron otra ocasion más favorable, y adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se apercibieron á nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nacion.

## II.

Rápidamente, ya que no permiten mayor extension las dimensiones de este periódico, hemos tratado de explicar las causas principales del descrédito en que cayó en Italia el partido neo-güelfo, ó de Gioberti. En vano este filósofo entusiasta se habia esforzado por dar nueva vida á la preponderancia política del Pontificado, no sólo en Italia, sino en el mundo; en vano revivia la memoria de Gregorio *el Grande*, constituyendo la confederacion itálica; de Gregorio II, declarándose presidente y jefe de las ciudades que sacudian el yugo de los longobardos y de los griegos; de Gregorio VII, que humilló á los Emperadores de

Alemania, y de Alejandro III, que dirigió, consagró y bendijo aquella Liga, vencedora de siete poderosos ejércitos germánicos. En vano se recordaban la energía, el valor, el patriotismo y las virtudes guerreras de otras épocas de ménos gloria para Italia, aunque para el Pontificado igualmente gloriosas; y en vano se traian á la memoria las hazañas de Julio II y hasta las bizarrías de Clemente VII y de Pablo IV, amenazando el uno á Cárlos V con la guerra para defender *la libertad de Italia*, *en la cual*, decia, *consiste el honor y la seguridad de la Santa Sede*, y proclamándose el otro, con marcada intencion política, *in excelso militantis ecclesiæ throno super gentes et regna constitutus*, bizarrías ambas á que dieron lastimosa y airada respuesta Borbon y el Duque de Alba. En vano se procuraba dar un colorido liberal y patriótico á la resistencia pasiva, pero noble, de Pío VII contra el tirano de Europa. En vano, por último, no considerando que eran otros los tiempos, animó una inmensa esperanza, con el advenimiento de Pío IX, á todos los corazones italianos. Pío IX se vió obligado á disiparla; Pío IX tuvo que decir á los diputados que le pedian la guerra contra el extranjero: *Pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal*, *sino por ser el asiento de la Iglesia católica.*

Estas palabras fueron la abdicacion terminante de la preponderancia política del Papa; abdicacion que no hizo Gregorio VII desde su destierro de Salerno, ni cuando Roberto Guiscard saqueaba á Roma; abdicacion que no hizo Clemente VII, prisionero de Cárlos V; abdicacion que no hizo Pío VII cuando tan indignamente fué arrancado de su trono y llevado léjos de su patria, sin que hubiese un italiano que saliese á su defensa; pero abdicacion ya necesaria en nuestros dias, en los cuales las naciones adultas, si en las cosas de la fe pueden y deben seguir sometidas al jefe de la Iglesia, rechazan á veces su dominacion temporal, y áun muchas se asombran de verle contender por ella con todo ahinco y sin perdonar medio alguno.

Esta abdicacion, por otra parte, era en extremo conveniente para desvanecer los ensueños ambiciosos de los italianos. Roma, ni con un tribuno como Arnaldo de Brescia ó Rienzo, celebrado por Petrarca; ni con un buen emperador, como Dante queria; ni con el Papa-Príncipe, como habia pretendido Gioberti, era ya la Roma que inspiró este verso á Virgilio:

*Tu regere imperio populos, romane memento.*

Roma no era ya grande sino por ser *el asiento*

*de la Iglesia católica* y por sus recuerdos y sus ruinas.

Para acometer, pues, la grande empresa, no ya de reconquistar el mundo, sino de unir y libertar á Italia, eran menester otro pueblo y otro príncipe que los de Roma.

El mismo Gioberti, aunque infatuado con la política preponderancia romana, hubo de reconocerlo hasta cierto punto, designando al príncipe sabaudo como jefe de la *accion* y dejando el *pensamiento* al Papa. «Vos, le dice á Cárlos Alberto, estais armado y puesto sobre el límite de la Península para rechazar con una mano á los extranjeros, y para convidar con la otra y llamar á vos á los príncipes y á los pueblos. Y damos por cierto que en tal caso vuestra virtud haria por nuestra patria lo que un siglo há hizo por la suya Federico de Prusia, cuando con un pequeño ejército se defendió contra toda Europa, y que renovaria los milagros de heroica constancia con que un antepasado vuestro salvó la capital y el reino cuando más enemiga se mostraba la suerte. Por lo cual, valeroso príncipe, espera Italia que nazca de vuestra estirpe su redentor, y se atreve á dirigiros las siguientes palabras, que un italiano libre (Machiavelli) dirigia hace tres siglos á un su eminente compatriota: *Ponga mano vuestra ilustre casa en este negocio con aquel ánimo y*

*con aquella esperanza con que se acometen las empresas justas, á fin de que bajo vuestra bandera sea nuestra patria ennoblecida, y bajo vuestros auspicios se verifique lo que dijo Petrarca:*

*Virtù contra il furore,*
*Prenderà l'arme e fia il combatter corto,*
*Che l'antico valore*
*Negl'italici cor non è ancor morto.»*

Y no fué sólo Gioberti; los liberales todos de Italia, salvo algunos exagerados demócratas, reconocieron en el Piamonte lo que ahora se llama la *hegemonía*, esto es, la fuerza, la mision, el derecho del predominio. El Piamonte era la Macedonia de aquella nueva Grecia; Cárlos Alberto debia imitar á Filipo; acaso hubo italianos apasionados y fervorosos que imaginaban ya ver en su hijo á un Alejandro. En suma, no hubo medio que no se emplease para excitar la ambicion de la casa de Saboya. Hasta se acuñó una medalla con un leon que apretaba entre sus garras al águila austriaca, y con la efigie de Cárlos Alberto, que llevaba esta leyenda: *aguardo mi estrella.* El mismo Radetzki aguijoneaba á aquel Príncipe á combatir contra él, apellidándole, en són de burla y de desprecio, *futuro Rey de Italia.*

No negamos que la casa de Saboya ha sido

siempre ambiciosa; pero muy á menudo ha justificado su ambicion con grandes hechos. Nosotros, españoles, no podemos olvidarlo sin olvidar la victoria de San Quintin. Nosotros no decimos, como el famoso Spínola, «que no se comprende por qué ceguedad España y Francia, en vez de empeñarse en contínuas guerras por el Duque de Saboya, no se pusieron nunca de acuerdo para dividirse sus Estados, y acabar con una potencia pequeña y egoista, que no reconocia otro derecho que el de la fuerza, no se creia ligada por ningun tratado, y estaba siempre pronta á poner fuego á Italia á la menor esperanza de engrandecimiento» (1).

Indudablemente, la casa de Saboya ha pensado siempre en engrandecerse, y en esto se asemeja á otras muchas casas, á todas las casas soberanas; pero en nuestra época creemos que su ambicion, en un principio al ménos, ha sido sobradamente motivada y justificada. Los actos que de esta ambicion debian seguirse fueron, hasta para los italianos más prudentes, hijos de la necesidad, y más que prematuros, tardíos. Los príncipes todos de Italia habian dado ya libertades á sus pueblos; los austriacos habian ya ocupado á Ferrara, violando los

(1) Víctor Cousin. *La Jeunesse de Mazarin.*—Palabras citadas con aplauso por *La Civiltà Cattolica*, entre cuyas virtudes no resplandece el patriotismo.

tratados y trayendo sobre sí la protesta del Papa, y el Príncipe de Metternich habia escrito ya su insolentísima carta al gran Duque de Toscana, llamando *absurdas* las reformas, oponiéndose á que se hicieran, y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentatorio á la independencia de todos los Estados de Italia; el Papa era liberal; el gran Duque de Toscana era liberal, y ambos estaban ya desavenidos con el Austria, y el Rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese, cuando Cárlos Alberto tuvo que decir que estaba pronto á refrenar la *insolencia del extranjero*, y tuvo que dar á su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Más que adelantarse, quiso el Rey de Cerdeña aparecer en esto reacio; más que tomar la iniciativa, quiso aparecer como movido por extraño impulso y por la imprescindible necesidad. Su amigo querido, César Balbo, á quien, á pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas *esperanzas*, habia tenido el Rey léjos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entónces, lleno de alegría: *Por último..... Veintisiete años hacía que estaba esperando en Cárlos Alberto* (1).

(1) Sabido es que el mismo César Balbo no queria la guerra, sino las reformas liberales, la liga pacífica entre los príncipes italianos y la futura independencia de los Estados sujetos al Austria, tambien por medios pacíficos, como ya hemos dicho;

Pero Cárlos Alberto, si correspondió á esta esperanza fué, como hemos dicho, despues que la necesidad parecia que le impulsaba á ello, y despues que los milaneses, habiendo logrado, en cinco dias de un batallar heroico, arrojar de Milan á los austriacos, le llamaron en su auxilio.

Conocidos son del mundo todo el progreso y término infelicísimo de las dos campañas que hizo Cárlos Alberto por la libertad de su patria. Los celos y rencillas de los otros príncipes, más que los excesos revolucionarios, contribuyeron á que todo se perdiera. El Rey abdicó, y murió de dolor en tierra extraña; la integridad del Piamonte se debió á la intercesion de Francia y de Inglaterra,

Gioberti no era más belicoso, lo cual les valió, á él y á Balbo, el siguiente epigrama:

*Italia mia, non è s'io scorgo il vero,*
*Di chi t'offendi il defensor men fero.*
*Grida il Gioberti, che tu se'una rapa*
*Se tutta non ti dai in braccio al Papa;*
*E il Balbo grida; dai tedeschi turchi*
*Liberar non ti possono che i turchi.*

Cuando Balbo quiso y hasta hizo la guerra, fué porque ya no habia otro remedio; ni él ni su señor la promovieron. Tampoco contribuyó el Piamonte entónces á que saliesen de sus Estados el Papa y el Gran Duque de Toscana. Nadie ignora, por el contrario, con qué afan Gioberti, siendo ministro, trató de que ambos soberanos fuesen restablecidos por las armas piamontesas, así por amor al Padre Santo, así por evitar que fuese, como fué, violentísima la reaccion, como por no ver, como vió, hollado por soldados de várias naciones extranjeras el corazon de Italia.

y la paz se compró por la enorme suma de 70 millones de francos. Con tan tristes auspicios se ciñó Víctor Manuel la corona. Víctor Manuel sofocó, sin embargo, pronta y enérgicamente la sublevacion de Génova, é hizo reinar el órden en sus Estados sin destruir la libertad, como hicieron otros príncipes, prevaliéndose de los desmanes revolucionarios para faltar á sus juramentos.

Miéntras que el Rey de Nápoles encarcelaba ó declaraba traidores y viles al ministro Bozzelli, que habia redactado la Constitucion, y á cuantos se habian mostrado liberales y patriotas, en el Piamonte se levantaba una magnífica estatua á César Balbo, el cual siguió muy de cerca á mejor vida á su desgraciado amigo y señor, al que él mismo habia llamado *sommo martire dell'independenza*, *somma vittima dell'invidie italiane* (1).

Víctor Manuel, á pesar de tantos desengaños, ni renegó de la libertad, ni desesperó de la salud de la patria; y miéntras que los otros príncipes

(1) Véase *La Liberté en Italie*, de Gaillard. Balbo era de familia nobilísima. Cincuenta de esta familia combatieron en Legnano. Él, con sus cinco hijos, combatió en Pastrengo. Uno de sus hijos ha servido en Crimea de soldado raso. La estatua de Balbo se hizo por suscricion, como aquí la de Mendizábal, y ora sea porque aquel italiano valia más que nuestro español, ora porque *l'invidie italiane*, de que él se quejaba, no son tan eficaces como las nuestras, lo cierto es que nadie se opuso allí á que la estatua se erigiera, y que los diputados piamonteses, aunque Balbo, cuando murió, era de la minoría, le votaron por unanimidad exequias nacionales.

doblaban la cerviz al yugo austriaco y eran dóciles instrumentos de la política de los extranjeros opresores, cifrando en ellos la seguridad y duracion de la propia tiranía, él hizo que en su reino prosperasen las libertades constitucionales, y se preparó á nueva lucha de más seguro éxito.

Un eminente hombre de Estado, el Conde de Cavour, le secundaba en esta empresa. Al propio tiempo que el país se reorganizaba, ganaba nombre y crédito entre los extraños. La bandera constitucional del Piamonte, con los tres colores italianos, volvia á ondear gloriosa en el sangriento campo de Tchernaia. El Conde de Cavour tomaba despues asiento en un congreso europeo. El Piamonte, aquel pequeño Estado, se colocaba en medio de las grandes potencias de Europa, y hacía oir su voz y abogaba por la causa italiana. Por un augusto enlace estrechaba, por último, su alianza con el Emperador de los franceses, y tal vez desde luégo le arrancaba la promesa de prestarle su auxilio contra el dominador de Lombardía.

La ocasion no podia ser más á propósito para que esta promesa se cumpliese. Austria, á la verdad, gozaba de paz interior y contaba con un ejército numeroso y disciplinado; pero se habia enajenado las simpatías de todas las potencias. No podia esperar socorro ni de Rusia, hácia cuyo gobierno habia mostrado la más negra ingratitud,

hasta el extremo de maravillar al mundo, cumpliendo la profecía del Príncipe de Swartzenberg; ni de la Gran Bretaña, donde el gobierno la miraba con despego por su conducta en la guerra de Oriente y en las inmediatas negociaciones diplomáticas, y donde el pueblo, tan amante de la libertad áun en los otros países, cuando esta libertad no se opone á su propia dominacion y al interes de su comercio, la aborrecia por sus excesos en la reaccion, habiéndolo mostrado harto violentamente y faltando á las leyes de la hospitalidad con un famoso general austriaco, á quien se acusaba de verdugo azotador de mujeres; ni tal vez, por último, de los otros Estados alemanes, donde, á pesar del lazo federal, Prusia, contendiendo por la *hegemonía*, é influyente, si no predominante, ya que no desease, era de presumir que viera con íntimo deleite la humillacion de su rival.

El Emperador de Francia hubo de comprender entónces que, sin el más mínimo recelo de coalicion y con no poca probabilidad, cuando no certidumbre, de materiales provechos, podia desenvainar la espada, hartar de gloria á su pueblo, siempre sediento de gloria, rodear y proteger la cuna de su hijo con nuevos laureles, ganarse la voluntad de los liberales favoreciendo una causa tan de ellos, y salir, aunque tarde, por primera vez á campaña para igualar ó superar las de su

tio. Este plan, sin embargo, se hubiera frustrado ó dilatado en su cumplimiento por la proposicion de Rusia de someter al exámen de un Congreso la situacion de Italia, si el famoso *ultimatum* de 19 de Abril de 1859 no hubiera hecho que se realizára.

Austria, despues de aceptar la proposicion de Rusia, provocó la guerra. Tal vez la movió á ello el mal estado de su hacienda, empeñada, como otras muchas de várias potencias de Europa, en sostener un ejército superior á los recursos de la nacion, lo cual puede hacer preferible á la paz *armada* una guerra que dé motivo ó pretexto para vivir sobre el país conquistado ó para imponer contribuciones extraordinarias, cargando la mano á las provincias rebeldes (1), ó que traiga por resultado una paz más segura y ménos costosa. Tal vez el emperador Francisco José quiso, como mozo, hacer alarde de sus bríos, y viéndose con tantos soldados, sintió una irresistible curiosidad de ponerlos á prueba. Tal vez, y esto parece lo más cierto, se originó el *ultimatum* de erra-

(1) Para saber las inmensas y extraordinarias contribuciones impuestas por el gobierno austriaco á Lombardía y Venecia, así en 1848 y 49 como despues, véanse las *Cartas á lord Derby*, publicadas por Den tu. Por contribucion de guerra pagaron los italianos sometidos al Austria, en 1848 y 49 solamente, 88 millones de francos. Sólo la propiedad territorial ha pagado all en diez años 112.577.000 francos.

dos cálculos diplomáticos del Conde de Buol, el cual vió las cosas de muy diferente manera que Napoleon III. Miéntras éste entrañaba en el pensamiento de las naciones europeas, el Conde de Buol se atenia á las palabras de sus gobiernos y confiaba en ellas, interpretándolas favorablemente. Lord Derby habia puesto en boca de la reina Victoria, al abrir aquel mismo año el Parlamento, que *mantener la fé de los tratados era el objeto de su constante solicitud*, y el gabinete prusiano habia hecho las más reiteradas protestas de amistad al de Viena, asegurándole que estaba decidido á sostener el *statu quo* territorial de Italia. Esto bastó, sin duda, para que el Conde de Buol imaginase que la Confederacion germánica, y quizás Inglaterra, iban á ponerse de su lado; que Europa toda iba inmediatamente á vedar que la paz se rompiese, y que Francia no osaria hacer la guerra contra la voluntad de toda Europa. Así, pues, con el propósito de dar al Austria una posicion más digna y motivo de exigir más en un Congreso, se redactó probablemente el *ultimatum;* pero ni la Confederacion germánica se agrupó bajo la bandera del Austria, ni la Inglaterra salió á la defensa de los tratados, dejándola encomendada á la vocinglería de los periódicos absolutistas; y el Austria, en cumplimiento de su amenaza, tuvo que invadir el Piamonte. Napo-

leon III acudió entónces á la defensa de su aliado con poderosísimo ejército, y se renovaron en Italia la revolucion y la guerra.

No es dado asegurar hasta qué punto deseaba Napoleon III la revolucion en Italia; pero sí que la deseaba. Al verle ir en apoyo de Víctor Manuel, nadie podia dudar de su deseo. La gente de Módena, Parma y Toscana, distraida la atencion de los austriacos á un asunto más perentorio y urgente, habia de sacudir el yugo de los príncipes, que en el de los austriacos se apoyaba. Esto era inevitable. El Emperador de los franceses debia preverlo. El Emperador debia prever asimismo, porque harto conocidos le eran el carácter y los antecedentes de los príncipes italianos, que los que cayesen del trono y abandonasen su tierra habian de buscar un asilo en el campamento austriaco; que el de Nápoles y el de Roma habian de ver con ceño aquella empresa, y que el del Piamonte habia de hacer la más eficaz propaganda para unir á sus Estados los de los otros. Porque miéntras estos soberanos se mostrasen, más ó ménos descubiertamente, enemigos acérrimos de la patria comun, Víctor Manuel habia de combatir denodadamente por ella, compitiendo él y su ejército con los soldados de su poderoso valedor, los cuales se creen, no sin disculpa para tanta jactancia, los primeros del mundo, y haciendo

forzosamente del reino de Cerdeña el núcleo y el nervio de la nacionalidad italiana. Por eso puede decir Máximo d'Azeglio (1), aunque con sobrada pasion y dureza para los caidos, no sin cierto asomo de fundamento, que «el Piamonte ha hecho la más invencible de todas las propagandas, la del valor, la de la libertad unida al órden, la de la reforma de las leyes, la del honor militar, la del entusiasmo patriótico. Su rey hacía la propaganda en medio de las balas y de la metralla, miéntras que los príncipes destronados, despues de haber huido, no de las violencias, sino del desprecio de sus súbditos, se habian pasado al enemigo. Estos príncipes, por su parte, hacian tambien la propaganda, y cada una de las dos propagandas ha dado su fruto» (2).

No seré yo quien sostenga que para que este fruto madurase, acaso ántes de sazon, no empleó

(1) *La politique et le droit chrétien au point de vue de la question italienne.*

(2) En esta dura y cruel invectiva contra los príncipes destronados, no debe comprender Azeglio al Duque de Parma Roberto, niño aún, bajo la tutela de su madre, que no podia tomar más varonil resolucion en tan lamentables circunstancias. Es muy triste que haya sido desposeido de aquel ducado un niño inocente, pero tambien se ha de atender á que el tal ducado, desde 1731, en que se extinguió la dinastía de Farnesio, ha pasado por más manos, y éstas extranjeras; ha sido vendido, cedido y cambiado más veces que cualquier predio rústico ó urbano, que cualquiera ingenio de azúcar con sus correspondientes negros; por lo cual no es extraño que una vez, al cabo de tantas, tengan voto los parmesanos en la cesion de sí mismos.

el Conde de Cavour artes ménos heroicas é inocentes que las de su monarca; pero en el movimiento que siguió á la entrada del ejército frances en Italia y á sus primeras victorias, habia algo de irresistible y fatal, á que tenía que ceder Cavour mismo. Su responsabilidad es menor desde entónces, porque va como arrastrado á pesar suyo.

En nada se nota más esta distincion que hacemos de la responsabilidad de la conducta de Cavour, ántes ó despues de la guerra, que en la anexion de la Saboya á Francia. Si Francia, como aparece, exigió la Saboya despues de la guerra, no hay pretexto que la disculpe de esta exigencia interesada y opuesta á lo ofrecido, y que deslustra un poco los laureles ganados sobre el Austria, más por miras de ambicion que por el triunfo de una grande idea; idea que, á pesar de lo prometido, no triunfó tampoco por completo al firmarse la paz de Villafranca; Cavour, sin embargo, queda disculpado, porque cede á una necesidad imperiosa y se humilla ante la ley del agradecimiento. Si Francia exigió la Saboya ántes de la guerra, toda la responsabilidad es de Cavour, y responsabilidad inmensa, ya que por esta cesion no pocos escritores, si bien parciales, como los de la *Revista de Edimburgo*, acusan al Rey de Cerdeña de haber manchado ó roto el escudo de

sus armas, de haber renegado de su prosapia y de haber vendido su gloriosa cuna. Por dicha, el Rey de Cerdeña halla en este, como en otros puntos, más defensores que contrarios; los cuales defensores, sin desconocer lo doloroso del sacrificio, le dan por bien hecho en tan alta ocasion como la de vengar á un padre y realizar el pensamiento á que un padre consagró la vida. La nacion italiana tampoco debe vituperar, sino compadecer, por esto á Víctor Manuel. Claro es que la nacion española condenaria á cualquiera que pensase en proponer la cesion de una provincia á Francia, aunque fuera á trueque de Gibraltar, de Portugal y de sus colonias; pero la nacion española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleon III empezó á demoler un edificio que se mantenia firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivia con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolicion y de reconstruccion en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer

cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solucion; pero sí tratarémos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repetirémos ahora que, sin negar la ambicion del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambicion que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo; ambicion que va acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rija y gobierne su ambicion con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides; palabras que César tenía siempre en los labios: *bueno es ser justo; mas para reinar es permitida la violacion de la justicia.*

## III.

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de poblacion consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones, y la centralizacion y buen órden administrativos, conspirando tal vez á que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto, á los modernos Estados de Europa, un poder desmedido, y á las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destruccion, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen á ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí; porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen á menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfeccion de las armas, en la severidad de la disciplina, y áun en la instruccion especial de sus jefes facultativos, acaban por encomendar al propio brío la victoria, y

riñen una serie de simultáneos y singulares combates. No es esto decir con Courier, escritor ingenioso, y que no era lego como nosotros, que no haya ciencia militar, sino que la inspiracion vale más que la ciencia, y que valen más la resolucion y energía con que un general se aventura, que los cálculos y experiencia con que se apercibe. Hay quien asegura que los austriacos, observando todas las reglas del arte, ganaron infinitas veces, en simulacro, la batalla de Solferino, y sólo la perdieron cuando la pelearon de véras. Pero sometiendo estas dudas ó cavilaciones profanas al fallo de los autorizados y entendidos en el particular, todavía puede afirmarse que las guerras, aunque, por la mayor humanidad con que se hacen, son ménos de temer para los que no toman inmediatamente parte en ellas, causan en el dia, más que en otras épocas, estragos y muertes entre los que pelean. Estos, por lo comun, eran en lo antiguo relativamente pocos, porque ni el país que enviaba un ejército solia contar con recursos para mantenerle tan numeroso como ahora, ni proporcionarlos el país invadido, ni por su pobreza indemnizar los gastos despues del vencimiento. Hoy, por el contrario, los ejércitos son ó pueden ser numerosísimos como los de aquellos pueblos del Norte, que, impulsados providencialmente por un misterioso estímulo, ó movidos del hambre y aco-

sados por pueblos no ménos feroces, cayeron sobre el imperio romano. Hoy producen la civilizacion, el refinamiento de las artes y los progresos de la economía política lo que ántes la imprevision y la barbarie, esto es, que un millon de hombres se encuentre, se combata y se destruya en un campo de batalla, lo cual, aunque se presta admirablemente á ello el ardor guerrero, no apagado, sino más vivo y poderoso que nunca con la varonil civilizacion de la moderna Europa, repugna á la creciente filantropía y á las ideas económicas que ahora privan, y con las cuales se avienen mal las pérdidas de hombres y de dinero, gasto improductivo que ocasiona la guerra á vueltas de graves perturbaciones en el crédito y de no menor paralizacion en los cambios.

Sin duda Napoleon III pensó en todas estas cosas sobre el sangriento campo de batalla de Solferino. Sin duda su corazon se movió á piedad al ver tanta generosa sangre vertida. Sin duda recordó aquellas nobles y cristianas palabras que Luis XV dirigió en Fontenoy al general inglés prisionero: *¿No valdria más pensar seriamente en la paz que hacer morir á tanto valiente?* Asimismo temió tal vez el Emperador de los franceses que la revolucion en Italia fuese más allá de lo que le convenia, y se disgustó de que ya hubiese ido algo más allá de los límites que él le ha-

bia puesto, al decir: *No vamos á Italia á fomentar desórdenes ni á quebrantar el poder temporal del Padre Santo, á quien hemos vuelto á colocar sobre su trono.* Parecieron ademas al Emperador harto subido precio para el rescate de Italia los ya hechos sacrificios, y los mayores que áun habria que hacer para apoderarse de casi inexpugnables fortalezas, y vencer, no sólo al ejército que áun se hallaba delante, sino á 150.000 hombres que habia en los Estados de Venecia, y á otros 100.000 que se extendian desde Trieste á Viena, y que por los ferro-carriles podian inesperadamente acudir y entrar en batalla. Receló, por último, el Emperador que las otras potencias alemanas, alarmadas de sus triunfos, sospechosas de su ambicion, y recordando la amistad y lazo federal que al Austria las ligaba, tomasen al cabo parte con ella para sostenerla en la posesion de unas provincias que los tratados de 1815 le aseguraban. Así es que, atendiendo más á tan altas consideraciones que á la promesa de hacer libre á Italia *desde los Alpes al Adriático*, dijo Napoleon III en una proclama que *la lucha iba adquiriendo proporciones que no estaban en relacion con el interes de Francia en aquella guerra formidable*, y se decidió á tomar la iniciativa para celebrar la paz.

Los preliminares de Villafranca fueron el resultado de esta decision. En ellos se pactaron co-

sas imposibles, ó al ménos en extremo difíciles, y que no se han cumplido, como era de prever. Ambos Emperadores, sin embargo, estrecharon entre sí una amistad sincera y grande, aunque repentina, y se causaron mutuamente una impresion indeleble (ineffacable); pero los Duques de Toscana y Módena no volvieron á sentarse en el trono (del de Parma no se habló en Villafranca, lo cual dió lugar á una protesta del gobierno español, que no surtió mejor efecto), y la Confederacion italiana, con una provincia austriaca incluida en ella, no llegó á realizarse, ni el Padre Santo quiso ó pudo ser presidente honorario de Confederacion tan inaudita. La revolucion siguió, pues, su marcha, miéntras que en Zurich se conferenciaba para la celebracion del tratado de paz. Allí se determinaron los límites entre las provincias italianas de Austria y las recien cedidas al Piamonte. Allí se exigió por Austria, y se obtuvo del Piamonte, en virtud de esta cesion, que reconociese como suya la deuda lombarda de 150 millones de francos, y parte de la deuda general austriaca, hasta la suma de otros 250 millones. Allí, empero, tampoco fué posible conseguir la reposicion de los archiduques, la Confederacion, las reformas liberales del Padre Santo y del Rey de Nápoles y los demas puntos convenidos y que ambos Emperadores habian juzgado conducentes á la pacificacion de Italia. A

fin de que esta pacificacion se lograse, así como tambien con el concienzudo propósito de que fuesen aprobados los nuevos arreglos territoriales por las potencias que firmaron el acta final del Congreso de Viena, se pensó entónces en un nuevo Congreso, en el cual interviniesen Austria, Francia, la Gran Bretaña, Prusia, Rusia, Portugal, España y Suecia.

El Piamonte, á pesar de su acrecentamiento de poblacion y territorio, se hallaba entretanto en una situacion dificilísima. Habia hecho gastos enormes y contraido deudas para sostener la guerra; celebrada ya la paz, pero insegura, debia seguir gastando en sostener un grande ejército; y esta misma paz traia á sus deudas un aumento de 400 millones de francos, sin contar lo que ademas tendria que pagar al Austria por la adquisicion de los ferro-carriles de Lombardía. El Gobierno se sentia al mismo tiempo arrastrado por la revolucion, que no le era dable contener, y sobre todas estas dificultades venía al cabo á ponerse la que suscitó Francia exigiendo la Saboya y el condado de Niza.

Hemos dicho que la anexion de la Saboya á Francia fué para el Piamonte un doloroso sacrificio, causa de las más acerbas censuras por parte de sus contrarios. La anexion de Niza lo fué más. Triste era para el Rey de Cerdeña dejar á Francia

un estado que fué durante muchos siglos el asiento solariego de sus mayores; pero la cesion de Niza y de su territorio, que siempre han debido considerarse como tierra italiana, envolvia una contradiccion patente cuando se trataba de que toda Italia fuese una y libre de dominio extranjero.

Dos cosas principalmente han ofuscado el principio justificador de la revolucion y de la guerra, y han hecho que la guerra y la revolucion sean condenadas con cierta apariencia de justicia. Es la primera, que el Véneto y el temeroso cuadrilátero hayan quedado en poder del Austria; y la segunda, que guarde para sí Francia el condado de Niza; con lo cual, en vez de hacer á Italia libre, como se dijo, quedan, no ya una, sino dos naciones extrañas que dominan en parte de su territorio continental y que amenazan el resto.

Con la pérdida de la Saboya, pierde ademas el Piamonte sus mejores soldados; ahora, que tanto se habla de fronteras naturales, se queda sin fronteras naturales, y da su propiedad legítima y fundada en larga prescripcion y títulos reconocidos, por la precaria, intranquila y disputada posesion de otras tierras. El voto de los pueblos italianos, estamos persuadidos de que, por ahora al ménos, es de unirse al Piamonte; pero esto no se justifica y aclara con el sufragio universal, que cuenta innumerables incrédulos y que dista mucho de

parecer infalible, aunque tal vez llegue á serlo dentro de tres ó cuatro siglos, cuando el estado social sea muy otro de lo que es ahora: esto se podrá aclarar y justificar por completo el dia en que Francia aparte de Italia su mano protectora, y el Austria vuelva á combatir con Italia solamente.

Para cuando llegue ese dia, quizá no muy lejano, dia inevitable si las esperanzas de César Balbo no se cumplen con la disolucion del imperio turco, el Piamonte debe prepararse; y ya internado en la senda que sigue, y escarmentado y receloso de alianzas itálicas, más que por ambicion, por una fatal necesidad, tiene que buscar ó que aceptar nuevas anexiones. Esto parece que sólo puede remediarse ó por medio del Congreso europeo, há tanto tiempo anunciado y no reunido, ó con una más enérgica mediacion que la hasta hoy ejercida por Inglaterra, Francia y Rusia, cuyos consejos, si estuviesen en consonancia, podrian convertirse en mandato.

Por desgracia ó por fortuna de Italia, las naciones preponderantes de Europa, en virtud del desacuerdo y diferentes miras que tienen sobre este punto, han convenido hasta lo presente de un modo tácito ó expreso en la no intervencion. La revolucion va, pues, caminando, y nadie acierta á predecir su paradero y término. Europa toda

asiste á ella como á un espectáculo, ora censurando, ora aplaudiendo, pero sin consentir que nadie dé auxilio á los actores, á no ser con cierto recato y tal vez con la idea de hacer más lucida la funcion. Así es que, si por una parte se envian dineros y armas á Garibaldi y hasta se sospecha que se protege indirectamente su desembarco en Sicilia, por otra se envian armas y dineros al gobierno de Roma, y se le permite el alistamiento de voluntarios irlandeses, alemanes, franceses y suizos para que peleen contra italianos.

Este reposo con que miran los gobiernos de Europa la revolucion italiana se explica ó se disculpa. La revolucion no se ha manchado hasta ahora con grandes crímenes, venganzas, robos y muertes, por más que los periódicos absolutistas declamen y la acusen á menudo vagamente, y por más que los desórdenes sean propios é inevitables en época de trastornos y guerras civiles, en las cuales no es posible impedir que tome parte la gente foragida y desmandada, más audaz y dispuesta para la accion que los hombres de bien, por lo comun mansos y pacíficos. Aun así, no creemos que pueda citarse, entre los hechos reprobables de los revolucionarios, algo de tan inútil crueldad como el bombardeo de Palermo, ni algo de tanto desórden é inmotivado derramamiento de sangre humana como el reciente motin de la Guardia

real en Nápoles gritando: *¡Abajo la Constitucion!*

Crímenes se han cometido en Italia por álguien que sirve la causa de la revolucion, y crímenes que deben reprobarse altamente; pero no crímenes que basten á condenar la revolucion, en cuyo nombre se han cometido. En Italia y fuera de Italia, en la edad presente y en las pasadas edades, apénas hubo jamas revolucion, contra-revolucion ó reaccion, más exenta de crímenes que esta que hoy en Italia se va llevando á cabo.

La gran cuestion entre los acusadores y los defensores de la revolucion italiana no está, por consiguiente, en los hechos, sino en los principios, los cuales tienen más importancia y trascendencia que los hechos, y así pueden ser legítimos, inocentes y saludables, como viciosos y dañinos. Claro está que estos principios que se discuten y sobre los cuales los enemigos de la revolucion italiana dictan sentencia condenatoria, y la de absolucion los amigos, no son el principio fundamental. Sobre esto no cabe discusion de buena fe. La union y la independencia de la patria comun podrá ser una ilusion irrealizable, engañosa y fecunda en amarguísimos y ásperos desengaños; pero nadie se atreverá á negar que es noble y generosa. El principio cuya bondad se discute no es éste, sino aquellos que se están apli-

cando á la realizacion de la unidad y de la independencia deseadas.

Hay tambien que distinguir entre los principios que paladinamente proclaman los revolucionarios, y los manejos é intrigas de que se valen, con más ó ménos disimulo, para lograr sus intentos. No negamos ni disculpamos los malos medios, aunque se ordenen á un buen fin; pero el emplearlos nos parece frecuente y lastimoso achaque de la humana naturaleza. Si adolecen de él los revolucionarios italianos, los que allí defienden el régimen antiguo están áun más plagados del mismo mal, siendo su peor síntoma la impía mezcla que hacen de lo divino y de lo humano, y la ceguedad ó la descarada osadía con que identifican su mala y casi perdida causa con la de nuestra santa y verdadera religion, la cual ha de salir siempre triunfante, á pesar de ellos y de su aparente y nociva alianza.

De lo primero que acusan éstos al Piamonte es de la anexion de los Ducados y de la Emilia, la cual anexion suponen que es contra todo derecho. Ojalá se pudiesen formular razonablemente acusaciones semejantes; porque sería prueba de que habia, en efecto, en Europa un derecho constituido, reconocido de todos y fundado en la eterna justicia; derecho que fuese un crímen espantoso infringir y que asegurase la paz perpétua, mejor que el equilibrio europeo, cuyo sosteni-

miento ha hecho verter más sangre que se hubiera vertido sin equilibrio alguno, y mejor que la preponderancia de dos ó tres naciones, que si están de acuerdo, tiranizan y humillan á las otras, y si no lo están, se combaten encarnizadamente, envolviendo en la contienda al mundo todo. Pero ¿dónde está ese derecho respetado y digno de serlo? ¿Está en los tratados de Viena? ¿Á cuántas cosas de las que allí se trataron no se ha faltado ya? Basta citar la separacion de Bélgica del reino de los Países-Bajos. En aquellos tratados, por otra parte, ni se atendió á la justicia, ni se pensó en hacer una obra duradera, sino una obra de circunstancias, una obra, como dijo el mismo Príncipe de Talleyrand, de la reaccion contra la revolucion, de las dinastías llamadas entónces exclusivamente legítimas contra las dinastías revolucionarias ó napoleónicas. Los soberanos legítimos debian, *ex jure postliminii*, volver á ocupar sus tronos, y volver en este sentido las cosas todas á su antiguo estado; pero áun así, tal vez Joaquin Murat hubiera conservado el trono de Nápoles, á pesar de la casa de Borbon, si no hubiese sido una especie de Ayax Telemonio, más terrible y duro para combatir que agudo y listo para las intrigas diplomáticas y políticas. Miéntras tanto, donde no hubo dinastía legítima que reclamase, el antiguo régimen no volvió á resta-

blecerse, aunque los pueblos hubiesen sido notablemente perjudicados ó por las dinastías revolucionarias ó por otras. Así es que Venecia no volvió á ser república, ni Polonia monarquía. Mas para convencerse por completo de que ni siquiera se observó el principio, que al fin, aunque absurdo, es un principio, de devolver á cada dinastía sus antiguas posesiones, considerando á los pueblos como un patrimonio ó heredad de los soberanos, citarémos para ejemplo, entre no pocos que pudieran citarse, el que viene aquí más á propósito, el del Padre Santo, á quien despojó el Congreso de Viena, á pesar de la protesta del Cardenal Consalvi, de todo el territorio ferrarés al Norte del Pó, y de Aviñon y del Condado venaissino, dando el Austria el derecho, contrario á la independencia y soberanía de los Estados Pontificios, de guarnecer á Commachio y á Ferrara. *Pour que la révolution finisse*, habia dicho el ya citado Príncipe de Talleyrand, *il faut que le principe de la legitimité triomphe sans restriction;* pero, como ese principio no ha triunfado sin restriccion, no es extraño que la revolucion continúe; no es extraño que los pueblos de Italia se den á un soberano, italiano de pensamiento, cuando no de orígen, con el mismo derecho con que han sido dados ó vendidos, en otras épocas, á otros soberanos ménos nacionales.

Surge, sin embargo, de estas anexiones una cuestion, que muchos pretenden que sea religiosa, y no meramente política: la del poder temporal del Papa. Sobre ella, desde que se publicó el folleto titulado *Le Pape et le Congrès*, debido, segun todos los indicios, á la inspiracion de un augusto personaje, han aparecido en Francia, en Italia y hasta en España, ora en favor, ora en contra del folleto susodicho, otra infinidad de ellos y no menor número de artículos de periódico y de cartas pastorales, logrando entre ellos ruidosa celebridad los de monseñor Dupanloup, por la poca ó ninguna caridad cristiana con que trata á todos los que no piensan como él, sin perdonar á sus predecesores, y los de Villemain y Lacordaire, por la merecida y altísima reputacion literaria de que ambos gozan.

En todos estos escritos se ha discutido extensamente sobre el orígen y legitimidad del poder temporal, y á ellos remitimos á nuestros lectores. Al hablar de esto, no hariamos sino repetir lo que tantos han dicho ya. Sólo dirémos, en resúmen, que el poder temporal, ora se funde en donaciones falsas ó verdaderas, como las de Constantino y la Princesa Matilde, ora en rapiñas inícuas, como las de César Borgia, ora en conquistas benéficas, como las del Cardenal de Albornoz, cuyas hazañas habrán leido los suscritores á este periódico

en los eruditos artículos del Sr. Cánovas, es una soberanía *profana*, como todas las demas que hay en el mundo. No se puede sostener tampoco que esta soberanía es indispensable á la salud del catolicismo, porque ofenderiamos á una religion eterna y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno, si supusiésemos que el vasallaje de tres millones de hombres y la posesion de un poco de terreno eran la garantía de su duracion, y de su independencia. Sostendrémos, con todo que es decoroso y conveniente que el Padre Santo sea soberano, esto es, que no viva en país gobernado por otro poder que el suyo. Mas, para esto, le basta al Sumo Pontífice la ciudad de Roma; y es de poco provecho, y corta gloria puede traer á la religion, el que conserve ó recupere el Papa ciudades, tierras y súbditos, que no le hacen más independiente, porque no le defienden, sino que le obligan á buscar contra ellos proteccion y defensa, ya en un ejército austriaco, ya en un ejército frances, ya en un ejército de aventureros advenedizos.

No deseamos por esto que violentamente se le arranque al Sumo Pontífice otra porcion de sus Estados, ni ménos que pierda el Rey de Nápoles los que le quedan en la Península. Sólo deseamos que estos príncipes entren de buena voluntad en la vía de las reformas y en la alianza con el Pia-

monte, y que el Piamonte cese de proteger á Garibaldi en su atrevida y prematura empresa de la total union de Italia. Porque si el Papa y el Rey de Nápoles siguen, por una parte, siendo favorables á los austriacos y contrarios á la idea italiana, nunca será posible la obra de la regeneracion, teniendo en casa al enemigo más acérrimo; y, por otra parte, si el deseo de ver á Italia libre y unida no se refrena con la prudencia, harto bien se puede conjeturar y temer que se malogre: el Papa podria huirse de Roma, como la vez pasada, sublevando de nuevo contra su nacion la ira de muchos Estados católicos, y si esto no sucediese, y sí que Garibaldi, terminada felizmente su empresa, dilatase sin interrupcion los dominios de Víctor Manuel desde el Etna hasta los Alpes, ni este soberano ni el heroico guerrillero podrian ya atajar la corriente revolucionaria; y arrastrados por ella, irian á chocar contra los austriacos, y quizas á perderse, como en las campañas de 1848 y 1849, ó más miserablemente todavía.

A pesar de nuestro amor á Italia, maestra de las gentes, madre fecundísima de grandes capitanes, sabios poetas y artistas, cuna de las artes, y hermoso trono desde donde dictan sus leyes y son la admiracion del orbe, no desconocemos que el pueblo italiano carece aún de union y de decision bastantes para luchar con el Austria y sa-

cudir por sí solo el yugo de la tiranía. Verdad es que la organizacion militar de toda la Península pudiera lograr esta victoria; mas para ello se necesita tiempo, y la revolucion quizás no lo dé, y quizás apele de nuevo á Francia, mostrando su debilidad y exponiéndose á un desden, ó á cambiar de yugo al querer quitárselo de encima. Francia, que no ayudó de balde la vez primera, ayudaria ménos la segunda. La sangre de un pueblo y sus tesoros no se prodigan por mera filantropía y por una gloria estéril.

No son, por último, los hasta aquí enumerados los únicos peligros que amenazan la revolucion de Italia, y los únicos obstáculos que se oponen á la unidad ó independencia de esta nacion. Fuerza es vencer asimismo la interior discordia, que puede desarrollarse más vigorosa que nunca en el seno de la revolucion triunfante, ora por los celos de unas provincias con otras, ora por el nunca muerto espíritu municipal y por el renaciente recuerdo de las antiguas, gloriosas é independientes repúblicas, ora por los manejos y aspiraciones de Mazzini y de sus secuaces.

Tan ingentes dificultades son éstas, que no creemos que se superen, y recelamos que tambien esta vez tengan deplorable término las halagüeñas ilusiones de los italianos. Si no sucediese así, y se realizasen, el éxito legitimaria la gloria de

Víctor Manuel; hasta sus más declarados enemigos le llamarian gran príncipe; hasta los que ahora llaman á Garibaldi capitan de bandidos le llamarian entónces general ilustre, insigne patriota y hombre de los más extraordinarios del presente siglo. Mas para esto no basta el valor, no bastan el entusiasmo y la constancia que ambos tienen; menester es, ademas, una maravillosa prudencia, con la fortuna y con el favor de los cielos.

*Causa jubet melior superos sperare secundos.*

(*Crónica de Ambos Mundos.*)

---

## SOBRE EL LIBRO TITULADO

# EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES,

POR D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBÍTERO.

---

## I.

El autor del libro cuyo título va en el epígrafe ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creido, ó supuesto creer, ya que nuestros encomios provenian de que el Sr. Sanchez se habia hecho liberal, ya de que nosotros queriamos lisonjear su amor propio para que se viniese á nuestro partido. No recordamos bien si fué *La Regeneracion* ó si fué *La Esperanza* la que, con este motivo, nos hizo la extraña honra de apellidarnos *sirenas*, y la no ménos extraña ofensa de suponernos an-

tropófagos y de atribuirnos la endiablada intencion de devorar á un clérigo, *bocado de regalo*, segun el mencionado periódico.

Nosotros, por dicha, ni hemos soñado jamas en que el Sr. Sanchez se hubiese convertido al liberalismo, ni mucho ménos hemos tratado de seducirle y devorarle. Nuestras alabanzas han sido completamente desinteresadas. Desde el momento en que conocimos al Sr. Sanchez, nos persuadimos, como lo estamos hoy, de que dicho señor es absolutista-teocrático, y de que la firmeza de su carácter y la sinceridad de sus convicciones no consentirian que éstas se mudasen de repente por el débil reclamo de unos cuantos encomios de gacetilla. Hemos encomiado, pues, al Sr. Sanchez por amor de la imparcialidad, y nada más que á fuer de imparciales. Hemos encomiado al señor Sanchez porque nos parece el más racional y el más juicioso entre casi todos los escritores de su partido; porque le creemos un doctísimo teólogo, lleno ademas de vária y extensísima erudicion sagrada y profana, y porque nos admiramos de su fácil y singular elocuencia, de la viveza de su fantasía, de la claridad de su entendimiento, de su prodigiosa memoria, de su actividad incansable y de la fecundidad extraordinaria de su ingenio. El Sr. Sanchez, si quiere, puede escribir más que el Tostado, puede hacer sudar las pren-

sas publicando un tomo cada mes, y puede al mismo tiempo, sin fatigarse ni mucho ni poco, predicar todas las mañanas en una iglesia y pronunciar por la tarde ó por la noche tres ó cuatro largos discursos en el Ateneo.

Al par que hemos recomendado al Sr. Sanchez y hemos reconocido las calidades ya referidas, no hemos podido ménos de hacer notar en él un defecto, que las desluce algo. Al señalarle hoy nuevamente, con motivo de la publicacion de su obra, no hacemos sino confirmar y ratificar nuestro juicio.

Este defecto tiene, á no dudarlo, una excelente disculpa, la de que el Sr. Sanchez es muy mozo aún y está dotado de grande entusiasmo. Pero disculpar el defecto no es desconocerle, y nosotros conocemos y señalamos en el Sr. Sanchez cierta falta de reflexion y de espíritu generalizador y filosófico. Su ódio á la filosofía de Kant, de Fichte, de Hegel ó de Scheling no debiera borrar en sus obras la huella de toda otra filosofía. La perspicacia de sus ojos para ver cada cosa en particular no debiera ser estorbo para que las viese reunidas y alcanzase á comprender mejor el conjunto de ellas. Su menosprecio de las nebulosidades alemanas no le debiera inducir, en ocasiones, á confundir lo vulgar con lo claro. Y por último, su amor á la sencillez y á la utilidad práctica é

inmediata no debiera nunca llevarle á valerse de argumentos pueriles, que, si para el vulgo tienen fuerza, hacen sonreir desdeñosamente á quien no lo es, y traen más daño que provecho á la causa, por excelente que sea, que con ellos se sostiene. Desengáñese el Sr. Sanchez; mejor es no ser á veces comprendido, que no valerse de argumentos tan comprensibles, que no sólo los comprenda, sino que los refute, el más lego.

Empezando por el título de la obra, á cualquiera se le ocurre que es un título vicioso. El mismo señor Sanchez tiene ciertos escrúpulos de conciencia, y se ve obligado á explicarnos el título.

En los dos epígrafes que autorizan y preceden á toda la obra, no es ménos de censurar la intencion con que se puede sospechar que han sido puestos. El primero está tomado de las Sagradas Escrituras, y nos pinta el disgusto de Samuel porque el pueblo hebreo pedia un Rey, y no queria ya sufrir por más tiempo el gobierno de los sacerdotes. El pueblo hebreo, de quien cuidaba Dios con especialísima providencia y á quien se puede afirmar que el mismo Dios gobernaba, hacía muy mal en querer un rey; pero de los demas pueblos ni puede ni debe decirse lo mismo. Bien lo sabe el Sr. Sanchez. El segundo epígrafe es más singular aún. Es un argumento diabólico de Proudhon, un argumento de que se vale en la

más impía de sus obras para hacer odioso el Catolicismo. Supone que una vez aceptada nuestra santa religion, aceptamos implícitamente el yugo sacerdotal, aceptamos la teocracia. El Sr. Sanchez, léjos de reprobar este absurdo, le pone como texto al frente de su libro, sin correccion ni advertencia alguna.

Pasemos ahora á examinar el cuerpo de esta obra, que tiene, á nuestro ver, tan extraviada cabeza.

Por fortuna no hallamos en la obra misma el extravío y las paradojas que los epígrafes, y el título nos habian hecho sospechar. Mil veces se ha dicho y repetido que el estilo es el hombre y en esta ocasion tenemos nosotros que repetirlo tambien. La viveza, la energía, el ímpetu y la bondad generosa del carácter del Sr. Sanchez se reflejan en su estilo y le prestan verdadero encanto. La facilidad con que se conoce que el libro está escrito hace tambien fácil su agradable lectura. El libro de *El Papa y los Gobiernos populares* no se suelta de la mano hasta que se termina, por poco aficionado que sea el lector á este linaje de cuestiones político-religiosas. De la forma de la obra que examinamos, creemos que no se puede hacer mayor elogio. Si no hay que admirar en ella la grandilocuencia y elegancia de Donoso Cortés, tampoco hay que deplorar sus extravagancias.

La diccion del Sr. Sanchez es más correcta y castiza que la de Bálmes, á la cual se asemeja en la claridad y en la sencillez.

El fondo del libro, prescindiendo ya de la forma, es lo que vamos á juzgar con algun detenimiento.

Nosotros estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez en que es muy conveniente en España la unidad religiosa. ¡Quiera el cielo que no se rompa nunca! Mas, para que no llegue á romperse, nos parece que, en el dia de hoy, la tolerancia es el medio más adecuado. Una violenta represion, á más de ser inútil, porque no podria aislarnos del resto del mundo, y apartarnos de la corriente de las ideas, é incomunicarnos con los herejes, é impedir que todo pensamiento humano salvase los Pirineos y los mares, y se infiltrase en la atmósfera que aquí se respira, sería odiosa para las naciones prepotentes, donde hay otras creencias y donde las que nosotros tenemos ya felizmente se toleran. Convenimos en que no conviene en un país donde todos son católicos, dar licencia, en favor sólo de algunos extranjeros, para que se levanten templos de otras religiones; pero tampoco conviene, por ejemplo, la suspicacia con que á veces se persigue la propaganda protestante, completamente ineficaz, por más que se diga, en nuestra nacion. Considérese cómo son ahora tratados los católicos en

Inglaterra y en Rusia, y en otros pueblos herejes ó cismáticos, y cuánto nos desagradaria y afligiria que, por celo religioso ó para tomar represalias, fuesen perseguidos, como en otras épocas lo fueron. Todavía está vivo el recuerdo de las persecuciones crueles del emperador Nicolas. No queramos imitarle.

De la primera afirmacion sobre la unidad religiosa pasa el Sr. Sanchez á hablar de lo que importa á España conservarse fiel al Catolicismo. Para demostrar esto, bastaria demostrar que el Catolicismo es la única religion verdadera; pero nuestro autor no escribe su libro para los que aman las cosas por su bondad intrínseca, sino para aquellos que las aman por la utilidad que traen consigo, y así sólo trata de probar que el Catolicismo nos ha sido útil y provechoso.

Este medio, algo egoista, de conservarnos católicos quizá pudiera censurarse un tanto. Si álguien, se dirá, hubiera de ser católico por mero interes mundano, casi sería mejor que no lo fuese. Sin embargo, hay algunos intereses mundanos muy respetables y que se avienen perfectamente con la religion. Si el Sr. Sanchez se hubiera ocupado en demostrar, como le hubiéra sido fácil, que la religion católica es el más firme fundamento de la moral, y que, siguiéndola, el pueblo sería virtuoso, y que nada trae más utilidad y más gloria á un

pueblo que la virtud de los homhres que le componen, nosotros aplaudiriamos y convendriamos con su razonamiento, sin hacer la objecion más leve. Con lo que no convenimos del todo es con la clase de provecho que dice habernos traido el Catolicismo, y ménos convenimos aún con que se apele á este medio de persuasion y con que se ponga este señuelo de vanidad nacional para hacernos amar la religion de nuestros padres.

El Sr. Sanchez, con gran talento, que no se le puede negar, amontona y agrupa hechos históricos para demostrar que España ha sido una gran nacion con el Catolicismo, y que sin él no ha sido nada; pero el Sr. Sanchez falsea, tuerce ó interpreta mal la historia en muchas ocasiones, para ajustarla á su sistema.

España, en primer lugar, no era más que una expresion geográfica ántes de lo conquista de los romanos. España no formaba un solo reino ni una sola república, sino várias. Y sin embargo, recuerde bien el Sr. Sanchez cuántos siglos tardaron los romanos en domeñar por completo la libre y altiva cerviz de aquellos primitivos españoles, que áun no eran católicos. Por el contrario, católicos eran ya los españoles cuando la invasion de los visigodos herejes y de otras hordas más bárbaras que acudieron del Norte, y los españoles se rindieron sin resistencia: católicos eran, y hasta

gobernados algo teocráticamente estaban los españoles, cuando un puñado de muslimes conquistó la Península en pocos dias. Entónces formaba toda España una sola gran nacion, pero no pudo resistir á pocos moros y árabes, miéntras que siendo pagana, Numancia, una sola ciudad suya, resistió á todo el poder de Roma en su mayor auge, y desbarató ejércitos mayores y mejor disciplinados que los que trajo Taric ó Muza. Vea el Sr. Sanchez cómo un impío, valiéndose de sus propios argumentos, le demostraria lo contrario de lo que él pretende demostrar, á saber: que el Catolicismo no da brios á los ánimos belicosos, ántes los enerva. Lo cierto es que el Catolicismo, ménos que ninguna otra religion, puede tener por objeto el que los hombres peleen bravamente batallas campales.

Supone tambien el Sr. Sanchez que no tuvo España glorias propias suyas hasta despues de hacerse católica. Marcial, Séneca, Lucano, Pomponio Mela, los Balbos, Silio Itálico, Trajano y Adriano no eran españoles, porque escribieron en latin, ó vivieron en Roma y fueron ciudadanos de Roma. Entónces no cite tampoco el Sr. Sanchez, ni tenga por glorias de España, á un San Isidoro, á un Osio, á un Aurelio Prudencio. Tambien éstos escribian en latin y tambien estaban sujetos á una dominacion extranjera.

Es asimismo un empeño singular el de querer demostrarnos que el genio español languidece cuando se aplica á ciencias ó cultos que no llevan la augusta sancion del Vicario de Jesucristo. No parece sino que desea el Sr. Sanchez que nos conservemos sumisos á la Iglesia para escribir bien, ó pintar bien, ó perorar bien. Pero, no sólo el argumento, sino el hecho mismo de que en España no ha habido genios no católicos, es inexacto á todas luces. Ya hemos citado á Séneca, á Lucano, á Trajano y á otros gentiles españoles, que en nada ceden á los genios que hubo despues. Entre los judíos de España descollaron asimismo filósofos y poetas eminentes, como Jehuda Levita y Maimonides, y entre los mahometanos brillaron hombres tan extraordinarios como Averroes.

La propension del Sr. Sanchez á ligar los destinos del Catolicismo con los de España de tal suerte, que cuando el Catolicismo prospera, España prospera, y al reves, España decae cuando decae el Catolicismo, nos parece muy extraviada. En primer lugar implica contradiccion el hacer de una religion *católica*, *universal*, *para todos*, algo que redunda en singular provecho y ventaja de una nacion sola: esto es judaismo puro; y en segundo lugar, no creemos que la opinion del Sr. Sanchez pueda apoyarse en la historia. Los últimos años del siglo XV, cuando un Alejandro VI se ceñia la

tiara, ó el siglo XVI, época de la *reforma*, en que dejaron de ser católicas muchas grandes, ilustres y poderosas naciones europeas, y en que el turco estaba en su mayor pujanza, pesando duramente sobre los pueblos cristianos, no nos parece que sea el momento de mayor prosperidad del Catolicismo. Aquél, sin embargo, fué el momento de mayor prosperidad de la nacion española.

Tampoco aprobamos las consecuencias que deduce el Sr. Sanchez de que nuestros soldados hayan vencido á menudo en los combates al grito de ¡Santiago! Bueno es tener la creencia piadosa de que este Santo Apóstol ha combatido por nosotros en diversas ocasiones; pero esta creencia ni es exclusiva de nuestra nacion ni de nuestra religion. San Dionisio, San Jorge, San Estéban y otros Santos tienen tambien sus naciones favoritas, y pelean por ellas, ó al ménos así lo creen ó han creido los húngaros, los franceses y otros pueblos. Minerva y Juno peleaban por los griegos; Marte y Vénus por los de Troya; Aquiles, hasta en la época del Bajo Imperio, cuando ya eran cristianos los griegos degenerados de entónces, se supone que vino al mundo, y entró en batalla, y peleó por ellos, matándoles muchos enemigos. Quirino y Cástor y Polux no eran ménos activos y poderosos aliados de las armas de Roma.

Pero supongamos, por un instante, que los ar-

gumentos de nuestro autor están fundados en hechos exactísimos; supongamos que, en efecto, España ha dominado á las otras naciones y ha sobresalido entre ellas, gracias al Catolicismo. ¿Qué se podrá deducir de aquí? Que, atendido el interes mundano y patriótico, todos los españoles debemos ser católicos; pero ese mismo interes mundano y patriótico hará que otros pueblos no quieran serlo; Grecia era un gran pueblo con el Gentilismo, y no lo es en el dia. Pónganse, pues, los griegos á discurrir como discurre el Sr. Sanchez, y volverán á ser gentiles, y adorarán á Juno y á Minerva, en vez de adorar á Jesucristo. Discurran así los romanos, y volverán á los ritos y ceremonias que estableció Numa. Piensen de este modo los ingleses, y perseverarán en sus errores protestantes, ya que son tan temida y rica y floreciente nacion desde que los siguen. Dése, en suma, alguna más amplitud al argumento del Sr. Sanchez, y volverémos á aquellos siglos bárbaros, en que cada pueblo tenía un Dios que le protegia, y en que las guerras no eran sólo humanas, sino divinas, peleando las divinidades de uno y otro pueblo, y venciendo el pueblo cuya divinidad podia más.

Afortunadamente no necesitamos los españoles acudir á estos sentimientos egoistas de orgullo nacional para seguir siendo buenos católicos. Para

ser católicos hay otros motivos más nobles; y si tal vez tenemos los hombres mucho de interesados, y si no todos somos bastante buenos para decir sinceramente:

> Aunque no hubiera cielo yo te amára,
> Y aunque no hubiera infierno te temiera,

todavía no queremos el cielo para España y el infierno para los otros pueblos, sino cielo é infierno para todos, segun los méritos de cada uno, y esperando siempre de la misericordia de Dios que sean muchos los que se salven, aunque sean beduinos.

Sentimos de véras que una persona de tan generosos sentimientos como el Sr. Sanchez, y tan llena de la caridad cristiana y de la moderna filantropía, que no es más que esa caridad aplicada, no ya al individuo, sino á las naciones, á la sociedad y á todo el humano linaje, se haya creado tan míseros y egoistas adversarios, y se haya valido, para convencerlos, de razones tan poco valederas y tan contrarias al espíritu liberal del siglo presente.

Nosotros carecemos de doctrina, de elocuencia y de ingenio, y reconocemos lo mucho que tiene de todo esto el Sr. Sanchez; por eso desconfiamos de convencerle y de traerle al liberalismo;

pero no podemos ménos de decir que el Sr. Sanchez, si fuera liberal, aplicaria mejor á la política su doctrina religiosa y sería un escritor admirable.

No procuraria entónces persuadirnos á que fuésemos católicos para ver si Santiago venía en nuestro socorro, y humillábamos bien y sujetábamos á las otras naciones, sino que diria, como Manzoni, que era católico y liberal:

*Tutti fatti a sembianza d'un solo;*
*Figli tutti d'un solo riscatto.*
*In qual ora, in qual parte del suolo,*
*Trascorriamo quest'aura vital,*
*Siam fratelli: siam stretti ad un patto;*
Maledetto colui che lo infrange,
*Che s'innalza sul fiacco che piange,*
*Che contrista uno spirto immortal.*

No ignoramos que cuando se trata de las relaciones privadas de hombre á hombre, no hay buen católico que no profese la doctrina de los bellísimos versos que acabamos de citar; pero, por desgracia, los absolutistas se ciegan de tal modo con la pasion política, que olvidan esa misma doctrina cuando se trata de las relaciones de nacion á nacion ó de gobernantes á gobernados, y si no la olvidan, no la tienen tan en cuenta, ni en la práctica ni en la teoría, *como la tienen los liberales.* Crea el Sr. Sanchez que el bueno y legítimo libe-

ralismo no es más que la doctrina del Evangelio aplicada á la política; aplicacion que no saben hacer los absolutistas y los reaccionarios.

Otro dia hablarémos de la segunda parte del libro del Sr. Sanchez, que trata casi exclusivamente del poder temporal del Papa.

## II.

Vamos á seguir examinando este interesantísimo libro, con el sentimiento de que las condiciones de nuestro periódico no nos permitan hacer de él el detenido análisis que sería indispensable para poner en su punto las inmensas y trascendentales cuestiones que en cada página suscita.

El Sr. Sanchez y sus doctrinas no pueden ser estimados en su justo valor empleando pocas palabras y escribiendo sólo dos ó tres artículos ligerísimos; pero desgraciadamente tendrémos que limitarnos á esto, y ser, por consiguiente, muy concisos, tocando sólo los puntos más capitales de la obra de que damos cuenta.

Para evitar equivocaciones, empezaremos por decir que el Sr. Sanchez es un absolutista teocrático del antiguo régimen, y no pertenece á la per-

versísima secta de los neos. No niega, como ellos, la razon humana, no cree en el grosero sensualismo tradicionalista, no proclama y pide la esclavitud de los hombres; tiene fe en el progreso, y no apoya en el derecho divino el poder de los reyes, ántes bien adopta las juiciosas opiniones de Belarmino, de Soto, de Fray Juan de Santa María y de otros teólogos publicistas de los tiempos pasados. El Sr. Sanchez, en suma, puede pasar por un liberal, y hasta por un revolucionario, comparado con Donoso Cortés. Pero, sin embargo, el señor Sanchez tiene un extraño aborrecimiento á todas las escuelas liberales de nuestra época, y del conjunto de la obra resulta claramente la persuasion en que se halla el autor de que son racionalistas, esto es, irreligiosas, las modernas escuelas liberales. La mayor parte de los argumentos del Sr. Sanchez se funda ó toma su fuerza en esta imaginada, y á su ver, irremisible impiedad de los liberales. Si el Sr. Sanchez no nos creyese impíos, el Sr. Sanchez sería liberal como nosotros. Y decimos que el Sr. Sanchez nos cree impíos, no porque lo seamos á sabiendas, con plena conciencia de que lo somos, sino porque seguimos una doctrina que sin remedio conduce á la impiedad. El que no ve esto, es porque es un cándido. Se deduce, pues, que el Sr. Sanchez nos pone como en prensa con un terrible dilema: ó hemos de confesar

que no tenemos religion, ó que somos muy menguados de entendimiento.

El asunto principal de la obra del Sr. Sanchez es probar que el poder temporal de los Papas es dogma de la Iglesia y necesario al Catolicismo. Quien de esto dude ó lo niegue es tambien cándido ó irreligioso. ¿Qué nos importa, pues, que el mismo Sr. Sanchez diga que el poder temporal no se halla entre los artículos del Credo? Para el caso es lo mismo que si se hallára, ya que, por el mero hecho de dudar que sea necesario al Catolicismo, dejamos de ser católicos ó dejamos de ser racionales. Segun la importancia que da el señor Sanchez al poder temporal, podrá imaginar álguien que quizás haya puntos de fe de que pueda dudarse con ménos peligro. En todos es menester que creamos; pero el poder temporal es para el Sr. Sanchez como la base firmísima de la creencia. Al ménos ésta es la idea, éste es el sentimiento que parece que está embebido en la obra, y que anima todo su conjunto. Veamos rápidamente el argumento de que se vale el Sr. Sanchez para demostrar tan raro aserto. Mazzini, Ricciardi, Garibaldi y otros, dice que son ó han sido impíos, ya siempre, ya en algun momento de la vida. Todos han dicho que es menester acabar con el poder temporal para acabar con el Catolicismo. Luego la existencia de éste tiene por esencial condicion

la existencia del poder temporal. Niegan el poder temporal todos los que niegan á Cristo; luego niegan á Cristo todos los que niegan el poder temporal.

Lo erróneo de esta argumentacion no puede ser más evidente. Claro está que el que niega lo más, niega lo ménos; pero no se ha de decir por eso que el que niega lo ménos niega lo más. Un ejemplo explicará mejor aún lo que decimos. Todos los impíos han negado siempre que la Vírgen Santísima fué concebida sin pecado original; pero nunca se ha seguido de aquí que fuesen impíos los que sólo creian á la Vírgen llena de gracia ántes de que su Inmaculada Concepcion fuese declarada dogmáticamente.

Sentado ya que el poder temporal es necesario al Catolicismo, pasa el Sr. Sanchez á hablarnos del orígen de este poder y á demostrar su legitimidad. Nunca la hemos negado, ni creemos que la niegue ninguna persona razonable, y nada tenemos, por lo tanto, que decir sobre este capítulo. Sólo observarémos que nos parece que el Sr. Sanchez se deja llevar demasiado de su entusiasmo cuando, para realzar el justo orígen del imperio político de los Papas, deprime por demas el de los Reyes. No creemos, como el Sr. Sanchez, que se diga, quizás con fundamento, que sobre el orígen de todas las dinastías es forzoso tender un negro

y tupido velo para ocultar las miserias, los enormes crímenes que se encuentran en su fundacion. No vemos esa mancha execrable que hace asqueroso el orígen de ciertas dinastías que hoy nadie ataca. Esto ni siquiera lo creen ó lo ven los republicanos, porque creen y ven que los hombres tienen sentimientos de dignidad y de justicia, y que un poder que entre ellos se perpetúa, rara vez tiene principios tan viciosos. La mayor parte de las coronas, como el poder temporal del Papa, deben su orígen á la necesidad social de una época dada, al consentimiento ó á la eleccion del pueblo, ó á la conquista, sancionada despues por el Papa mismo.

Dejando ya aparte el orígen del poder temporal, el Sr. Sanchez nos enumera sus causas, y expone en sendos capítulos hasta doce de las más principales.

La primera la entiende el Sr. Sanchez al contrario de como nosotros la entendemos y de como generalmente se entiende. El Imperio romano, dice en resúmen, avasalló por la espada gran parte de la tierra, se puede decir que el mundo, é hizo pesar sobre él su insufrible y abominable tiranía. La iniquidad, pues, del Imperio romano, la crueldad de su legislacion, los vicios de sus monarcas, la corrupcion de los ciudadanos, su absurda doctrina moral y social fueron quizá la principal causa del poder temporal de los Papas. No parece si-

no que se sigue de aquí que este poder temporal es una especie de castigo impuesto por Dios á los romanos para humillar su soberbia y para que purguen sus pasados delitos. Porque avasallasteis el mundo, y porque le dominasteis con el valor de vuestros pechos y la fuerza de vuestras armas, os obligo á que tengais por jefe de vuestra pequeña y débil república á un inerme sacerdote. Pero, considerando que el tener el Papa su asiento en Roma, ántes es glorificacion que castigo, ántes honra y premio que penitencia, el Sr. Sanchez modificará su opinion acerca del Imperio romano, verá en su historia algo más que combates de gladiadores y otras maldades, y reconocerá que el pueblo-rey fué destinado por la Providencia para reunir y civilizar á los demas pueblos. Venciéndolos por la fuerza, que en aquellos siglos de hierro era la única manera de vencer, sujetándolos á su yugo, dándoles sábias leyes, que áun hoy sirven de base á todas las legislaciones de Europa, y enseñándoles su hermosísimo lenguaje, que es hoy aún el de la Iglesia católica, la cual tam bien le recibió de ese infame pueblo, los preparó á todos para recibir el santo y más dulce yugo de la ley de gracia. Antes de que esta ley se promulgase, ántes de que la buena nueva se difundiese por el mundo, Roma le venció con el rigor de la espada, y sin duda porque le venció, y porque era

su centro y su cabeza, quiso Dios que tambien le venciese con la dulzura de la persuasion, y puso la cruz sobre el Capitolio, y levantó en la Ciudad Eterna la cátedra del Príncipe de sus Apóstoles.

No se sigue de aquí, como deja entrever el señor Sanchez en muchos lugares de su obra, una reprobacion divina contra el Imperio romano y una condenacion de su historia; ántes parece que lo contrario es lo que se sigue. Los hechos vienen, ademas, en apoyo de nuestro raciocinio. Los Papas han sido súbditos de los emperadores de Oriente, que se decian emperadores de Roma, y los Papas han coronado despues á muchos emperadores de Occidente, llamándolos emperadores de Roma y reconociéndolos como tales. Jamas hubo güelfo que fuese tan allá como el Sr. Sanchez en la condenacion del Imperio.

Natural, y no impía, es, pues, la memoria que siempre, hasta en lo más tenebroso de los siglos medios, conservaron los romanos de su antiguo poder. El ser gibelino no era dejar de ser católico; el querer al Emperador no era negar la autoridad espiritual del Papa, y el lamentarse de que los nietos de los Fabios y de los Scipiones fuesen una manada de esclavos apaleados, no era desear que volviese el Paganismo y que hubiese de nuevo combates de gladiadores. Por cierto que no deseamos nosotros que vuelvan la Inquisicion y

la tiranía de los reyes de la casa de Austria, y no nos disgustaria, con todo, que volviesen para España aquellos tiempos en que pudo llamarse señora de ambos mundos. El Sr. Sanchez debiera hacer todas estas distinciones, porque importan en gran manera al asunto de que trata. La memoria de la grandeza antigua de Roma no puede borrarse de la mente de muchos italianos. Hasta Papas ha habido que se han entusiasmado con ella, y han procurado que lo presente responda, en cierto modo, á lo pasado. Condenar por impíos á los que anhelan la unidad de Italia, reconstituyendo el Imperio ó haciendo á Roma capital, es condenar por impías ó despreciar por cándidas á muchas generaciones de hombres ilustres, entre ellos á Dante.

La segunda causa del poder temporal es causa del poder temporal porque quiere el Sr. Sanchez. El Catolicismo enseñó la doctrina que engrandece y eleva á los pueblos, intimidó con proféticas amenazas el corazon de los ambiciosos, suavizó y amansó la fiereza de los más crueles tiranos, destruyó la añeja política del Gentilismo, y estableció el reinado de la justicia en el mundo. Todo esto es evidentísimo, y no permita Dios que nosotros lo neguemos jamas. Pero ¿fué con el poder temporal con lo que se hizo todo esto? ¿Qué tiene que ver todo esto con el poder temporal?

La tercera causa que da el Sr. Sanchez es por el mismo órden que la segunda. El Vicario de Cristo, la cabeza visible de su Iglesia, ha sido, es y puede ser aún un gran moderador político. «Contiene al monarca para que, engreido con su poder, no quiera proclamarse Dios, y reprime la inconsideracion de la muchedumbre para que, dejándose llevar de aviesas pasiones, no haga imposible el imperio suave de la ley», etc. Luego el poder temporal es necesario, etc. Pero, señor Sanchez, ¿ha sido acaso con el poder temporal con el que ha impuesto sus leyes suaves el Soberano Pontífice, y con el que ha sido en muchas ocasiones el árbitro supremo de Europa? ¿De qué ha valido para esto el poder temporal? ¿A qué soberano se ha contenido con él? Felipe II, Luis XIV, Cárlos V, Napoleon I, han vejado al Papa como soberano temporal. Los Papas que alcanzaron en el mundo mayor influencia política, los que volcaron la Europa sobre el Asia, apénas tenian poder temporal; los que hacian temblar en su trono á los más soberbios tiranos eran ellos, á su vez, como señores temporales, arrojados de Roma por la plebe turbulenta, insultados, heridos ó golpeados por los feroces barones, ó vencidos y hechos prisioneros por los jefes mismos á quienes llamaban en su ayuda. Gregorio VII, el más grande de los Papas, el que adquirió mayor pre-

dominio en Europa, vió su capital entrada á saco por Roberto Giscard y murió desterrado en Salerno.

Viene luégo la cuarta causa, que consiste en que los Soberanos Pontífices salvaron á Roma de los bárbaros. Lo que es ésta, no se puede negar que es una causa justa de soberanía. Recuerde, con todo, el Sr. Sanchez que muchos políticos italianos han dicho, no sin algunos visos de razon, que la causa de la debilidad de la Italia moderna y de su incurable fraccionamiento ha sido el poder temporal de los Papas, nunca bastante fuertes para dominar toda la Península, y nunca bastante débiles para dejar que otro la domine. Esto, cuando no se habian formado aún grandes monarquías, no tenía para Italia tan deplorables consecuencias como ahora; Venecia, Génova, Florencia y hasta Pisa y Amalfi eran en la Edad Media repúblicas poderosas, cuya alianza ambicionaban los reyes; pero despues que los demas países constituyeron su unidad nacional y se robustecieron, el fraccionamiento fué perjudicialísimo á Italia, y la entregó á todos los ambiciosos para que por ellos fuese hollada y pisoteada.

Al exponer el Sr. Sanchez la quinta causa, es presa de la misma alucinacion que en las anteriores. Los Papas convirtieron al Cristianismo á los ingleses, á los alemanes y á otros pueblos bár-

baros, gobernaron siempre sapientísimamente la Iglesia, difundieron el saber y la civilizacion, y enviaron con sus misioneros la luz de la verdad hasta los últimos confines de la tierra. Luego el poder temporal, etc. ¿Qué hemos de contestar á esto, sino lo que ya hemos contestado ántes? Nuestro autor se diria que confunde adrede el poder temporal con el espiritual.

La sexta causa está cifrada en estos términos: «Ó los Papas son independientes en lo civil, ó por sus justas censuras contra la depravacion de los malos imperantes, constantemente, con daño de la Iglesia universal, han de ser perseguidos.» Estamos de acuerdo con el Sr. Sanchez; el Sumo Pontífice no debe ni puede ser súbdito de nadie sin grave perjuicio de la Iglesia. Pero sus dos ó tres millones de súbditos, cuando los ha tenido, que ha sido poquísimas veces, ¿le han librado de esa dependencia y de esas persecuciones? Hoy mismo, ¿es muy independiente el Papa? ¿Lo fué cuando el águila austriaca oprimia entre sus garras toda la Península? ¿Era entónces, es ahora, ha sido jamas el poder temporal el que ha impedido que sean perseguidos los Papas, ó ha sido el respeto que se les debe como á Vicarios de Cristo, y el afecto y la devocion que les profesan los fieles?

La octava causa consiste en suponer que los re-

yes ó emperadores que han protegido el poder temporal de los Papas han sido muy felices y poderosos; y, por el contrario, los que no le han favorecido han tenido un trágico y desastroso fin, como Napoleon I en Santa Elena. El Sr. Sanchez olvida que Cárlos V, Felipe II, Luis XIV y otros soberanos, que han disminuido el poder temporal de los Papas ó los han ofendido como á príncipes temporales, han tenido un fin bastante bueno y han vivido dichosos y respetados en el mundo. Las demas causas que expone el señor Sanchez son del mismo género. Todas ellas forman juntas una hermosa, brillantísima é irrefutable apología del Pontificado católico, pero nada ó poquísimo prueban en favor de la necesidad de una soberanía temporal de los Papas.

Entrando luégo el autor en la refutacion de las opiniones contrarias al poder temporal, sale vencedor siempre que se trata de probar que la soberanía mundana del Papa, que su condicion de rey no es contraria al espíritu del Evangelio, ni á los Concilios, ni á los Santos Padres, ni á los Doctores; pero nunca prueba que este reino mundano sea indispensable al Catolicismo, sea un dogma de la Iglesia. Más bien se puede decir que nos da, sin querer, una gran prueba negativa de que no es necesario el poder temporal.

Una persona tan docta y tan apasionada de su

asunto como el Sr. Sanchez, nos cita todo lo que ha hallado de más favorable al poder temporal en los Concilios y en los Santos Padres, y en ninguna de sus citas vemos afirmado el poder temporal de una manera explícita y dogmática. Las citas del Sr. Sanchez prueban que el Papa es el Vicario de Cristo, el Jefe de la Iglesia, el Padre comun de los fieles, el primero de los obispos; prueban que, como tal, ha sido siempre acatado y reverenciado; prueban que ha ejercido jurisdiccion é imperio como de supremo juez y áun legislador de la Iglesia; pero de poder temporal no prueban nada. Imposible parece que el Sr. Sanchez confunda una cosa con otra.

Para que se vea que no exageramos, vamos á poner aquí, con las propias palabras del Sr. Sanchez, algunos de sus argumentos.

«Se conserva todavía, dice, la célebre carta á los cristianos de Corinto, en la cual San Clemente, excusándose con la turbulencia de los tiempos por no haber ántes accedido á sus deseos, como verdadero magistrado supremo, escribe á los cristianos de Corinto y les da admirables reglas, santas leyes de moral y política, con las cuales fácilmente pudieran evitar el escándalo de la lucha, y vivir en las dulzuras de la paz y la caridad. Difícil es no ver aquí una potestad judicial y suprema.» Ningun católico la ha negado nunca. Pero

¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal? repetimos nosotros. ¿Quiere tambien el Sr. Sanchez que sea el Papa Rey de Corinto? Las demas citas de los Santos Padres son idénticas á la que hemos insertado.

Lo que sí demuestra el Sr. Sanchez es que ni los Concilios, ni los Santos Padres, ni los Doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los Papas; que no han declarado contrario al espíritu de la religion el que su Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y Estado. Por eso no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leido el más breve compendio de Historia. ¿Cómo habian de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la Edad Media, y el clero, que poseia cuantiosos bienes, que el Sumo Pontífice los poseyera tambien y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia, cuando la Iglesia ha tenido, y tiene aún, bienes y súbditos. Pero de la permision ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingénuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los Papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarle en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los

romanos; pero, de suponerlo y áun de afirmarlo así, á suponer y afirmar que el poder temporal es un dogma de la Iglesia, una condicion *sine qua non* del Catolicismo, un artículo, no de fe, pero que, sin ser de fe, tiene la virtud de trasformar en impío ó en necio á quien de él duda, hay una enorme distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el Sr. Sanchez nos ha dado.

Su libro, del que áun nos queda bastante que hablar, volvemos á decir que es una brillante apología del Catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota alucinacion sofística de que hemos hablado. Todo lo refiere el señor Sanchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro dia, terminarémos este ligero exámen.

## III.

Nos queda por examinar la parte más difícil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico, en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas,

de interpretaciones y apreciaciones más ó ménos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver ó condenar á los personajes que en ellos han intervenido ó intervienen. Napoleon III ha calificado de *obstinacion* la resistencia del Padre Santo á ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo se revuelve con terrible y santa indignacion nuestro ilustrado, pero vehemente, sacerdote.

El mismo Sr. Sanchez niega, sin embargo, la infalibilidad temporal del Papa. Todo un capítulo de su obra está consagrado á demostrar que el Papa sólo es infalible hablando *ex-cathedra* á la Iglesia *en lo perteneciente á la fe*. Segun la doctrina del Sr. Sanchez, que es la doctrina ortodoxa, y que viene apoyada en textos de Belarmino, de Perrone y de De-Maistre, el Papa puede engañarse no hablando *ex-cathedra* y en asuntos que no sean de fe; luego el Papa puede seguir una mala política, y puede ser *obstinado* en ella. No es esto decir que lo sea ahora, sino que puede serlo; no es esto defender el que no haya quizás algo de irreverencia en llamar al Papa *obstinado*, pero sí es defender que el que cree en esta obstinacion no reniega del nombre de católico ni se aparta de la comunion de los fieles.

El Sr. Sanchez, que en el capítulo XXXI de su obra explica con tanta prudencia y sabiduría los límites de la virtud infalible de Su Santidad, en los capítulos XXVII y XXVIII procede, sin embargo, de muy diversa manera; y volviendo á confundir lo espiritual con lo temporal, traspasa esa virtud infalible del Padre comun de los fieles al Príncipe italiano, poseedor de un pequeño Estado.

Es cierto que el Padre comun de los fieles no hace guerras de conquistas y quiere vivir en paz con todos los pueblos, como Padre comun de los fieles; es cierto que el Papa, como Papa, no envia soldados, sino misioneros; no vence los cuerpos, sino las almas; no tiene el orgullo de los españoles, ni la vanidad de los franceses, ni la insaciable codicia de la pérfida y cruel Albion, cuyas maldades pondera el Sr. Sanchez; pero el señor Sanchez debe tener en cuenta que no se habla del Padre comun de los fieles como Padre comun de los fieles, sino como rey que tiene ejército, y que puede ser ambicioso, y que puede desear la dilatacion ó la conservacion de sus dominios. Para todo esto se vale de los mismos medios que los otros soberanos: hace la guerra, empuña la espada, se ciñe el casco en vez de la tiara, y entra por la brecha de una ciudad, entre el humo de la pólvora, como cualquiera héroe profano, como Julio II, por ejemplo.

Los Papas, como señores temporales de un corto territorio, no son, ni han podido ser, lo que supone el Sr. Sanchez refiriéndose á la Cabeza visible de la Iglesia. Esa mansedumbre no es compatible con la condicion humana, en el estado presente del mundo, ni con los deberes del jefe supremo de una nacion cualquiera. El Rey de Roma, aunque sea Papa, tiene, como Rey de Roma, que contraer alianzas y compromisos, siendo amigo de unas naciones y enemigo de otras; tiene, en suma, que hacer la guerra, y la ha hecho no pocas veces. Y como el mismo señor Sanchez confiesa que no se extiende á la política la infalibilidad del Papa, tambien tendrá que confesar que sus guerras y sus enemistades no siempre son justas. Cuando un Papa dijo de los españoles, de esta nacion *eminentemente* católica, que éramos *la escoria del mundo y una vil ralea de moros y de judíos*, nos parece que no fué infalible; ántes bien, padeció una lamentable equivocacion, que el gran Duque de Alba se encargó de deshacer de un modo algo brusco.

Nadie más que nosotros se admira de las hazañas, virtudes y desinteres de los misioneros. Aun nos parece pobre el encomio que de ellos hace el señor Sanchez. Pero repetimos lo de siempre: ¿qué tienen que hacer los misioneros con el poder temporal? ¿No es esto involucrar las cuestiones?

Se ha de notar, asimismo, que el Sr. Sanchez encarece y exagera demasiado las crueldades y las infamias de los conquistadores, sobre todo de los del Nuevo Mundo, que eran nuestros compatriotas, y supone que sólo la codicia los movia á ser crueles, sin contar con el fanatismo religioso, que tuvo tambien alguna parte en la crueldad. Por cierto que si el Padre Valverde (al ver que el Inca se aplicaba al oido su breviario y le tiraba al suelo, porque nada le decia de lo que él aseguró que podia decirle) no hubiese excitado la cólera de Pizarro y de sus compañeros, tal vez éstos no hubieran hecho en los indios inermes y desapercibidos, que venian de paz á recibirlos y á agasajarlos, aquel fácil destrozo y aquella bárbara matanza.

Con todo, las glorias de los misioneros son grandísimas, á pesar de este y de otros extravíos que pudieran citarse, y que es justo atribuir á la fragilidad y miseria de los hombres y á la cruel rudeza de los siglos pasados. En cuanto al Catolicismo, ¿quién ha de negar que es un medio eficaz de civilizacion y de progreso? Pero volvamos al poder temporal.

El Sr. Sanchez, juzgando á Napoleon III el más terrible adversario de este poder, le consagra todo un capítulo de su obra, y le maltrata con igual energía que Víctor Hugo. El modo de con-

ciliar el respeto que el Sr. Sanchez cree deber á las personas constituidas en la suprema dignidad, con las muchas injurias que dirige al Emperador, es bastante ingenioso. «Por más que veamos—dice el Sr. Sanchez—lunares y áun *manchas horribles* en el hombre, sólo queremos, sólo podemos ver la justicia en el trono, la rectitud en el cetro, y en el manto imperial la misericordia.» Pero ni de justicia ni de rectitud nos habla, y sin asomos de misericordia se complace en representarnos una por una todas esas *manchas horribles* que en el hombre cree ver. Espantosa es la diatriba del señor Sanchez contra Napoleon III y su familia. Luis Napoleon es para el Sr. Sanchez un malvado, un traidor, un sanguinario tirano, un Atila.

Nosotros, que somos partidarios de la más completa libertad de pensamiento, no censuramos, ántes aplaudimos la franqueza noble con que dice lo que piensa el Sr. Sanchez. Lo que no podemos aplaudir es que el mismo Sr. Sanchez confiese paladinamente, pocas páginas despues, que el episcopado, que el clero todo, daria su eficacísimo apoyo á ese tirano, á ese traidor, á ese Atila, si no hubiese contribuido á que el Papa perdiese las Marcas, la Emilia y la Umbría. El golpe de Estado del 2 de Diciembre y los demas actos de la vida de Napoleon III, que tan acerbamente califica el Sr. Sanchez, todo se hubiera olvidado, y

áun se hubiera trocado en motivo de alabanza, si Napoleon III no da á Italia la libertad, si Napoleon III no combate en Magenta y en Solferino. ¿Qué comentario hemos de poner nosotros á esta confesion?

Pasemos ya á los capítulos, en nuestro sentir, más importantes de la obra: á los que hablan principalmente del mismo Pio IX. Lleva el primero por epígrafe *Popularidad del gobierno pontificio*, y tal es la fuerza de la verdad, que el señor Sanchez destruye en este capítulo los más terribles argumentos de que se ha valido en los anteriores.

El gobierno pontificio es ó ha sido popular entre los liberales, que califica de impíos el señor Sanchez. Luego no es la impiedad la que los lleva á no querer ahora el gobierno pontificio, que tanto amaban ántes. Luego hay una razon meramente política, que los lleva á aborrecer lo que tanto amaron.

El Sr. Sanchez lo confiesa. «La Revolucion de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, del mundo entero, recibió á Pío IX con grandes, con entusiastas, con prolongadas aclamaciones.» Luego la Revolucion no quiere ser anti-católica, ántes quiere que la Iglesia la santifique. «Le llamaban el Rey Santo, el Rey del Evangelio, el Rey de la libertad, el Rey universal de las nacio-

nes, el Rey del corazon y de la conciencia, el primero entre los Reyes, el gran Mentor y modelo de los soberanos, el Rey único, en fin, dominador de la tierra y restaurador de las sociedades.» Suponemos que no creerá el Sr. Sanchez que el Papa no fuese buen católico cuando le daban tales nombres los liberales. Luego no es justo suponer que ahora no le quieran algunos como Rey temporal de Roma por ódio al Catolicismo. ¿Qué ódio podian tener contra el Catolicismo los que con tan vivo fervor aclamaban y bendecian á su Santo Pontífice? «En la prensa periódica, prosigue el Sr. Sanchez, en la tribuna, en libros y folletos, en todas partes resonaban gritos de placer, himnos de aplauso y entusiasmo en honra del santo, justo y liberal Soberano de Roma. No podia el Papa abandonar su palacio sin verse abrumado por turbas revolucionarias, locas de amor y gratitud, que le seguian en tropel, atormentándole con vivas y aclamaciones. A tal punto llegaron las cosas, que el mismo Pontífice, en una circular, tuvo que prohibir con tono severo las incesantes demostraciones de afecto», etc. ¿Dónde estaban entónces los liberales impíos; que anhelan acabar con la religion, empezando por el poder temporal? Entónces no eran los impíos los liberales. Si discurriésemos como el Sr. Sanchez, diriamos que los serviles eran los impíos de en-

tónces. Ellos denostaban la sagrada y venerable persona del Pontífice como jamas se han atrevido á hacerlo despues los más furiosos demagogos, los liberales más ardientes, defraudados en sus esperanzas. No queremos estampar aquí los términos horribles de que se valian los reaccionarios para calificar á Su Santidad. Bálmes tuvo que salir en España á su defensa. En Nápoles le aborrecian de muerte los palaciegos absolutistas. En Austria querian declararle anti-papa y traer el cisma á la Iglesia. En nada de esto han pensado los liberales, dando muestras de que son mejores católicos que los serviles. Ni Gavazzi, ni Mazzini, ni Víctor Hugo, ni Garibaldi han dicho ni tramado contra el Papa cuando el Rey de Roma ha dejado de ser liberal, lo que contra el Papa decian y tramaban los serviles cuando era liberal el Rey de Roma. Los liberales más avanzados han querido y quieren destronar al Rey de Roma porque no sigue su política; pero los serviles querian derribar á Pío IX de la Cátedra de San Pedro porque era liberal, y se atrevian á llamarle un *Robespierre con tiara.*

Como muestras del amor de los italianos liberales al Santo Pontífice, vamos á trasladar aquí algunas de las citas que hace el mismo señor Sanchez.

La guardia nacional de Lombardía llamaba á

Pío IX «Pontífice inmortal y regenerador de Italia.» José Massari decia: «El Papa es el sumo Sacerdote, el manso levita de Italia. Cárlos Alberto es el sumo guerrero, el fuerte Macabeo. Ante la mansedumbre del primero y la fortaleza del segundo, unidas y entrelazadas, se estrellarán todos los amaños del fraude y los ataques de la violencia.» Felipe De-Boni decia: «Ignominia á la torpe canalla (éstos eran entónces los serviles, que hoy presumen de santos), ignominia á la torpe canalla que insulta á Pío IX con obscenos improperios. Los italianos deben, áun con riesgo de la vida, defender la constancia del Papa y la razon de su principado.» El general Durando decia: «Vuestras espadas deben exterminar á los que han ultrajado á Pío IX.» «El Papa Rey—decia Gioberti—ha sido el creador del genio en Italia y ha dispensado favores inmensos á nuestra nacion.» Gavazzi decia: «Pío IX es el Pontífice de la amnistía, el Pontífice de la clemencia, el Pontífice de nuestra prosperidad y de nuestra ventura. Nos ha dado un nombre, un Estado, un porvenir.» «Pío IX, decia *L'Italia Rigenerata*, es el más grande de los hombres.» Por último, y para no acumular citas sobre citas, terminarémos recordando que los héroes que murieron en los cinco dias de pelea contra los austriacos en las calles de Milan, murieron, segun aseguraban entónces

los *impíos demagogos*, exclamando: «¡Dios y Pío IX!»

De todas estas citas del Sr. Sanchez deducimos nosotros várias consecuencias, ya idénticas á las que él deduce, ya contrarias del todo. Deducimos, primero, que el Catolicismo es tan poderoso ahora como en los mejores tiempos, y que no hay esa impiedad de que algunos hombres apasionados se complacen en acusar al siglo presente, ya que, por ser el Catolicismo tan poderoso, se sirven de él como de un arma de partido. Y deducimos, en segundo lugar, que no son los liberales, sino los serviles, los que más á menudo y con más escándalo y pertinacia cometen este abuso de servirse de la religion como de una máquina política. Cuando el partido liberal tenía al Papa en su favor, jamas tachó de herejes ni de ateos á los serviles, jamas acudió al anatema contra ellos, jamas se valió de los periódicos liberales para excomulgar á los que no pensaban en política como ellos pensaban. Cuando el partido liberal perdió el favor del Rey de Roma, y más tarde, cuando volvió éste á subir á su trono con el auxilio de tres ejércitos extranjeros, austriaco, español y francés, no se estamparon en Italia tantas palabras duras contra el Pontífice como las que se dijeron y escribieron contra él en Austria cuando era partidario, como príncipe italia-

no, de la libertad, de la grandeza y de la independencia de su pueblo. Liberani, Passaglia, Cavour, Garibaldi y otros hombres aborrecidos y tachados de ateos no han dicho una palabra dura ni contra el Pontífice ni contra el hombre; todos celebran sus virtudes, todos le llaman justo y bueno. Queremos convenir con el Sr. Sanchez en que es una obcecacion y un extravío el que se anhele despojar á ese varon tan virtuoso de su corona temporal; pero tambien queremos que convenga con nosotros el Sr. Sanchez en que hoy se respeta y venera su sagrado carácter más que se ha respetado jamas el de ningun Papa, entre la efervescencia y tumulto de una revolucion y en medio de las guerras y discordias civiles y de independencia. El Sr. Sanchez sabe la historia mucho mejor que nosotros; el Sr. Sanchez es un hombre de buena fe, y á su buena fe apelamos para que nos diga si los emperadores germánicos en los siglos medios, si los tiranuelos de Italia, si la plebe de Roma, si los reyes católicos y cristianísimos de otras edades han tratado al Soberano de Roma con el mismo miramiento y con la misma dulzura con que le tratan hoy los *impíos* revolucionarios, el *excomulgado* y *pérfido* Víctor Manuel, el *maquiavélico* Cavour y el *monstruo* de Napoleon III. Ni contra la córte de Roma, ni contra los ministros y consejeros del Papa en lo

temporal, ha dicho el mismo About mayores atrocidades, merecidas ó no, que las que dijeron Dante y Petrarca, poetas católicos por excelencia.

Suponga por un momento el Sr. Sanchez que este Papa ú otro es un príncipe patriota y ferviente italiano, como ya los hubo; que tiene al mismo tiempo gran capacidad política, y extraordinaria sed de gloria; que se pone al frente de una liga, como hizo Alejandro III, y que combate á los austriacos y los vence, y los arroja de Italia. ¿Cree el Sr. Sanchez que en Austria no se trataria de que hubiese un cisma, de negar al Papa y áun de nombrar á otro, como ya se pensó en 1848 y 1849? Nosotros creemos que en Austria se intentaria lo que decimos. Pues bien, los demagogos no intentan, ni han intentado jamas tal cosa, cuando ha habido un Papa que ha contrariado sus planes, ó que, como Gregorio XVI, ha seguido una política completamente austriaca. Y si lo han intentado algunos ilusos, han hallado siempre en el pueblo una resistencia invencible. En Italia, ántes del amor de Italia está el amor del Pontificado, su mayor gloria, y el amor de nuestra santa y católica religion. Lo mismo que Cola Rienzi, en el siglo XIV, llamaba al Papa á Roma, le llamarian Ratazzi y Víctor Manuel, si, abandonado por los franceses, dejase la Ciudad Eterna. Convenimos con el Sr. Sanchez: *en Roma*

*no triunfará el mal.* En Roma no podrá haber ya, como no sea por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero, por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la política de Mons, de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del Sr. Sanchez, y hemos tenido que juzgarle, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizás con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso, hemos convenido, y no podemos ménos de convenir con el Sr. Sanchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

(*El Contemporáneo.*)

---

# ESPAÑA Y PORTUGAL.

## I.

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto ántes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nacion, los Estados fácilmente se fundirian. Lo difícil, lo punto ménos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la union ibérica, más hemos creido que esta idea es una aspiracion sublime, casi irrealizable, ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realizacion y cum-

plimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca costa puede llevarse á cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna.

El ejemplo de Italia, áun presuponiendo que tenga dichoso término la revolucion italiana, no debe en manera alguna alucinarnos ni movernos á la imitacion. Las circunstancias son muy otras en aquella que en esta Península. Allí, ó no hay nacion, ó tiene que haber una Italia: aquí hay dos naciones, y áun seguiria, acaso durante siglos, habiendo dos naciones, aunque ambas, ó por una revolucion, ó por una conquista, ó por un enlace régio, vinieran á formar un Estado sólo.

Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Amalfí han sido poderosas y gloriosas repúblicas; pero como naciones no han existido. No es menester buscar razones; basta el sentido comun, basta el oido para percibir que suenan disparatadamente estas frases: *la nacion pisana*, *la nacion genovesa*, y hasta la misma *nacion milanesa ó napolitana.* En Italia, porque la historia ó el destino, porque Dios, en suma, lo ha querido así, no hay más que una nacion, aunque haya habido numerosos é independientes Estados: señoría en Venecia, ducado en Milan y reino en Nápoles.

En nuestra Península sucede lo contrario. Portugal, aunque es una nacion hermana, no forma parte, no es la misma nacion española. La histo-

ria de Portugal es tan grande, que no puede perderse ni confundirse en la historia de otro pueblo; pero no es ésta la mayor dificultad. Grande, heroica, admirable es tambien la historia de Aragon, que tampoco puede perderse ni confundirse, y sin embargo, la nacionalidad, la autonomía aragonesa vino en sazon oportuna á amalgamarse con la de Castilla, formando ambas la nacionalidad española. La mayor dificultad es que la sazon oportuna, el momento propicio en que la fusion hubiera sido fácil, pasó mucho tiempo há. Las diferencias se han hecho cada vez mayores desde entónces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo.

En aquellos buenos tiempos de mutua prosperidad, cuando portugueses y castellanos nos dividiamos el imperio de los *mares nunca de ántes navegados;* en aquellos buenos tiempos, en que podia decir el poeta, en elogio de la *noble España*, que era la cabeza de la Europa toda, y de Portugal, que era la cima de la cabeza, y en que podia dudar, hablando de los portugueses, sobre qué era

*mais escellente*
*Se ser do mundo rei, se de tal gente;*

en resolucion, en aquellos buenos tiempos de los

Reyes Católicos y de D. Juan III, cuando el papa Alejandro VI,

*Uma linha lanzando ao ceo profundo,*
*Por Fernando e Joao reparte o mundo,*

y en que, sin pecar de hinchados ni de fanfarrones, podiamos hacer decir á nuestros héroes:

*Do Tejo ao China o portuguez impera,*
*De un polo a outro o castelhano voa,*
*E os dois extremos da redonda esfera*
*Dependem de Sevilha e de Lisboa;*

en aquellos buenos tiempos, repetimos, sin estar llenas de recelos y agriadas por el infortunio, hubieran podido estrecharse y confundirse ambas naciones en la cumbre de la grandeza y de la gloria, como Aragon y Castilla se confundieron. Pero despues de la rota de Alcázarquivir, humillada y moribunda la nacion portuguesa, y sujeta y postrada bajo el cetro de hierro de Felipe II, no pudo unirse, aunque tuvo que someterse á Castilla. Así es que la revolucion de 1640 fué indispensable; fué el renacimiento de un pueblo que habia muerto ó que gemia esclavo, cuya gloria eclipsada era preciso que volviese á brillar. La dominacion de los Felipes en Portugal quitó á aquel pueblo libertad, y no le dió fuerza ni am-

paro. Las ricas colonias, el hoy tan próspero imperio del Brasil, tal vez hubieran sido mejor defendidos por los portugueses solos, áun en medio de su postracion, que por el pujante, pero mal gobernado, poder de España.

No se ha de extrañar, por lo tanto, que los portugueses suspirasen por la perdida independencia, y que la recobráran. Con ella parecia renacer la pasada gloria y algo del poder pasado. El advenimiento al trono de la casa de Braganza fué más popular que el de la nobilísima y heroica dinastía de Avis. Desde entónces la division entre España y Portugal se ha hecho cien veces más honda, la rotura más difícil de soldar, los signos característicos de ambas nacionalidades más prominentes y diversos.

En Italia, la literatura es la misma y la lengua literaria la misma en todas las provincias. Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia. Dante y Machiavelli son italianos ántes de ser florentinos. En Portugal, por el contrario, se levanta, y crece y se desarrolla, y se aparta cada vez más de la nuestra, una literatura nacional, propia y exclusiva de aquel pueblo. En un principio, nuestros trovadores, nuestros príncipes poetas escribieron en portugues, como Macías y el Rey Sabio. Los trovadores portugueses se complacian en escribir en castellano. El castellano y

el portugues no parecian dos idiomas diversos, sino dos formas, dos modos del mismo idioma. En la magnífica córte del rey D. Manuel suena en prosa y en verso el habla de Castilla. *El Cancionero de Resende* está lleno de versos castellanos. La musa dramática portuguesa hace sus primeros felices ensayos en los *Autos* de Gil Vicente, muchos de ellos en castellano, y otros en castellano y en portugues mezclados y confundidos. El primer poeta lírico portugues, el justamente celebrado Sá de Miranda, escribe gran parte de sus obras en nuestra lengua; el mismo Camoens le imita y le sigue en esto. Todavía, á pesar de Aljubarrota, y lo que es más, á pesar de Vasco de Gama, del infante D. Enrique y del grande Alburquerque, esto es, á pesar de la magnífica epopeya de la historia de Portugal en el siglo XV, epopeya que no sólo hace de Portugal una nacion, sino una nacion gloriosísima, importantísima y con una gran mision providencial en el mundo, Portugal se creia parte de España.

España era la cabeza de Europa toda; pero Portugal era la cima de la cabeza, esto es, parte de ella, como dice el llamado por los portugueses mismos *príncipe de los poetas españoles*. La conquista hecha por corrupcion y violencia sobre un enemigo postrado, y la perversa dominacion y peor administracion de los Felipes, vinieron á

destruir ó á retardar la verdadera union de ambos pueblos, que ya se iba formando. La revolucion de 1640 acabó de romper los lazos amistosos que nos unian. ¿Qué portugues, sin pasar por mal portugues, hubiera osado, desde entónces hasta hace pocos años, hablar de la unidad ibérica? En Italia, al contrario, en todas las edades, en todas las provincias y Estados, han suspirado y defendido y aconsejado la unidad los más amantes de la patria y los que han alcanzado más fama por haberla amado é ilustrado. Dante, Petrarca, Machiavelli, Manzoni, Leopardi, Tosti, Botta, todos los hombres eminentes de aquella Península se muestran partidarios de su unidad, y no reconocen sino una sola nacionalidad en ella. Allí se han ido cada dia estrechando más; aquí nos hemos ido separando. Allí una misma literatura, allí un mismo idioma: las glorias alcanzadas y las afrentas recibidas son allí comunes. Los que encomian á Italia la llaman á toda ella cuna de las artes, maestra de las gentes, patria de los grandes poetas y de los eminentes capitanes, y los que la denigraban, cuando vivia esclava y abatida, lanzaban tambien la injuria y el vilipendio sobre toda ella, sin exceptuar una sola provincia, ó diciendo, si la exceptuaban, que aquella provincia no era Italia. Pero entre España y Portugal no ha habido una solidaridad se-

mejante, sobre todo en la desgracia. Acaso seamos harto orgullosos para aceptar como nuestras las faltas de nuestros hermanos. Acaso lo seamos tambien, aunque no tanto, para tener sus glorias por nuestras.

De todos modos, la unidad ibérica, aunque deficilísima, aunque sólo sea un hermoso ensueño en el dia, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni ménos que pudieran redundar en desdoro de una de las dos naciones, si éstas acertáran á unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra é Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.

Partidarios, en cierto modo, de esta union futura, más ó ménos completa é íntima; de esta union celebrada con mutuo consentimiento y beneplácito y para bien de ambos pueblos; de esta union, que, si alguna vez ha de lograrse, es menester preparar muy de antemano y con exquisita prudencia, han sido, y quizás sigan siendo aún, muchos de los hombres más ilustres que honran hoy á Portugal, muchos de los que más le aman y veneran y adoran su gloria, y asimismo no pocos españoles, que no quieren á Portugal para redondear el territorio, sino para que, unidos dos pueblos tan generosos y grandes, vuelvan acaso á ser en los futuros siglos lo que fueron en los pasados : *la cabeza de Europa toda.*

Si algun español sueña con la dificilísima union de Portugal y España como realizable en el dia, y tiene el extravío de menospreciar á Portugal, y el mal gusto y poco tacto de decirlo, no es esto culpa de toda la nacion española, que piensa y siente respecto á Portugal de muy diversa manera.

No creemos que ningun patriota portugues, áun negando absolutamente y para siempre hasta la posibilidad de la union ibérica, haya podido ofenderse del *iberismo* de D. Sinibaldo de Mas, de Castelar y de tantos otros, cuya buena fe, cuyo amor y cuyo entusiasmo, ya que no lisonjearlos, debiera satisfacerlos.

Si más tarde, segun hemos oido decir, ha venido un escritor animado de otros sentimientos poco favorables á Portugal, y pidiendo ó deseando en nombre de ellos la union de aquella monarquía á la española, bien pueden creer los portugueses que ese escritor español no es el órgano fiel y legítimo de la opinion pública en España. Nosotros áun no hemos leido el folleto á que aquí se alude; pero sabemos, por los periódicos de aquel país, que ha producido en Portugal un profundísimo disgusto, y esto nos impulsa á examinarle imparcialmente, volviendo por la dignidad de la nacion portuguesa, y si en dicho folleto ha sido injuriada, y reprobando esa inmediata union forzosa ó poco decorosa para Portugal, que desea

el folletista, ya que no en nombre de una union futura, espontánea y honrosa para todos, en nombre de la igualdad y del fraternal afecto y de la alianza estrecha que debiera haber entre las dos egregias naciones de esta Península.

## II.

La idea ó el principio de las nacionalidades, que ahora priva, tiene, como todo lo muy comprensivo y general, no poco de vago, y cuando no de vago, de contradictorio. Las nacionalidades no se determinan por la geografía, ni por el idioma, ni por la identidad de estirpe, ni por la semejanza ó igualdad de historia, de religion y de costumbres. Todo esto concurre á formarlas; pero lo esencial y fundamental es el sentimiento, que se advierte, que se reconoce, pero que no se sujeta á reglas ni á raciocinios.

Italia, que es el grande ejemplo que se alega, es una sola nacion porque es una sola nacion. En favor de la unidad de Italia no hay argumento más fuerte que el sentir de sus hijos. Desde la caida del imperio romano, bajo el cual, si toda Italia estuvo unida, tambien estuvo unida gran parte de Europa, no se ha realizado la completa

unidad italiana sino por breve tiempo y bajo el cetro de un rey bárbaro, de Teodorico. Pero desde entónces hasta el dia presente, el pensamiento de la union, el anhelo de llevarla á cabo, y el sentimiento de ser Italia una nacion sola, han dominado el alma de cuantos hombres ilustres han nacido en aquella Península.

Muy largo sería investigar las causas de por qué en la Península ibérica no ha acontecido lo propio; pero es lo cierto que no ha acontecido.

En Italia, á pesar de la division de Estados, y de las guerras, celos y enemistades que entre ellos ha habido, no hay más que una sola nacion; no hay más que el sentimiento de una sola nacionalidad y el amor de una sola patria, por lo ménos desde los tiempos de Dante. Ora predomine el partido gibelino, ora el güelfo, ora sea el Emperador, ora el Papa, el que se busque como centro de la unidad, la unidad es lo que se busca.

En España y en Portugal, preciso es confesarlo, no se ha soñado nunca en esta unidad, ni áun en la época en que ambas coronas estaban reunidas y adornaban las sienes de los Felipes. Portugal era entónces un reino más de los que componian el vasto imperio español. Era como Nápoles, como Sicilia, como el Milanésado, como Flándes; nadie imaginaba que Portugal y España fuesen una sola nacion y un mismo pueblo.

Esta idea es reciente, es consecuencia ilegítima de lo que llaman el principio de las nacionalidades. En virtud de este principio, los pueblos de Portugal y España debieran seguir eternamente separados, porque son dos pueblos distintos, aunque reconozcan un tronco comun y sean hermanos. Slavos son, esto es, hermanos, de la misma raza, los rusos, los bohemios, los polacos y los croatas, y no por eso constituyen una sola nacion; no por eso deja de ser casi irrealizable el ensueño del *panslavismo*.

No es, pues, en el principio de las nacionalidades en lo que debe fundarse la aspiracion á la unidad ibérica. No hay que negar, ni hay razon para negar, la nacionalidad portuguesa, á fin de fingirse posible la fusion de ambas naciones en una. Aragon y Castilla, Inglaterra y Escocia eran naciones distintas y se han fundido. Dinamarca y Suecia aspiran á unirse tambien, como ya lo estuvieron en otro tiempo, sin desconocer por eso que son dos naciones perfectas, que han tenido y siguen teniendo razon de ser y de existir separadamente.

Es posible, es á veces conveniente y glorioso, que dos naciones se fundan; pero es sumamente difícil. Es menester para ello un conjunto de circunstancias dichosas, que rara vez la prudencia humana puede proporcionar, y que casi siempre

dispone con especial disposicion la Providencia divina. Uniones como la de Castilla y Aragon necesitan, á más de la fortuna y del saber de los príncipes y hombres políticos que las llevan á cabo, de una ocasion propicia y de un acuerdo feliz de los pueblos, que, más que resultado natural, parece milagro. Uniones de esta clase se hacen cada dia más difíciles, porque mientras más se retardan, mayores diferencias y rivalidades nacen entre las naciones de que se desea componer una sola.

El ejemplo de Italia debiera retraernos del iberismo, en vez de animarnos á seguirle y á realizarle. Allí no habia más que una nacion, humillada y hollada de contínuo por el extranjero. Sus diversos Estados eran creaciones artificiales de la diplomacia; casi ninguna de sus dinastías era nacional, sino impuesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria comun. Y sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido, y es aún, el realizar esa unidad, á la que todo estaba convidando y áun provocando; unidad que era indispensable, si Italia habia de salir de la postracion y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa

la caida de los *soberanos legítimos*, cuyos tronos no tenian raíces en el suelo en que se fundaban? ¿Qué guerra civil no ha promovido en Nápoles la pérdida de una *autonomía* sin gloria, y de un trono cuya gloria no era tampoco la del país? Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucederia en la península Ibérica si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la union es indispensable para salir de la servidumbre; aquí la union es sólo conveniente á nuestra mayor prosperidad y futura grandeza: allí nadie soñaba con que hubiese una nacion toscana, parmesana ó luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones: allí ninguna dinastía de las caidas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos; y aquí no es sólo un individuo de la familia de Borbon quien se sienta en el trono, sino la nieta de San Fernando, la sucesora de Isabel la Católica, la representante y descendiente de aquellos ilustres, sabios y valerosos reyes de Aragon y de Castilla, cuyos triunfos, cuyos laureles, cuya fortuna hacen el orgullo del pueblo y viven en su memoria amorosamente conservados: no es sólo un Coburgo quien se sienta en el trono, sino el descendiente del elegido del pueblo en 1640, el representante y el heredero de aquel valeroso y noble maestre de Avís, que proclamaron rey las Córtes de Coimbra, y que recapitula y compendia en sí y

en su familia todas las glorias de la patria, desde los heroicos esfuerzos del vencedor de Ourique y del conquistador de Silves y de Lisboa, hasta la grandeza y fortuna de D. Manuel y la lastimosa y malograda valentía de D. Sebastian: aquí, en suma, esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra, toda la gloria del uno y del otro pueblo.

Basta lo dicho para comprender cuánto más difícil de realizar es la union ibérica que la unidad italiana. Españoles y portugueses son amantes de la patria con un sentimiento harto exclusivo, y una y otra dinastía representan de tal suerte la gloria y el gran sér de la respectiva patria, que hasta republicanos y antidinásticos se vuelven monárquicos de doña Isabel II ó de don Pedro V el dia en que les propone algun mal avisado partidario de la fusion ibérica derribar una de las dos dinastías para realizarla. Agréguese á esto que, tanto en España como en Portugal, el sentimiento monárquico y el amor á la dinastía están aún muy arraigados, y que hay ménos antidinásticos y ménos republicanos de lo que tal vez piensen algunos. Así se comprenderá, no sólo lo impolítico y lo contraproducente de hablar ó de escribir en favor de la fusion ibérica en perjuicio de la dinastía de Borbon, sino tambien lo contraprodu-

cente y lo impolítico de hacerlo en contra de la dinastía de Braganza-Coburgo. En el primer caso, todos los monárquicos y dinásticos de España, esto es, la mayoría de los españoles, se sublevan contra el iberismo, de lo cual ya se notaron síntomas en 1854. En el segundo caso, acontece lo propio en Portugal, como se está viendo ahora, con motivo del folleto titulado *La Fusion ibérica*, debido á la pluma de D. Pío Gullon. Este folleto, salvo la falta indicada y algunas otras que ya indicarémos, está bien escrito y pensado, y contiene ideas y noticias de grande importancia; pero sólo el aconsejar la fusion, condenando, aunque de un modo implícito, á la dinastía Braganza-Coburgo, es suficiente para explicar el efecto que en Portugal ha hecho, tan contrario al que indudablemente su autor se proponia.

No sólo los patriotas y los leales, no sólo los que aman á sus reyes, sino los que buscan ocasion de adularlos para medrar, concurren á enardecer el espíritu público en contra de semejantes planes, y se aprovechan de tan buena coyuntura para hacer gala del patriotismo y del monarquismo que tal vez no tienen. Entre tanto, la parte sana de la nacion se escandaliza sinceramente, y, animada por los escritos monárquicos y patrióticos, quiere competir con los autores en amor y devocion á la monarquía y á la patria. De esta

suerte, puesto el iberismo en lucha abierta con los más respetables sentimientos, retrocede y pierde terreno en vez de ganarle. Tal es el resultado, harto nos pesa decirlo, que ha tenido el folleto del Sr. Gullon. La soberbia y el orgullo vidrioso de los portugueses, que han entrado por mucho en la enemistad que ha despertado dicho escrito, son exorbitantes: convenimos en ello. No somos nosotros ménos vidriosos y soberbios; pero importa no olvidar que unos y otros lo somos á fin de no herirnos cuando tratemos de abrazarnos.

Pensar en que por medio de la violencia ó de la conquista hemos de agregarnos y de conservar á Portugal es un absurdo evidente. España puede conquistar á Marruecos, puede apoderarse de toda el Africa bárbara y civilizarla; pero los pueblos civilizados de Europa no se conquistan ni se domeñan ya por fuerza. Hasta las naciones que fueron ya domeñadas y vencidas en otra edad pugnan hoy por quebrantar el yugo, y es probable que al fin le quebranten. Quizás llegue un dia en que Irlanda, Polonia, y hasta la pequeña nacionalidad finlandesa, recobren su autonomía. ¿Cómo pensar, pues, en que la pierda violentamente la tierra de Viriato, de Egas Monis y de Alvarez Pereira, el inmortal Condestable? La union, la fusion, si ha de ser alguna vez, como no

negarémos que lo deseamos para bien y gloria de ambas naciones, ha de llevarse á cabo por general, mutuo y espontáneo consentimiento. Para ello debemos dejar de menospreciarnos y zaherirnos, y empezar á conocernos y á amarnos. El momento de la union política estará siempre muy distante, miéntras las simpatías, la confianza, la recíproca estimacion y el cariñoso respeto no le traigan consigo. Así lo entendieron, sin duda, los señores Mas, Caldeira, Lopes de Mendoça y Latino-Coelho, y no fué otro el pensamiento que presidió á la fundacion de la *Revista Peninsular*. Desde entónces, la precipitacion, la impaciencia y los alardes de superioridad de algunos han amontonado innumerables dificultades en el camino, largo sí, pero seguro, que iban allanando y abriendo aquellos patriotas, tan entusiastas como prudentes. Nosotros, que hemos creido, que hemos anhelado la fusion, apénas si ahora la creemos posible. Ya explicarémos en qué se funda esta falta de aquella fe y de aquella esperanza que tanto, en otro tiempo, nos animaban y complacian.

## III.

El modo de convidar á la fusion que ha tenido el autor del folleto que vamos examinando es tan falso y antipolítico en algunos puntos, que, aunque los portugueses fueran menos celosos de su nacionalidad, se comprenderia que se diesen por ofendidos. Durante la primera revolucion francesa se decia: «fraternidad ó muerte»; esto es, «sé mi hermano ó te quito la vida que tienes ahora»; pero en el folleto se va en cierto modo más allá; á los portugueses se les quiere quitar la vida pasada, la vida que ya han vivido, para que sean nuestros hermanos. Segun lo que del folleto se desprende, los portugueses apénas si tienen historia, apénas si tienen literatura.

*Sólo adquiere Portugal su autonomía, figurando separadamente, como la dote de una princesa castellana; es decir, en humillacion ridícula, que nunca podrá tenerse por el orígen histórico de una nacion.* El folletista olvida los triunfos de don Alfonso Enriquez, la batalla de Ourique, la aparicion de Cristo, el entusiasmo de los soldados cuando alzaron á don Alfonso por rey, como ya en otro tiempo fué proclamado Scipion empera-

dor; las conquistas de este gloriosísimo príncipe, que dilata el reino de Portugal hasta los límites que hoy tiene, y todo aquel modo heroico y poético con que nace la monarquía portuguesa, en cuyo orígen, como en el de Roma y otras grandes repúblicas y Estados, parece que la tradicion y la historia, la verdad y la fábula compiten por hermosearlo y magnificarlo todo de consuno. No se comprende, pues, cómo se atreve á decir el autor del folleto que no hay en Portugal *ni uno de esos reflejos populares que con el nombre de tradicion llegan á ser la entraña nacional de la historia.*

Añade luego, ó da á entender, el Sr. Gullon que la parte principal de la historia portuguesa es sólo un remedo de nuestra historia, porque, *unida ó segregada, nos imitó aquella region de la Península;* palabras poco meditadas, pues con igual razon podrian decir los portugueses que los imitamos nosotros. Ellos fueron los primeros en poner el pié en África; ellos, en tiempo de don Juan *el Vengador*, el vencedor de Aljubarrota, conquistaron á Ceuta, que todavía conservamos, y que fué y es cimiento y principio de la civilizacion é imperio que deben llevar y dilatar los españoles hasta más allá del Atlas; ellos conservaron aquel baluarte contra la morisma, con el martirio del Régulo cristiano, con la maravillosa paciencia del Príncipe constante que mereció la

bienaventuranza en el cielo, y en la tierra que Calderon eternizase y divulgase su gloria en su más admirable drama; ellos conquistaron á Arcilla, á Azamor y á otras ciudades marroquíes, y llevaron mucho ántes que nosotros la guerra á Mauritania; ellos tuvieron al infante D. Enrique, y escuela de astrónomos, navegantes y descubridores, explorando, colonizando y catequizando los reinos del Congo y de Guinea, y extendiéndose hasta el promontorio de las Tormentas, ántes de que Colon saliese del puerto de Palos; y ellos, por último, aunque no contasen más que el reinado de D. Manuel *el Feliz*, no sólo tendrian una historia, sino un maravilloso poema nacional, que tal vez no admita comparacion con el de ningun otro pueblo.

En la córte de aquel rey vivieron héroes como Vasco de Gama, Pedralvez Cabral, Alonso de Alburquerque, terror y azote del Asia, conquistador de Goa y de todo el reino de Ormuz; Suarez de Albergueira, vencedor en Etiopía y en Arabia; los Almeidas, dominadores en Ceilan y Quiloa; Tristan de Acuña, Felipe de Castro, Abreu, Melo, Aguilar, Sequeira, Duarte Pacheco, que con un puñado de hombres desbarató todo el poder del Zamorí, y tantos otros, cuyos nombres no citamos por no ser prolijos, aunque todos son dignos de eterna nombradía y de singular alabanza. ¿Se po-

dria decir, aunque los portugueses no hubieran hecho más que lo que hemos dicho, *que de esos hechos no puede brotar otra historia que la española;* que la nacion portuguesa *no ha podido adquirir un carácter histórico en contados siglos de interrumpida independencia*, y que toda la historia de Portugal se puede reducir á la biografía *de quince ó veinte* grandes personajes? ¿Es buena traza y forma de ganarse la voluntad de un pueblo el despojarle de una plumada de lo mejor de su gloria, el negarle hasta que ha existido?

En punto á literatura, tampoco está más generoso el Sr. Gullon con los portugueses. *Camoens y otros nombres tan aislados*, *aunque ménos brillantes*, dice, *no constituyen por sí solos una literatura.* ¿Y quién ha asegurado al Sr. Gullon que Camoens y esos otros pocos nombres se hallan en tal aislamiento, y que no estén *precedidos y acompañados*, como, segun el Sr. Gullon, lo están en España el Cid y Cervántes, *por la numerosa y envidiada hueste en que se agrupan nuestros guerreros y escritores de todos los tiempos?* Pues qué, ¿los grandes ingenios nacen por casualidad, y sin motivo, y sin antecedentes, y mueren y pasan, y no dejan huella ni rastro de sí en el país donde han nacido? ¿Tuvieron acaso los portugueses á Camoens, al único poeta épico nacional de la moderna Europa, sin razon para tenerle? ¿Por qué

en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, carecemos de una grande epopeya nacional, y en Portugal la hay? Porque el refinamiento, el saber y la admirable perfeccion de la lengua, coincidieron en Portugal con el vivir heroico, ó á causa de que éste duró más allí, ó de que aquellos nacieron más temprano que en otras regiones. Así es que en estas otras regiones, ó tenemos la burla más ó ménos solapada del vivir heroico, como en Ariosto y Cervántes; ó poemas artificiales, aunque riquísimos de poesía, como en Tasso y Balbuena; ó relaciones frias y desprovistas de todo ideal, como *La Enriqueida* de Voltaire; ó poemas bárbaros y rudos, como el *Cid*, los *Niebelungen* y las canciones de Gestas; sobre todo lo cual descuella el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazon, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero.

De la lectura; de *Os Lusiadas*, aunque nada se supiese de la historia literaria de Portugal, se debia deducir *à priori* que en Portugal ha habido una gran literatura anterior y posterior. Libros como *Os Lusiadas* no pueden ser un hecho aislado. En efecto, los épicos portugueses, prescindiendo de Camoens, se adelantan quizás á los del resto de Europa, salvo á los italianos. De esta verdad responden Cortereal, Pereira, Durao, Basilio de Gama y otros muchos.

Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio, que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable, y que se nota así en las excelencias como en las faltas. La lengua portuguesa no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal ha enriquecido el portugues con mayor número de voces y giros que el castellano. Camoens puso tambien en su frase, en su estilo, y en sus pensamientos, y en sus imágenes, un aroma, un sabor extraño del extremo Oriente. En portugues se conservan asimismo más palabras arábigas que en castellano.

No tienen los portugueses un romancero. A pesar de los trabajos de Garrett, sólo pueden presentarnos uno como apéndice del nuestro, apéndice ménos rico y original que el romancero de los catalanes. Al lado de nuestro teatro, el primero del mundo moderno, nada tienen que poner los portugueses. Con los compatriotas de Calderon, Lope, Rojas, Moreto, Alarcon y Tirso, no debe Portugal jactarse de Gil Vicente, que no vale mucho más que su contemporáneo Juan de la Encina. Para las tragedias clásicas portuguesas tenemos nosotros muchas nuestras, hoy olvidadas y escondidas debajo de tanta riqueza original y del

castizo tesoro de nuestros dramáticos populares. Sólo la *Inés de Castro*, de Ferreira, alcanza superior merecimiento, tanto por lo sublime y sentido de su poesía, cuanto por ser la primera buena tragedia escrita en la moderna Europa, anterior, sin duda, á la *Sofonisba* del Trissino.

Pero, si no tiene Portugal ni un teatro, ni un romancero, su musa épica es, en absoluto, superior á la nuestra, y quizás en la lírica erudita, en la oda pindárica y sublime, nos llevaria ventaja, y nos la lleva, sin duda, y grande, si consideramos la menor poblacion de Portugal con respecto á España, y si apartamos y sustraemos de nuestra cuenta al cantor de *La Noche serena* y de *La Vida del campo*.

Portugal ha tenido tambien sabios prosistas, elegantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el Sr. Gullon, á Camoens y á unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sá de Miranda los eminentes líricos se suceden hasta Garçao, Francisco Manuel, Garrett, Mendez Leal, y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barros, Couto, Freire, Lucena, Fray Luis de Souza y Herculano nada deben envidiar á los nuestros; y en punto á novelas y otras obras de entrenenimiento, tienen los portugueses mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta algunos ingeniosos

novelistas del dia. Ellos nos dieron á Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creacion de los dos más discretos libros de caballería, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra.*

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una grande historia, una grande literatura y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto aunque no fuese falso, y ¡que iria contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el iberismo es cosa tan clara, que no necesita demostracion.

Aunque estuviésemos de contínuo pugnando por persuadir á los portugueses de su escasa importancia, no se persuadirian de ella, y tendrian razon, y sólo conseguiriamos, en vez de hacerlos amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como hermanos que somos, y no es en lo que ménos nos parecemos en la soberbia y altivez de condicion y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens, que conocia bien á sus compatriotas, y en este predicamento nos lisonjeamos, á pesar de todo, de incluir á los españoles, decia, hablando

de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son:

*Todas de tal nobreza e tal valor*
*Que cualquier d'ellas cuida que é melhor.*

## IV.

En nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses, hemos condenado várias expresiones y razonamientos del Sr. Gullon, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nacion; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos á encarecerlo más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mutua el mutuo desvío y el infundado menosprecio con que á veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nacion, y su historia y su literatura, independientes y grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una frac-

cion de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nacion gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y escocesa. Pero esto no se opone á la posibilidad ni á la realizacion de la unidad pacífica de ambos reinos, en un porvenir más ó ménos remoto. El error del Sr. Gullon no está, á nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa, y sin oscurecer sus brillantes blasones.

Por lo demas, convenimos con él en que la *configuracion topográfica* de ambos países, *la religion, la raza, las costumbres* nos convidan á unirnos, y en que Portugal puede un dia ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragon ni Castilla. Aragon no ha borrado ni perdido las páginas hermosas de su historia inmortal, sino que las ha esclarecido y duplicado. No cifra ya solamente su orgullo en los hazañosos Condes de Barcelona, sino tambien en Bernardo del Carpio, y en el Cid, y en el conde Fernan Gonzalez; no se jacta sólo de sus trovadores, sino tambien de nuestros poetas; no anda sólo orgulloso de su D. Jaime *el Conquistador*, sino tambien de nuestro San Fernando: junto á Roger de Lauria pone á Pero Niño; y junto á D. Pedro *el Grande* y á D. Alfonso *el Magnánimo*, al Gran Capitan y al gran Cor-

tés, dignos ambos de estar al lado de tales reyes.

El español que rebaja la gloria de Portugal, y el portugues que rebaja la nuestra, se diria que anhelan destruir un tesoro que un dia ha de pertenecer por entero á la patria comun, y que ya en cierto modo le pertenece. La gloria de España es un complemento de la de Portugal, y la de Portugal de la de España; no se limitan, no se dañan, y sí se completan. Dejad que nos engriamos de vuestro Camoens, y tomad en cambio á Cervántes; por vuestros líricos os damos el Romancero; por Alburquerque á Cortés y á Pizarro; por vuestro rey D. Manuel á nuestra Isabel *la Católica.*

Así como no queremos empequeñecer vuestra existencia pasada, tampoco queremos negar vuestro valer en el dia. Si ambicionamos la unidad, y si suspiramos por ella, algunos tal vez con imprudencia sobrada, no creais que es porque os consideremos pobres y flacos, sino porque os consideramos aún poderosos y ricos, ó capaces de serlo. Harto se sabe, aunque diga lo contrario algun poco acertado escritor en un momento de ese orgullo que teneis vosotros y que nosotros tenemos; harto se sabe que poseeis recursos para vivir, y esperanzas de larga vida, y áun de prosperidad y de engrandecimiento.

No hay, pues, motivo en el fondo para ese ódio

que muestran algunos, para ese contínuo recelar y hasta para ese menosprecio, que falsos ó extraviados patriotas de Portugal y de España atizan á veces entre estas dos naciones hermanas, volviendo el rostro á países extranjeros, embelesándose más de lo justo con la civilizacion de Francia y de Inglaterra, admirándose exclusivamente de su literatura, remedando mal sus instituciones, encomiando y ensalzando con servil entusiasmo á sus hombres y sus cosas, y despreciando, achicando y zahiriendo todo lo nuestro, ó por ser español, ó por ser portugues. Se diria que nuestro espíritu se ha humillado con la decadencia y la desgracia, y que sólo da cabida á ruines y mezquinos celos. ¿Era así Lucena, que eligió á un español por héroe del libro más bello que quizás tengais escrito en vuestro idioma? Era así Camoens, que llamaba al castellano *grande e raro*, y que pronosticaba de España que la inconstante fortuna no podrá jamas poner mengua en ella, ni mancha

*Que lha nao tire o esforço e ousadia*
*Dos bellicosos peitos que em si cria?*

No era así, por último, aquel generoso castellano que, momentos ántes de comenzar la batalla de Aljubarrota, dijo á vuestro Alvarez Pe-

reira: «¡Al fin sois los más honrados del mundo, ora seais vencedores, ora vencidos, porque si venceis siendo tan pocos, y si vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra!»

Hoy, sin embargo, en plena paz, sin el menor proyecto hostil ni invasor, nos maltratamos de palabra y por escrito. ¿Es que hay más patriotismo ahora? No; es que, sin saberlo, nos dejamos llevar de inspiraciones extranjeras; es que nos maravillamos tanto de las grandezas y de la prosperidad de otros países, que el ánimo se sobrecoge y predispone á despreciar y á aborrecer, cuando no lo propio, por cierto pudor, lo que debiera ser punto ménos que propio. La verdad es que nunca el patriotismo exclusivo portugues ha rayado tan alto como en estos últimos tiempos, ni durante la deplorable guerra de veintiocho años que precedió á la separacion. Entónces os mostrabais con fundamento aborrecedores del *mal sufrido cautiverio*, del

*Hypocrita tyrano e nao prudente,*

y de los dos Felipes sus sucesores; pero no aborreciais tanto, como muestran ahora aborrecer algunos, á la nacion española. A ella pertenecia aquella valerosa mujer y prudentísima Reina que tanto contribuyó á daros la libertad que apete-

ciais; aquella Guzman que persuadió y excitó al tímido y vacilante marido para que se ciñese la corona; que educó al hijo D. Pedro para que os gobernase y dirigiese; que contuvo y corrigió, miéntras le fué posible, los delirios y maldades de D. Alfonso; que buscó la alianza de Inglaterra y de Francia, y que hizo venir á Schomberg y á los soldados extranjeros para que contra nosotros os ayudasen.

Así se apartó Portugal del moribundo imperio español, en tiempo del desdichado Cárlos II. Por el tratado de 1668 reconoció España á Portugal como un Estado independiente y libre; pero del perpétuo cumplimiento de esa carta de horro, salió Inglaterra por fiadora, y no hay dudar en que, si un dia todos los portugueses unánimes quisieran volver á unirse á España, Inglaterra los obligaria, si pudiese, á conservar *su libertad y su independencia*, valiéndose tal vez de los mismos medios suaves y filantrópicos que ya ha empleado con los habitantes de las islas Jónicas, para que no se unan con los otros griegos.

No es esto decir que nosotros creamos que ejerza Inglaterra un protectorado sobre Portugal; que sea Portugal una colonia inglesa, como pretenden algunos. Nosotros creemos á los portugueses celosísimos de su independencia y de su dignidad, y no exageramos hasta ese extremo el

influjo y la preponderancia de la Gran Bretaña sobre ellos. Pero aunque tuviésemos por cierta esa preponderancia, la deplorariamos como un infortunio, y no la censurariamos como una falta de energía. La fatal é inevitable humillacion de Gibraltar nos hace, en este punto, ménos severos, y la reciente humillacion voluntaria de las notas de Calderon nos obliga á ser tolerantes. Lo que nosotros decimos es que á Inglaterra le conviene, le importa mucho nuestra separacion, y que tal vez se moveria á conservarla con violencia, áun cuando quedasen pocos portugueses que la quisieran, y áun cuando las cosas y la opinion estuviesen ya maravillosamente dispuestas y propicias á la fusion de ambas naciones. Este sería el último y poderoso obstáculo que habria que vencer para alcanzar la unidad deseada, sin una guerra peninsular, encendida por los ingleses mismos, y sin menoscabo ó pérdida de algunas de nuestras colonias.

Pero ántes de llegar á este último trance, ¿cuántas otras dificultades no nos quedan que allanar? ¿Cuántos medios no nos quedan que interponer para irnos acercando cada vez, en lugar de separarnos?

Pensar, por consiguiente, en la fusion inmediata es casi una locura; es, por lo ménos, una imprudente audacia; pero pensar en separarnos más

de lo que estamos es un extravío del sentimiento patriótico, que redunda en perjuicio de ambos países.

El melancólico amor de la patria decaida, las *saudades* de la pasada grandeza, que han hecho soñar en un *quinto imperio* portugues, y que han convertido á D. Sebastian en un Mesías nacional, en otro nuevo rey Arturo, no bastan á dar razon de estos recelos perpétuos y de estas arraigadas y poco amistosas preocupaciones que muestran los portugueses contra toda la nacion española, miéntras que, para cada uno de sus individuos que llega á visitarlos, hemos de confesar y agradecer que son por extremo afectuosos, hospitalarios y francos. Los portugueses ceden en esto, como nosotros, en la infundada altivez con que á veces los miramos, á un espíritu de extranjerismo que, á pesar nuestro, y sin que lo notemos bien, nos domina.

Así, por ejemplo, cuando los portugueses acusan de feroces y de crueles á nuestros héroes pasados, no hacen más que repetir las acusaciones y hacerse eco de la envidia extranjera. Cortés, Pizarro, Almagro, Balboa, fueron crueles; pero ¿qué guerreros de otra nacion cualquiera no lo hubieran sido, no lo fueron en aquella edad? ¿Eran los portugueses mucho más blandos de condicion, mucho más humanos? Vuestros mis-

mos poetas ¿no califican á Alburquerque llamándole *o feroz?* Pero ni vosotros ni nosotros nos distinguimos entónces por la ferocidad y la codicia de que nos motejan los que tambien lo fueron entónces y siguen siéndolo en el dia, con menor disculpa, y mostrándose en la India tan duros y sin entrañas. Por lo que nos distinguimos fué por el dichoso atrevimiento, y por aquella constancia con que ensanchamos el mundo, dimos al antiguo otro nuevo hemisferio, y abrimos los nunca hollados senderos

*Per onde fosse descubrir á Lysia*
*Os inmensos thesouros do Oriente:*
*Per onde nos trouxesse ao Tejo ufano*
*As perolas brilhantes, que adornavan*
*Do sol os ricos paços,*
*E os thalamos da aurora.*

Y á fin de poner término y coronar dignamente esta empresa de descubrimientos que Portugal empezó, para eterna gloria del infante D. Enrique, y de los navegantes de Sagres, los cuales descubrieron el otro cielo hermosísimo de la parte del Austro, y las refulgentes estrellas con que soñó Dante en su poético arrobo, unieron España y Portugal á dos hijos suyos, y, merced á Elcano y á Magallánes, se dió por vez primera la vuelta á este globo en que vivimos.

Nuestras glorias y las glorias de los portugueses son las mismas, y no pueden quitárnoslas sin quitárselas: las mismas son tambien nuestras culpas, y así, no pueden injuriarnos sin que la injuria recaiga sobre ellos.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en estas consideraciones sobre las cosas que fueron; pero repetimos que no nos parecen impertinentes al asunto, á fin de disipar prevenciones, recriminaciones y vanas altiveces, de que suelen estar poseidos, por desgracia, el vulgo de uno y otro país, y áun no pocas personas ilustradas.

Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso, como algunos creen, ni es conveniente que lo sea, ántes conviene lo contrario al propósito de la union.

## V.

Despues de esforzarse el Sr. Gullon en demostrar la poca importancia histórica de Portugal, pasa á hacerse cargo de su estado actual, y le pinta y describe como verdaderamente lastimoso. *Su comercio está arruinado ó reducido á la primitiva forma de transacciones*, *vendiendo sus dos ó*

*tres productos á un solo comprador en el mismo terreno en que los recoge; la libertad de comercio en Portugal es nociva; los portugueses no tienen ninguna industria importante;* en suma, aquella sexta parte de nuestra Península carece de recursos, se halla pobre, desvalida, y debe echarse en nuestros brazos.

Triste sería para los españoles tener que recoger y amparar á un menesteroso moribundo. Pero si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras y acudiese á nosotros, indudablemente le recogeriamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone.

Aunque Portugal, durante la dominacion de los reyes austriacos perdió algunas de sus colonias, de que los holandeses se apoderaron; aunque despues hubo de ceder á Inglaterra la isla de Bombay para que le auxiliase contra nosotros, pudiendo decirse que esta cesion fué el principio del imperio británico en la India, y la abdicacion de la soberanía portuguesa en toda el Ásia; y aunque, como prenda de nuestra antigua dominacion, nos dejó la plaza de Ceuta con el pensamiento de domeñar y civilizar á Marruecos, y de hacerle

*compensar muriendo el hecho ultraje*, pensamiento que tan mal hemos realizado, todavía conserva Portugal ricas provincias y hermosas colonias en Ultramar, aunque no florecientes como las nuestras.

El imperio del Brasil, separado políticamente de la metrópoli, se une á ella con lazos más estrechos de amistad y de comercio que á España sus antiguas colonias de América. La prosperidad, buen gobierno y civilizacion del Brasil hacen más honor á Portugal, que á España la decadencia, guerras perpétuas y revoluciones estériles de las repúblicas americano-españolas. El tráfico entre el Brasil y Portugal es un venero abundante de riqueza para este último país, cuyas introducciones en aquel imperio acaso sean las más importantes, despues de las de Inglaterra y de los Estados-Unidos, que surten de harina á aquella poblacion de más de seis millones.

Portugal posse, ademas de las populosas Azores y de la hermosísima isla de Madera, las islas de Cabo Verde, las de Santo Tomás y Príncipe, que forman grupo con las nuestras de Fernando Póo, y muchos establecimientos en las costas de Angola y Benguela: domina aún, en el África Oriental, sobre 400 leguas de costa, y posee á Mozambique y á Sofala; en la India tiene las provincias de Bedjápour y Guzarate, con las ciudades de Diu, Damaum, Salsete y Goa, donde

guarda los sepulcros del gran conquistador guerrero, Alburquerque, y del gran apóstol del Asia, San Francisco Javier, nuestro compatriota; y en la China conserva, por último, á Macao, y en la Océanía, á Timor, Solor y otras islas.

Todas estas colonias se hallan en bastante decadencia; pero no tanto que no cuenten aún dos millones y medio de almas, que unidos á los tres millones y medio del Continente, suman algo más de seis millones.

La riqueza y comercio de Portugal han decaido tambien de aquella asombrosa prosperidad á que el Marqués de Pombal supo impulsarlos; prosperidad que fué gradualmente aumentándose, hasta llegar á su apogeo en 1807, en que la exportacion en cruzados, con los establecimientos ultramarinos, ascendió á 25.871.000, y la importacion á 42.422.000; la exportacion en cruzados, con las naciones extranjeras á 58.635.000 y la importacion á 41.102.000.

La pérdida del Brasil, las guerras napoleónicas y el fatal tratado de 1810 con los ingleses concurrieron á acabar, ó al ménos á disminuir en gran manera este brillante estado. No se ha de creer, con todo, como cualquiera se inclinará á creer, leyendo el folleto que da ocasion á estos artículos, que Portugal agoniza, que Portugal se muere de inanicion.

Pocos años há, en el de 1855, publicó el señor D. José de Aldama Ayala un libro perfectamente hecho y rico en datos de toda clase, que pudieran estudiar algunos españoles ántes de hablar de Portugal harto ligeramente. El libro lleva por título *Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*. De él tomamos algunas noticias para escribir el presente artículo, y á él remitimos á nuestros lectores que quieran enterarse más á fondo de la presente situacion del reino vecino.

El Sr. Aldama responde victoriosamente, con la elocuencia de los números, á los que ponderan la pobreza de los portugueses. Presupone que Portugal es una quinta parte menor que España, y partiendo de este dato, y comparando la importacion y exportacion de Portugal en 1851, que conoce, con las de España en 1854, presenta los siguientes resultados:

**Portugal en 1851.**

| | |
|---|---|
| Importacion en pesos fuertes. . . . . | 14.957.794 |
| Exportacion.. . . . . | 11.621.340 |

**España en 1854.**

| | |
|---|---|
| Importacion en pesos fuertes. . . . . | 40.687.367 |
| Exportacion.. . . . . | 49.362.506 |

Se deduce de estas cifras que el comercio portugues es de 26.565.939 pesos fuertes, y el de España, que debiera ser cinco veces mayor, esto es, de 132.829.695 pesos fuertes, para ser ambos proporcionalmente iguales, es sólo de 90.362.506; de manera que á España le faltaron aquel año, para ser tan comerciante y rica como Portugal, 42.467.189 pesos fuertes.

El Sr. Aldama añade luégo, para consuelo de España: «No se crea, empero, que las grandes diferencias que advertimos á favor de Portugal proceden de que en igualdad de circunstancias el territorio lusitano sea más rico que el español; no hay tal en nuestro concepto; sino que siendo Portugal una faja de terreno estrecha y larga, bañada al S. O. por el Atlántico, desembocando al mar en su territorio los principales rios de la Península, que son navegables en su último trayecto, como tambien algunos de los que nacen en este territorio, disfruta de circunstancias que auxilian poderosamente al comercio, pudiendo decirse que exportan cuanto producen, teniendo luégo que importar grandes cantidades de cereales y otros productos naturales y de arte, como sucede en la actualidad. Pero este flujo y reflujo y los cambios á que da lugar, es lo que constituye el verdadero comercio y la riqueza de un país; á la inversa de lo que se observa en várias pro-

vincias centrales de España, etc.» Y por último concluye: «Los números precedentes sirven para probar la importancia comercial de Portugal, y demostrar á algunos ignorantes, que sin estudiarle ni conocerle le desprecian, figurándose ser un país que vale muy poco, cuán distantes se hallan de la verdad.»

Extraño contraste forman los párrafos citados del Sr. Aldama con la dolorida conmiseracion con que trata nuestro folletista á los portugueses, con aquellas frases fatídicas de *la decadencia por donde vemos precipitarse á Portugal, de la postracion de sus provincias, de sus debilidades y lesiones orgánicas, y de aquel cuerpo falto de vigor y de condiciones vitales, sujeto dentro de un saco de algodon por Inglaterra.*

Pero no sólo en esto, sino en todo, está el libro del Sr. Aldama en abierta contradiccion con el folleto del Sr. Gullon, escrito algo á la ligera. «El número de los que leen y escriben, dice el Sr. Gullon, no crece en Portugal lo que en España ha crecido.» Y el Sr. Aldama contesta: «En proporcion de las respectivas poblaciones, tenemos por indudable que se lee más en Portugal que en España.» El Sr. Gullon cree que los portugueses no tienen industria, y el Sr. Aldama contesta que en la Exposicion universal de París hubo 446 exponentes de Portugal, de los cuales 218 obtuvieron

premio, y llena várias páginas de su libro con una lista de productos y manufacturas de aquella parte de la Península. Así desvanece «el error en que han incurrido casi todos los geógrafos, economistas y viajeros, suponiendo que los portugueses carecen casi enteramente de fábricas», y asegura que «el desarrollo que ha adquirido la industria manufacturera en Portugal merece la pena de que el gobierno mande formar la estadística, etc.» Con todo, á pesar de los datos estadísticos imperfectos que sobre este particular nos suministra el Sr. Aldama, bien se deja entrever que en punto á fabricacion están los portugueses relativamente, como en punto á comercio, más prósperos que los españoles.

No gozan ya de aquella prosperidad industrial relativa de que á principios de este siglo gozaban, y que llegó á inspirar recelos á los ingleses; pero desde 1820 volvió á reanimarse algo el espíritu industrial, dando las fábricas nacionales señas de vida, compitiendo con los géneros extranjeros en lo interior, y llegando algunos años á exportar para América y Africa, por valor de más de 700.000 duros de nuestra moneda.

No queremos fatigar por más tiempo á nuestros lectores con cifras. Al que desee enterarse mejor de lo que Portugal vale en el dia materialmente, le volverémos á recomendar la lectura del

libro del Sr. Aldama, miéntras nosotros nos congratulamos de que Portugal no esté tan abatido y postrado como le pintan algunos, y miéntras deseamos y esperamos más unirnos á él porque vale, que no tenderle una mano compasiva y amistosa, al verle desvalido y pobre. Lo primero es compatible con el carácter portugues, que tal vez consideraria la union como decorosa y conveniente; lo segundo, no lo es en manera alguna. En su noble orgullo, nuestros hermanos se resistirian siempre á que los recibiésemos como por piedad; ántes preferirian morir independientes y solos de la muerte de consuncion con que el folletista los amenaza.

## VI.

En vista de los datos del artículo anterior, no parece que los españoles tengamos derecho para decir que en Portugal hay un *abandono forzoso y constante de los grandes intereses materiales, y una escasez ya crónica de recursos, que tan poco se concibe á primera vista en aquella sexta parte de la Península, cuando las otras cinco, con igual suelo, con las mismas condiciones, despues de trastornos más prolongados y trascendentales,*

*gozan una situacion desahogada, próspera y relativamente hasta opulenta.*

Cualquiera libro, cualquiera documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa de España y de esta indigencia de Portugal, viene á demostrarnos que estamos en un error. Del *Compendio estadístico* del Sr. Aldama pasamos al *Almanaque de Gotha*, y vemos que España exportó en 1854 por valor de 950 millones de reales, y que Portugal exportó 275, esto es, mucho más de la quinta parte. Vemos asimismo que Portugal tiene en 1858 una marina de guerra que consta de 37 buques con 362 cañones, y España una marina de 82 buques y 887 cañones, y que el ejército efectivo portugues cuenta de 18 á 20.000 hombres; esto es, que si las fuerzas de tierra de Portugal no son relativamente superiores á las de España, no se puede negar que lo son las marítimas.

Dice el Sr. Gullon que el estado de la hacienda pública es en Portugal deplorable; pero no es el de España mucho más satisfactorio, y dice que allí no se ha descubierto aún el modo de igualar los gastos con los ingresos, que se hacen empréstitos, que se aumenta la deuda y que hay déficit todos los años, como si en España no hubiese nada de esto, en igual ó mayor escala.

Es cierto que las rentas del Estado no son en

Portugal proporcionalmente iguales á las de España; pero esto puede probar que la administracion es allí más económica, y que el pueblo no está tan sobrecargado de tributos. No hay, sin embargo, ni en esto mismo, una notable inferioridad proporcional. Las rentas del Estado en Portugal vendrán á ser unos 260 millones de reales, de suerte que no es proporcionalmente más rico el Tesoro español, sino en el quinto de lo que exceden nuestras rentas de la cantidad de 1.300 millones.

En lo que sí llevamos á los portugueses una inmensa ventaja es en las colonias. Sólo la renta total de la isla de Cuba es mayor que la de todo el reino vecino, y su comercio es dos veces más considerable. Esta colonia produce á España de ocho á nueve millones de duros anuales, miéntras que las portuguesas nada producen, ántes cuestan á la metrópoli, para custodiarlas, conservarlas y administrarlas pobremente, de tres á cuatro millones de reales al año.

Pero la diferencia más notable en nuestro favor está en el progreso material, rápido y visible, que hay en España desde principios de este siglo, y sobre todo desde hace veinte ó treinta años, miéntras que en Portugal apénas hay adelanto en muchas cosas, y en otras hay decadencia.

Así es que miéntras más próximos á nuestros

dias sean los datos de que nos valgamos para comparar á Portugal con España, más favorables resultarán los datos para esta última nacion. No negarémos que Portugal adelante; pero no adelanta con tanta rapidez como España. Las rentas de nuestras aduanas, por ejemplo, que en 1818 no pasaban de 90 millones, llegaron á 220 en 1858. Nuestro comercio de importacion y exportacion, del que ya hemos dado la cifra total en 1854, se elevó, en 1858, á la suma de reales 2.420.112.302. Nuestra marina mercante ha tenido tambien tan considerable aumento, que ya en dicho año de 1858 contaba con 5.175 buques; esto es, más que cualquiera otra nacion de Europa, ménos Francia ó Inglaterra.

En la historia de ambos pueblos hay una circunstancia que explica esta situacion respectiva. La guerra de la Independencia contra Napoleòn I influyó en sentido contrario en Portugal más que en España. Aquí resucitó y rejuveneció á la nacion, y le imprimió un impulso progresivo, con el que se mueve todavía. Allí la sometió á Inglaterra, agostó su prosperidad, esterilizó su comercio y su industria, y la hizo caer en un desmayo, del que vuelve ahora con trabajo y con pena.

Desde 1808 hay en España una conciencia de nuestro gran sér como nacion, que, á pesar de su noble orgullo y de su grandeza pasada, no tienen

con igual vigor los portugueses. Á sus hombres de todos los partidos los aqueja siempre un desaliento mucho más hondo que el que aqueja á veces á los españoles. Los liberales, como Garrett, dicen : *fomos, já nao somos :* los absolutistas y legitimistas, como el Sr. Palha, confiesan que la nacion duerme un sueño de muerte desde Alcazarquivir hasta el dia, sueño de que no se ha despertado sino para separarse de España :

*Desde entao até agora*
*N'esse somno que a devora*
*Tornou de novo a cahir.*

No tomamos en todo su valor estos ayes poéticos : comprendemos las exageraciones del patriotismo lastimado ; pero las exageraciones y los ayes tienen algun fundamento. El último florecimiento literario de Portugal, que empieza con Garrett y produce luégo á Mendez Leal, á Latino Coelho, á Juan de Lemus, á Rebello da Silva y á otros ingenios de primer órden, se parece sin duda á una resurreccion, á un renacimiento del espíritu público nacional ; pero no tiene, por desgracia, todos sus caractéres. El patriotismo exclusivo ahoga, no consiente el perfecto desarrollo de ese espíritu público. El pensamiento nacional, si ha de renacer en Portugal y en España, ha de renacer bajo la

forma de *iberismo;* pero del iberismo paciente, sereno y firme, que quiere ir con pausa y sosiego á la unidad, por sus pasos y grados naturales, como único medio de recobrar, en las circunstancias presentes del mundo, la fuerza y la preponderancia perdidas, como único medio de que ambos pueblos de Iberia no sean dos pueblos insignificantes, y vuelvan á tener una gran mision en la Historia.

De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la union para vivir. Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir del mismo modo sin nosotros: Portugal, sin nosotros, puede llegar á ser una nacion más industrial, más rica, más comerciante, más abastada que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nacion, y Portugal aspira á serlo. Portugal no puede renegar de su pasado. Nosotros hacemos precisamente un argumento contrario al del Sr. Gullon. Éste es *ibérico*, porque no estima tanto como nosotros lo extraordinario y sublime de las historias portuguesas: nosotros lo somos, aunque relegando para el porvenir la realizacion de nuestras esperanzas, porque nos admiramos de esas historias. Si Portugal no las tuviera, sus poetas, sus políticos, sus escritores y pensadores tendrian otro ideal

más *bourgeois*, más humilde, ménos heroico: se limitarian á ser codiciosos y no tendrian ambicion. Esas quejas de *fomos, já nao somos*, no saldrian de labios portugueses; ni mereceria tanto dolor el que hubiera unas cuantas fábricas ménos ó el que el comercio portugues de 1861 no respondiera al de 1807. Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condicion, la índole, el instinto, las tradiciones de todo portugues le mueven y arrastran á propósitos y fines más levantados. Ningun portugues negará esto, puesta la mano sobre el corazon. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para lo cual no nos necesitan, es lo que más tarde ó más temprano los traerá á todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postracion y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las *saudades* del pasado poderío lo que ha de impulsarlos á hacerse ibéricos, no resignándose á ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica ó Suiza.

En el siglo XVIII, casi desde el momento de la separacion de España, han estado los portugueses ricos y prósperos, relativamente á su pequeñez de poblacion y de territorio, y comparándolos con las demas naciones de Europa. Sin embargo, ni

Portugal ni los portugueses están satisfechos de aquella época, como no lo estaria un gran príncipe que perdida su corona adquiriese dinero y bienestar, consagrándose sólo á las prosaicas ocupaciones del labrador, del mercader ó del fabricante. El trono, el cetro, la dominacion pasada le atormentarian de contínuo con su recuerdo, y hasta le embargarian el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nacion. Desde este punto de vista, en esta situacion de ánimo es como ellos mismos reprueban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobacion merece. Como el ilustrado escritor Lopez de Mendoça, llaman á su historia, desde 1640 hasta hace poco, un *longo pesadello de dusentos annos;* condenan á D. Juan IV porque vendió á Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tánger; declaran á D. Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen á D. Juan V, á pesar de fundar el patriarcado, pagando *á peso d'ouro a insaciavel cubiça do Papa*, y á pesar de haber edificado *á Mafra*, *grande monumento material sin pensamento*, Escorial sin San Quintin; y apénas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa, en tiempo del despó-

tico, aunque admirable é inteligente Marqués de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones que no dirémos que se logren con la futura union; pero sí dirémos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contrario, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del amor de la patria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugues no puede sernos adverso. El verdadero espíritu nacional portugues tiene que ser español. Despues de la fatal revolucion de 1640 no renació ese espíritu; ahora es cuando de cierto renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al Conde de Ericeira con Herculano, á cualquier poeta gongorino de entónces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? Sólo Vieira, dice el Sr. Lopes de Mendoça, era entónces un escritor inspirado; pero no recibia aliento inspirador de la patria, sino del jesuitismo, de aquella poderosa asociacion á que pertenecia.

En el sétimo artículo, que será el último de esta serie, dirémos cuáles son los medios que, á nuestro ver, se han de ir empleando para aproxi-

marse lenta y seguramente á esta unidad, á esta confederacion, ó por lo ménos, á esta estrecha alianza á que el destino y la condicion natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial é inevitable, el cual crece, no en razon inversa de la vida propia de Portugal, sino en razon directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

## VII.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí se ve con claridad que la union de ambos reinos peninsulares no puede ni debe hacerse por medios violentos y rápidos, y que por los lentos y pacíficos es harto difícil. La union, sin embargo, conviene é importa mucho al bien y á la futura grandeza de portugueses y españoles. El movimiento que á ella nos trae no nace de postracion ni de decadencia, sino, muy al contrario, de la energía que despliega y del vuelo que levanta, con la prosperidad creciente, el espíritu nacional, ántes apocado y abatido. Léjos, pues, de marchitarse en flor la idea del iberismo, vendrá con el trascurso del tiempo y con el asiduo cultivo á dar el fruto de-

seado, yendo entre tanto arraigándose y tomando vigor en el aumento de poblacion, comercio é industria de uno y otro pueblo de Iberia.

Mas, aunque esto se nos niegue, siempre será innegable y evidentísimo, que ni Portugal debe recelar de la union, ni España codiciarla, hasta que llegue el dia dichoso en que Portugal mismo, unánimemente persuadido de su conveniença, la desee y la pida. Y áun así, será menester mirarse en ello. Las naciones suelen ser ligeras y veleidosas, y suelen apetecer hoy lo que detestan mañana. No todas tienen la firmeza que tuvo Aragon en sus propósitos; muchas se parecen á los inquietos napolitanos, que ayer se mostraban ansiosos y enamorados de la union, entregándose sin la menor resistencia á un puñado de aventureros, y hoy se levantan contra ella, como si fuese el yugo más insufrible.

Ejemplo es éste de grandisima enseñanza, y que nos debe hacer muy cautos. No hay, pues, que codiciar la union, ni que recelar de ella por ahora. Lo que nos incumbe, lo que nos interesa es prepararla, ó al ménos propender á una alianza estrechísima, valiéndonos para este fin de cuantos medios estén al alcance de la civilizacion y de la política.

Las vías férreas deben unirnos cuanto ántes, y acortadas así ó casi borradas las distancias, los es-

pañoles visitarán á Lisboa, y hasta en la misma decadencia de esta ciudad, tendrán que maravillarse de su magnífica posicion, de su esplendor pasado, y de la majestad régia que conserva todavía, reconociendo que está llamada á ser de nuevo la capital de un imperio vasto y poderoso. El trato entre uno y otro pueblo acabará por disipar las preocupaciones poco amistosas que nos separan, y por estrechar los lazos que nos unen. El vulgo de los portugueses conocerá que no todos los españoles son los humildes gallegos, que acuden á ganar la vida en aquella tierra, donde son tan injustamente menospreciados que una de las palabras más duras de que se puede valer un portugues para injuriar á otro es llamarle *gallego*. Los portugueses ilustrados acabarán por convencerse de que no son los españoles ni más crueles ni más sanguinarios que otro cualquiera pueblo del mundo, en épocas de revolucion y de trastornos, y de que aquí ni se fusila ni se da garrote con más profusion y con ménos motivo que se mata en Francia, en Alemania ó en Italia, en idénticas ocasiones. Y tanto los portugueses cuanto los españoles, nos persuadirémos de que, si bien en punto á vanidad nacional y á cierta jactancia nada tenemos que echarnos en cara, porque unos y otros pecamos en esto, y no poco, todavía no llegan ni aquí ni allí estos innegables

defectos hasta el extremo ridículo que cierta malevolencia algo grosera, aunque chistosa, nos induce á creer y nos finge con todos los caractéres de la certidumbre. Por último, las personas acomodadas de ambos reinos, que van ahora con tanta frecuencia á París, tal vez vayan y vengan pronto alternativamente á Madrid y á Lisboa; tal vez logremos ver en nuestros salones, en nuestros teatros, y en nuestros ateneos y *círculos*, á la aristocracia del nacimiento, de la inteligencia y de la riqueza de Portugal, y tal vez muchos de nuestros elegantes y de nuestras damas acudan en verano á las amenas y fértilles orillas de la boca del Tajo, ó á los sombríos y deleitosos bosques y jardines de Cintra y de Colares, en vez de ir á las Provincias Vascongadas, á Biarritz ó á San Ildefonso.

Á fin de que el comercio entre España y Portugal sea más activo y provechoso, conviene formar una liga aduanera, para lo cual ha de empezar nuestro gobierno por hacer una reforma de aranceles en el sentido más liberal posible. De este modo, el contrabando de algodones que hace Portugal con España, y que ha sido y es bastante poderoso para crear y sostener casas tan ricas como las de los Sres. Orta, Blanco, Roldan y otros, recibirá un golpe de muerte, perdiendo por lo pronto aquel país cuantiosos recursos y ganan-

cias considerables, y aquel Estado mucha parte de sus rentas de aduanas; pero muy luégo se recobrará de esta pérdida, y en un comercio lícito la compensará y resarcirá con usura. Celebrada la liga aduanera será más fácil la navegacion de los rios, hoy paralizada, como la del Duero, á pesar del tratado y merced á un reglamento ridículo, por la desconfianza fiscal, que no consiente la introduccion por Oporto de nuestros frutos coloniales. Las fábricas de tejidos y de estampados de algodon que hay en Lisboa, no teniendo ya que pagar la prima del contrabandista, podrán abastecer los mercados del Occidente de España y surtir á precio módico provincias enteras, compitiendo, mejor que ahora compiten por medio del contrabando, con las fábricas de Málaga y Cataluña. El comercio por mar entre ambas naciones se podrá activar y fomentar por medio de convenios para el cabotaje y con la supresion del, no dirémos inútil, sino nocivo derecho diferencial de banderas, que excluye á la nuestra de tantos puertos y mares en lugar de favorecer la marina. El comercio de importacion de España en Portugal irá tambien en auge, dando pábulo al de Portugal con Holanda é Inglaterra, para donde exporta las lanas de nuestros ganados. Y por último, Oporto y Lisboa serán el emporio de toda España por el Atlántico, ó al ménos compartirán con Santan-

der, con Vigo y con Cádiz este beneficio, llevándose nuestros cereales y nuestros vinos, las sedas, las resinas, el azafran y la sosa, y trayéndonos el azúcar, el té y el café de América y de China, y los objetos de arte y de moda, y otros artículos de lujo de Bélgica, de Francia y de la Gran Bretaña.

La semejanza y estrecho parentesco entre los idiomas portugues y español, y la idea comun en que se fundan ambas civilizaciones, hacen conveniente el que se declare al cabo que los grados académicos y los títulos de la universidad de Coimbra sean en España valederos, así como en Portugal los de las Universidades de España. La historia, las leyes, la literatura, las instituciones de uno y otro país, deben ser en lo futuro mutuamente mejor conocidas, y los clásicos portugueses tan leidos y admirados en España como en Portugal. El editor Rivadeneyra debiera incluirlos en su coleccion al lado de los españoles. De otra suerte, no la tendrémos por completa. Barboza debiera ser tan consultado como Nicolás Antonio por los eruditos españoles. En vez de cometer *galicismos* debiéramos incurrir en *portuguesismos*, lo cual, más que dar á nuestros escritos un colorido extranjero, les prestaria cierto perfume de castiza sencillez, y de aquella gracia primitiva y de aquel candor que ya tuvo y va perdiendo nues-

tro idioma. La Real Academia de Ciencias y la de la Historia de Lisboa, que, en poco más de un siglo que llevan de vida, han realizado tan grandes cosas, se han honrado con sabios tan eminentes y han acometido empresas tan colosales, debieran entrar en íntima comunicacion con nuestras Academias. Algunas de estas empresas debieran proseguirse y terminarse de mancomun, como, por ejemplo, la curiosa coleccion de documentos y memorias sobre la historia, religion, usos y costumbres de las naciones bárbaras que ambos pueblos sujetaron, en otras edades, así en el nuevo como en el antiguo Continente. Ya en 1795 estaba próximo á darse á la imprenta en Lisboa el primer tomo de esta importante coleccion, que contenia una Memoria sobre la religion de los pueblos de la India, escrita por los jesuitas de Goa, una Historia de Cochinchina, de otro jesuita, y un largo Discurso sobre la nacion de los guaranís, que puebla el Paraguay. Nuestros misioneros, nuestros naturalistas, nuestros viajeros, se completan unos á otros, y todos juntos se puede asegurar que han estudiado los primeros las lenguas, la historia, los usos y las costumbres de los pueblos más apartados, y la flora y la fauna de las más remotas regiones, ántes inexploradas y ocultas.

Asimismo los libros que ahora se escriben en

Portugal, y los que en España se escriben, debieran ser recíprocamente más leidos y estimados, con lo cual nos apreciariamos mejor y habria cierta provechosa emulacion literaria, y un mercado más grande para esta clase de productos, los cuales en ambas naciones y en ambas lenguas tienen desgraciadamente poquísima salida.

En suma, nosotros no pedimos la fusion, ni la union política de ambas naciones, pero anhelamos su amistad, y no queremos ir hácia Portugal para unir con violencia su destino á nuestro destino, sino que deseamos ir como los novios que van *á vistas*, á fin de conocerse y tratarse y á fin de considerar si les tiene cuenta ó no un enlace medio proyectado. Bien puede ser que les tenga cuenta, bien puede ser que se enamoren y se casen; mas, aunque así no suceda, si ellos son buenos y están dotados de estimables prendas, no podrán ménos, con el trato, de llegar á ser, cuando no esposos, íntimos y leales amigos. Esto, y nada más, es lo que nosotros deseamos por ahora, y nada nos lisonjeará tanto cuanto saber que los portugueses sienten y piensan de nosotros lo que nosotros de ellos, en cuya alabanza repetimos con toda sinceridad aquellas palabras de Plinio el jóven á Cornelio Tácito, que el Sr. Freire de Carvalho con razon y sin jactancia alguna aplica á sus compatriotas. «En verdad que reputo afor-

tunados á aquellos hombres á quienes los dioses por su alta munificencia concedieron, ó practicar acciones dignas de ser escritas, ó escribir obras dignas de ser leidas, y á los que reunen en sí ambas excelencias los reputo afortunadísimos.»

---

# QUÉ HA SIDO, QUÉ ES,

Y

# QUÉ DEBE SER EL ARTE EN EL SIGLO XIX.

---

Muchos años há que existe en esta córte el Ateneo, sin que haya decaido aún de la importancia y brillantez que supieron darle sus fundadores y sus más antiguos socios. Si en otra época adoctrinaron á la juventud desde sus cátedras hombres como Donoso Cortés, Pacheco, Pastor Diaz y Gonzalo Moron, hoy siguen hablando en ellas oradores como Alcalá Galiano, y aparecen otros nuevos, que prueban que no decaen en España el estro y la inspiracion elocuentes, y que los estudios científicos y literarios, léjos de desmerecer, comparados con los de aquel período de renacimiento que tanto se ensalza, han adelantado muchísimo. Ni tampoco por el ingenio, ni por la espontaneidad, ni por la imaginacion, es inferior, á

nuestro modo de ver, la nueva generacion de hombres doctos que dan lustre á España á la que le precedió, y cuyos individuos han alcanzado alta nombradía.

Ademas de las cátedras públicas que abre todos los años el Ateneo, el Ateneo abre asimismo otro palenque, donde compiten muchos de sus entendidos socios por la palma del saber, de la erudicion y del juicio y discernimiento en cuestiones, ora de moral y política, ora de literatura, ora de ciencias naturales.

El Ateneo se divide en tres secciones, y cada una de ellas se reune un dia en la semana á discurrir sobre un tema dado, que más tiene de dubitativo ó disyuntivo que de afirmativo, puesto que la afirmacion ha de nacer de la discusion misma, para la cual ofrece el tema ancho campo. Á veces esta gran latitud del tema es una falta, pero falta difícil de evitar, donde los oradores se muestran por lo comun más deseosos de dilatarse y explayarse por todas las regiones de la historia, de la política y de la filosofía, que de circunscribirse á un punto singular y preciso para dilucidarle convenientemente.

En la seccion de literatura, de cuyas conferencias más recientes vamos á dar aquí una somera é incompleta noticia, se incurre á menudo en la falta que hemos dicho. El último tema que allí

se ha discutido, y que sirve de epígrafe á este escrito, es una prueba evidente de aquella verdad.

Para dilucidarle bien y para abarcarle por todos sus lados se necesita desenvolver una teoría completísima de la filosofía del arte ó de la estética, lo cual implica y trae consigo, si no la exposicion, la indicacion de una filosofía primera, y exige ademas muchos conocimientos especiales en poética, música, arquitectura, pintura y escultura, y en la historia de estas artes, con no pocas nociones sobre las vicisitudes políticas y sociales de los pueblos todos: porque estas vicisitudes influyen en el modo de ser y en las condiciones de las bellas artes, las cuales son la manifestacion de las costumbres y creencias de cada momento de la vida de la humanidad, hermoseada é iluminada por la idea que, vaga y confusa aún en la mente humana ántes de realizarse en la ciencia y en las instituciones, asoma y despunta en el arte de un modo profético é instintivo.

Inmenso cúmulo de doctrina, gran fuerza comprensiva y generalizadora en el entendimiento, portentosa lozanía de imaginacion y no menor facundia se han menester para tratar en un discurso el tema propuesto, sin faltar á la claridad, y comprendiéndole todo y no perdiéndose en vagas generalidades, ni humillándose y humillando el asunto con pormenores mezquinos. Mas á pesar

de tan notables dificultades, el tema ha sido tratado por algunos oradores, ya que no por completo, con habilidad suma y con bastante elevacion.

Las diferentes escuelas crítico-literarias, por medio de muy dignos representantes, se han combatido con todo género de argumentos y de razones, y se han mostrado asimismo las diversas filosofías del arte que contienden hoy por ganar el dominio de la opinion, desde Hegel hasta Gioberti, y desde los que creen aún con Aristóteles en que el arte es una imitacion de la bella naturaleza, hasta los más idealistas y espiritualistas despreciadores de los preceptos antiguos y del culto de la forma.

Imposible sería condensar en un artículo de periódico todas las opiniones y todas las teorías que expusieron y sostuvieron los muchos oradores que en la discusion tomaron parte, y entre los cuales recordamos á los Sres. Canalejas, Fabié, Marichalar, Fernandez Jimenez, Mata, Rayon, Vergara, Dacarrete y Valera. El mismo Sr. Alcalá Galiano, á pesar de su prodigiosa memoria, de su claro entendimiento y de su envidiable facilidad y maestría de palabra, no pudo resumir el debate, haciéndose cargo de cada uno de los discursos, sino limitándose á tomar de ellos las sentencias que le parecieron más acertadas, tratando

de conciliarlas y armonizarlas, y formando de todas, no un cuerpo de doctrina, que no cabe en un discurso improvisado, pero sí el conjunto metódico de lo más discreto que se puede decir en contestacion al tema ó pregunta de *¿qué es el arte, qué ha sido, y qué debe ser en nuestro siglo?*

Siguiendo nosotros rápidamente al Sr. Galiano, tratarémos de resumir aquí sus ideas capitales sobre este punto.

El arte no es meramente la imitacion de la bella naturaleza. Para imitar la bella naturaleza es menester saber distinguirla de la fea. Hay, pues, en nosotros un criterio artístico que precede á la imitacion y áun á la observacion; hay en nosotros un ideal de hermosura que nos sirve de norma y de guía para conocer la hermosura real y reproducirla en nuestras obras, purificándola y limpiándola de sus imperfecciones y lunares. El arte no es, por lo tanto, la imitacion de la naturaleza, sino la creacion de la hermosura y la manifestacion de la idea que tenemos de ella en el alma, revistiendo esta idea de forma sensible. Al revestir la idea de esta forma es indispensable muy á menudo la imitacion, y esta necesidad engañó sin duda á Aristóteles. La poesía, la escultura y la pintura imitan siempre algo. La hermosura que estas artes crean se determina é individualiza, de suerte que tiene que imitar para ello

un tipo natural conocido. Pero la música y la arquitectura, que expresan la beldad de un modo más vago, pueden crearla, en el espacio la una por medio de líneas, y en el tiempo la otra por medio de sonidos, sin tener precisamente que imitar ó copiar cosa alguna existente en el mundo, y cuya idea haya nacido en nosotros por medio de las sensaciones. Este privilegio tienen la música y la arquitectura sobre las demas artes, y por este privilegio pueden ser calificadas y llamadas artes primogenias en el órden dialéctico, cuando no en el órden cronológico.

Definido el arte de esta manera, se sigue que tiene en sí mismo un fin elevado, que es la creacion y manifestacion de la hermosura. El fin moral, el propósito científico ó filosófico que el artista se propone á veces al realizar una obra, debe ser considerado como cosa secundaria. De otra suerte el artista se expone mucho á dejar de serlo y á convertirse en un mal filósofo. La facultad de que se vale el hombre para enseñar es el entendimiento. La facultad principal del artista es la imaginacion, la cual pudo ser maestra y señora entre los pueblos infantes y primitivos, pero cedió ya el imperio á la razon y al recto juicio, que, sometiendo á método rigoroso las ciencias, las excluyen y apartan del poder de la poesía. Todo lo que se sabe ya científicamente es prosaico. La

poesía didáctica es absurda en nuestra edad. El *Manual de Agricultura* de Roret enseña más que las *Geórgicas;* las sencillas *Cartas* del napolitano Galuppi dan más conocimientos filosóficos á quien las lee, que todos los nebulosos y filosóficos poemas que se han escrito y que pueden escribirse.

Esto no obsta para que áun se pueda decir en ocasiones: *Dictæ per carmina sortes et vitæ mostrata via est.* Lo que se ignora es más de lo que se sabe, y es seguro que siempre lo seguirá siendo. Queda, pues, un infinito espacio abierto á la imaginacion del poeta, por donde ésta puede volar y donde puede soñar, no sólo bellas mentiras, sino profundas verdades, adivinadas con instinto milagroso y no con crítica, ni con discurso, ni con meditaciones.

El arte, pues, tiene un porvenir inmortal, y ni siquiera puede recelarse que le dé muerte la ciencia. La Teología ha definido todos los dogmas, las demas ciencias han metodizado y reducido á sistema los otros conocimientos humanos; pero más allá de estos conocimientos está lo ignorado y lo inexplorado, donde campea la imaginacion libre y exenta de todo yugo.

Tiene ademas el arte otro terreno no ménos feraz, otro terreno que no se agostará nunca, y en el cual la ciencia misma se somete á la poesía y es su asunto adecuado. Hablamos del sentimiento.

Así como un poeta siente y habla de las flores sin ser botánico, y de las estrellas sin ser astrónomo, y de la razon humana sin ser metafísico, y de Dios sin ser teólogo, así puede sentir y hablar de filosofía sin filosofar en verso, sino con el sentimiento y con la imaginacion puramente.

Pero el sentimiento y los fantasmas que la imaginacion crea, han menester para manifestarse y vivir con vida propia, inmortal é independiente del alma y de la vida del poeta, que se expresen y encarnen en una forma. La forma, ó dígase la expresion es, por lo tanto, el requisito esencial del arte. Puede bien concebirse un hombre incapaz de pintar un cuadro, de hacer un verso y de esculpir un busto, y capaz, sin embargo, de sentir en su corazon las más nobles y hondas pasiones, y de amar la belleza, y áun de crearla místicamente, y de unirse á ella, y de percibirla con percepcion íntima y espiritual allá en el fondo de su sér: mas si este hombre no acierta á expresar sus sentimientos ni á revestir de una forma adecuada las creaciones de su fantasía, este hombre no podrá llamarse artista. La calidad esencial del arte reside, por consiguiente, en la forma.

Esta fué una de las verdades de la teoría del arte, que el Sr. Galiano defendió con más ingenio y con más fuerza persuasiva, por lo mismo que en el dia hay una escuela pseudo-espiritualista que

presume de despreciar la forma, y de poner todo el mérito y valor de las artes, y singularmente del de la poesía, en lo que llama el pensamiento y el sentimiento, como si ambos no estuvieran unidos estrechamente á la forma, ó como si pudieran desprenderse de ella y concebirse y trasmitirse de un modo espiritual y meramente intelectivo.

Sobre la duracion y perpetuidad del arte dió tambien el Sr. Galiano cuantas seguridades pudo y supo contra aquellos que imaginan que la ciencia ha de acabar al fin con él; porque el Sr. Galiano demostró que no sólo existirá siempre ese infinito inexplorado, donde la imaginacion vive y se encumbra, y pasiones, y ensueños, y sentimientos que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar, sino que demostró asimismo que, siendo las facultades humanas que sirven para el arte muy otras de las que sirven para la ciencia, y siendo todas ellas esencialísimas de nuestro sér, no ha de recelarse que se amengüen las unas al compas que crezcan las otras, sino que, sin detrimento de ninguna de ellas, han de crecer todas y han de desenvolverse y medrar con el progreso, aumento y desarrollo de toda virtud y de toda energía del humano linaje.

Verdad es que la escultura del porvenir no creará un tipo más perfecto de hermosura varonil que el Apolo de Belvedere, ni una mujer más her-

mosa que la Vénus de Milo; ni tal vez la arquitectura imaginará nada más bello que el Partenon, ni nada más sublime que una catedral gótica; ni tal vez invente la pintura un rostro más divino que el de las vírgenes de Rafael: pero en la música y en la poesía lírica, donde se cifran y compendian todas las celestes aspiraciones de la humanidad, caben sin duda progreso y mejora, conforme nuestras almas se vayan levantando á superiores esferas, y descubriendo más vastos y dilatados horizontes por donde tender la mirada y por donde enderezar la voluntad, sedientas ambas de lo infinito.

La poesía lírica y la música, son las artes predilectas de la edad presente. Nunca hubo músicos ni poetas líricos tan grandes como los de ahora. En cuanto á los músicos, es tan evidente esta verdad, que es inútil demostrarla. En cuanto á los poetas, den de ella testimonio Byron, Moore, Shelley, Tenison, Wordsworth y tantos otros, en Inglaterra; Lamartine, Víctor-Hugo, Musset y Béranger en Francia; en España, Espronceda, Quintana y Zorrilla; Schiller, Gœthe, Platen, Geibel y Heine en Alemania; y en Italia, Manzoni, Parini, Monti, Leopardi y Foscolo, los cuales se adelantan en la forma y en la idea á la mayor parte de los poetas líricos que hubo en los siglos pasados en sus respectivos países.

Es indudable que si la humanidad llegase á un estado de espiritualismo ó misticismo tan puro y etéreo que comprendiese sin forma los pensamientos y sentimientos, ó bien á un estado científico tan perfecto, que los tuviese ordenados y clasificados lógicamente, deduciendo con método rigoroso todas las consecuencias de sus ideas, encadenándolas todas y encerrándolas luégo en una altamente comprensiva y sintética, aplicando y ajustando sus pasiones á la vida práctica, con tan sábia moral y con tan utilitario tino que todas ellas concurriesen al bien general y al individual juntamente, el arte acabaria; el arte no tendria razon de ser; pero como tal extremo de perfeccion es imposible, tambien lo es el aniquilamiento del arte. Éste cambiará de formas y de manera pero no acabará nunca, miéntras que la humanidad no acabe.

El poeta de lo presente y de lo venidero no enseñará las ciencias y la moral, como los *gnómicos* de Grecia; ni, como Hesiodo, la religion; ni la física, como Arato, Empédocles y Lucrecio; ni, como Virgilio, la agricultura; pero con natural é instintivo vaticinio marcará la senda de las futuras generaciones, y hará lucir el ideal del género humano, presentándole en sus cánticos á los pueblos. El poeta y el músico, y en general, el artista de ahora y de los tiempos venideros, sa-

tisfarán asimismo ó procurarán satisfacer otras necesidades inherentes á todo sér humano, y que no podrán jamas ser satisfechas ni por el bienestar material más cumplido, ni por la ciencia más inconcusa, comprensiva y maravillosa, las necesidades del corazon y de la fantasía, que serian más exigentes y poderosas si las del entendimiento y las de los sentidos llegasen á lograr toda satisfaccion y hartura, ó pudiesen aquietarse, merced á una educacion más eficaz que la de ahora.

La crítica, precediendo en todo artista á la inspiracion, es tal vez el único obstáculo serio que puede ofrecerse á la perpetuidad del arte en épocas de una civilizacion muy adelantada. La crítica, precediendo á la inspiracion, parece harto natural en la edad reflexiva de los pueblos, y la crítica entónces parece asimismo que ha de ser un estorbo insuperable para que logre el ingenio dar á sus obras la espontaneidad y la frescura que les dió cuando instintivamente y con inspiracion ciega y divina las creaba. Pero esta inspiracion inconsciente es de esperar que siempre exista y viva en la idea germinal del poeta ó del artista, la cuál ha de venir de lo infinito inexplorado; en la forma, en la manera de la expresion, precederá á la inspiracion la crítica; más esto, léjos de ser un mal, será un bien. Todos los

grandes poetas, todos los grandes artistas han sido siempre grandes críticos de lo exterior, de la forma: sólo en el fondo misterioso, que en la forma se oculta, se han dejado arrebatar del estro y de una iluminacion súbita y de una revelacion misteriosa, cuyo significado no entendian, y que los críticos de edades posteriores han desentrañado y explicado.

Cervántes no sabía que D. Quijote era lo ideal y que Sancho era lo real, y si lo hubiera sabido, no hubiera compuesto el más admirable de todos los libros de entretenimiento; hubiera compuesto una alegoría pálida y pedantesca; pero Cervántes sabía y trabajaba con pleno discernimiento crítico de la forma y los pormenores todos de su obra. Virgilio pesó y analizó y criticó, sin duda, cada uno de los exámetros de sus églogas y de sus poemas, y comprendió con el entendimiento los caractéres de sus personajes y los sentimientos que expresan; sólo la parte divina, la inspiracion profética, fué superior á su juicio. Lo propio puede decirse de Dante, Shakespeare, de Calderon, y áun de los poetas de nuestros dias, en cuyas obras, cuando duren y pasen á la posteridad con el sello evidente de su mérito, hallarán los críticos claras verdades, hoy tan desconocidas para nosotros, como el nacimiento del Redentor y el novísimo movimiento civilizador de Europa, avasallando y

domando la tierra para los coetáneos de Virgilio, y como las constelaciones del hemisferio austral para los de Dante, y como el descubrimiento del Nuevo Mundo para los de Séneca el Trágico.

El arte, por lo tanto, tendrá siempre una mision elevadísima, y vivirá sin confundirse ni perderse en la ciencia: vivirá creando la hermosura y soñando y adivinando en el no explorado infinito las futuras verdades, ó las hermosas ilusiones que han de servir á los hombres de guía ó de consuelo.

La música y la poesía lírica son, por cierto, las dos formas artísticas más propias de nuestra edad; pero esto no excluye que sigan tambien manifestándose las otras formas. Hasta la misma poesía épica, si bien considerada de cierto modo es imposible en el dia, á no ser como trabajo de taracea, de erudicion y de puro remedo, todavía es posible y puede ser grande, comprendida del modo conveniente á nuestra civilizacion. Otro tanto debe afirmarse, áun con más fundamento, del arte dramático.

Las demas artes distan mucho de morir, ántes renacen en nuestro siglo y vuelven á ser lo que en el pasado no fueron. La pintura en Bélgica y en Francia vale hoy tanto como en los mejores tiempos; en Alemania vale más; en España despierta de un largo sueño, y promete acercarse un

poco á su glorioso antiguo estado; sólo en Italia se halla en decadencia. La escultura no ha florecido nunca como en nuestro siglo desde los buenos tiempos de Grecia y de Roma; díganlo Canova, Thorwalsen, Teneranni y Pradier; y si la arquitectura ha perdido toda originalidad y se limita á reproducir lo pasado, la música, en cambio, crea un universo de armonías, y con el número y los sonidos se diria que encierra lo infinito dentro del tiempo.

Estas y otras razones se alegaron durante la larga discusion que hubo en el Ateneo sobre los destinos del arte, prometiéndoselos felices é inmortales algunos oradores, y singularmente el señor Galiano, que hizo el resúmen.

El extracto informe y ligero que damos de él nosotros es sólo un pálido y desordenado trasunto de la discusion de la seccion de literatura, de la cual, con otro vagar y reposo, acaso hubiéramos acertado á dar una noticia ménos confusa y más satisfactoria.

(*El Contemporáneo.*)

# RECEPCION

# DEL Sr. D. PEDRO DE MADRAZO

## EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

---

El domingo 13 se verificó este acto solemne con gran concurso de personas distinguidas por su saber, y de aficionados á las ciencias y á la literatura. Nosotros, que nos contamos entre estos últimos, asistimos tambien á la recepcion y á la lectura que hizo el Sr. Madrazo de su elocuente discurso. Conociamos y estimábamos al Sr. Madrazo como poeta; de su grande erudicion habiamos oido hacer mil encomios, y de la novedad de sus ideas y de la originalidad de su estilo como prosista, habia llegado á nosotros, si no las muestras, la fama.

Así es que esperábamos mucho del discurso de recepcion, en el cual se esmeran todos, y en el cual suponiamos que el Sr. Madrazo habia tam-

bien de esmerarse. Nuestras esperanzas, en efecto, no salieron vanas. El discurso, que pronto se divulgará publicado en la *Gaceta*, es excelente, así por la elegancia y brillantez de la palabra, como por la vigorosa energía del entendimiento, que en tan breve espacio ha sabido resumir y compendiar tantos hechos y tantas ideas, y ordenarlos de suerte que formen un todo armónico, que concurran á un solo fin, y que sean como trono sobre el cual se levante y descuelle la idea capital y más trascendente del autor.

El discurso parece una historia de nuestra civilizacion, trazada á grandes rasgos; una filosofía de nuestra historia expuesta de un modo poético, con más galas de estilo y pompa de lenguaje que método dialéctico. El órden del discurso, por lo mismo que el discurso abraza tanto, no puede ser precisamente el órden de la prosa didáctica; pero el autor, aunque se desbordan sus ideas con exuberancia, acierta á coordinarlas, más que como académico, como un egregio poeta que da claridad y tersura á los cantares, áun en medio de sus más líricos arrebatos. Fué parte tambien en que nos pareciese tan pronunciado el lirismo del Sr. Madrazo, su entusiasta manera de leer el discurso, casi con ritmo y entonacion de poesía, y con voz sonora y simpática, que le prestaban singularísimo encanto.

De todos modos, el discurso del Sr. Madrazo es obra notable, y no se ha de extrañar que, siendo tan pocas las que por desgracia se publican en el dia, nosotros nos ocupemos y demos de ésta una breve noticia, exponiendo nuestro juicio y diverso parecer sobre un punto muy importante, en que sentimos no estar de acuerdo con el nuevo académico.

Éste se propone investigar *el norte señalado por la Providencia á la sociedad española y las leyes peculiares de su desarrollo*, y cuenta como los más esenciales y distintivos elementos de nuestro carácter, el *celo religioso*, *la fe monárquica y un profundo sentimiento de independencia y libertad*. Unidos estos tres elementos en concertada proporcion, han engendrado toda la grandeza de nuestra historia patria; pero cuando uno de ellos prevalece y se magnifica á expensas de los otros, es causa de decadencia y áun de ruina: el celo religioso se convierte en supersticion y fanatismo; en servilismo la fe monárquica; en espíritu de rebelion y de anarquía, en ódio infundado á los extraños, y en rudo afan de aislamiento, el noble sentimiento de libertad y de independencia.

Es imposible seguir al Sr. Madrazo en la rápida, nutrida y concisa enumeracion de los grandes hechos de nuestros mayores, donde descubre la inspiracion y el impulso poderoso de los tres sen-

timientos enunciados. El amor á la libertad y á la independencia resplandece en nuestra lucha secular con los romanos, y cartagineses, y con los moros, y queda escrito con fuego y sangre en los *épicos suicidios* de Numancia, Astapa y Sagunto, en la lucha de siete siglos contra el islamismo, en la gloriosa y tenaz peregrinacion de Covadonga á Granada, y, áun recientemente, en la heroica resistencia que España opuso al coloso del siglo. El celo religioso brilla tambien en todos los actos de esta ilustre nacion, desde sus primeros cristianos, que deseosos del martirio y despreciadores de la muerte, jamas se ocultaron en criptas ni catacumbas, hasta los valientes soldados y sufridos misioneros, que con la persuacion y la espada difundieron por toda la redondez de la tierra la luz del Evangelio y la civilizacion de Europa, iluminando con ellas, no sólo las más apartadas y bárbaras regiones del remoto Oriente, sino un inmenso y nuevo mundo, ántes desconocido. De la fe monárquica de los españoles dan por último testimonio toda su historia, su literatura y su poesía, en la cual llega ya la lealtad y la devocion á los reyes, hasta el extremo censurable de no retroceder ante el crímen. El rey manda matar, y el perfecto caballero mata, como si fuera un *bravo*, ó como si el rey pudiera trocar lo malo en bueno, y borrar del decálogo alguno de los mandamientos divinos.

Es menester convenir en que están admirablemente demostradas y descritas, en el discurso del Sr. Madrazo, todas estas calidades de nuestro gran sér como pueblo. En lo que no convenimos con el Sr. Madrazo, en lo que somos mucho ménos severos moralistas, en lo que no podemos hacer coro á sus patrióticas alabanzas, es en la *evidente ineptitud* que tiene el pueblo español, en sentir del Sr. Madrazo, para lo que él llama *las artes del deleite.* Para nosotros, prescindiendo ahora de si realmente hay esa ineptitud en el pueblo español, ó no la hay, es la ineptitud misma una falta lastimosa que debiera remediarse, y no una excelencia en la que tengamos que cifrar nuestro orgullo. No creemos, con el nuevo académico, que *en todas las naciones, así en el mundo antiguo como en el moderno, la excesiva perfeccion de la forma consagrada al deleite coincide siempre con la depresion del sentido moral.* No creemos que la bondad esté reñida con la hermosura, ni el valor con la cortesanía, ni la elegancia con la virtud, ni los más delicados refinamientos artísticos con el santo amor de la patria. No creemos que la aparicion de elegantes poetas, de diestros escultores, de pintores, arquitectos y músicos hábiles, sea signo ominoso de la corrupcion y caida de los imperios. No somos tan misántropos como el señor Madrazo. No vemos, como él, ese antagonismo

entre la civilizacion y la cultura. No queremos persuadirnos de que convenga ser zafios para ser honrados. Parece imposible que el Sr. Madrazo, que es tan culto, tan atildado, tan correcto, en cuanto hace, en cuanto escribe y hasta en su misma persona, sea quien sostiene tan singular opinion.

«Despréndese del estudio de la clásica antigüedad, dice el Sr. Madrazo, un hecho altamente significativo y que debe servirnos de *escarmiento* siempre que una alucinacion peligrosa nos haga deplorar que no hayan producido las dinastías españolas Augustos y Médicis, ni el arte español Praxitéles y Parrasios, Poggios y Aretinos. En los tiempos en que más levantada aparece la humana dignidad, revisten las creaciones de la inteligencia, si es lícito expresarlo así, una especie de sequedad sobrenatural y sublime, y no se muestra émula risueña y seductora de la naturaleza hasta que los corazones y los entendimientos se prostituyen.»

Hay en el párrafo que acabamos de trascribir una serie de herejías artísticas, á las cuales, por lo mismo que las predica con toda la mágia de la elocuencia un hombre de talento, aunque inclinado á la paradoja, es muy del caso poner algun correctivo.

En primer lugar, es justo que consideremos que aunque el florecer de las artes haya alguna vez

coincidido con la inmediata corrupcion y caida de un imperio y con la pérdida ó maleamiento de una civilizacion, no por eso se ha de tener aquel fenómeno histórico por causa ni por signo siquiera de estos últimos. Un imperio, una nacionalidad, una civilizacion suelen no producir sus grandes poetas y sus perfectos artistas hasta que llegan á su completo crecimiento y desarrollo; y si mueren despues de haberlos producido, no es culpa de los artistas ni de los poetas, sino del destino, ó dígase mejor, de las leyes providenciales de la historia, que no habian señalado más larga vida á aquel pueblo, nacion ó raza. Árboles hay que dan el fruto y mueren luégo, sin que el fructificar se tenga en ellos por causa ni por signo de corrupcion y de muerte, sino de plenitud y perfecto término de su adelanto. El sér viviente que da la seda, la da al morir, encerrándose en ella como en una mortaja, de donde no sale sino para dejar la semilla y morir de nuevo.

Por dicha, en la historia de la humanidad no acontece por lo comun lo que en la historia de los seres orgánicos que hemos citado; ántes bien el refinamiento en las artes y en los modales, la epoca de la mayor elegancia y de la más elevada cultura, suele preceder, con siglos de intervalo, á la época de postracion, corrupcion y caida.

En Grecia tiene lugar esta edad elegante, ar-

tística y literaria, desde la guerra médica en la que Esquilo peleó, hasta la conquista del Asia por Alejandro; y verdaderamente que no puede citarse este período como período de decadencia de aquella gran civilizacion, sino como el de su mayor desarrollo y difusion por el mundo. La cultura griega, las bellas artes consagradas al deleite, la poesía épica, lírica y dramática, todo decae despues conforme van decayendo la civilizacion, el valor y el poder político de Grecia. No crecen la cultura y el buen gusto y la elegancia verdadera, conforme la corrupcion va creciendo; ántes bien todo desmaya al mismo paso.

En Roma las artes y las letras son más bien un remedo que un fruto natural y propio; pero áun así, las artes y las letras florecen en Roma, si no en los mejores, aunque más rudos tiempos de la república, en una edad lejana aún de la corrupcion y caida. Los primeros poetas trágicos y cómicos son contemporáneos de los Scipiones; en Virgilio y en Horacio sobrevive aún el nobilísimo espíritu de la recien vencida república. Si despues Roma decae como poder político, las letras y las artes no por eso prosperan más, ni se hacen más perfectas en la forma, sino que preceden y anuncian con su corrupcion y con su barbarie, que hasta en la lengua se nota, el desquiciamiento y ruina del coloso romano.

En los pueblos modernos de Europa, de una civilizacion más segura por entrar en ella el cristianismo como elemento y como base, sucede á menudo todo lo contrario de lo que el Sr. Madrazo supone. El desarrollo de las ciencias y las artes, la aparicion de una gran literatura y elegancia de las costumbres suelen preceder y ser como signo y anuncio de la futura grandeza política. Desde Luis XIV hasta el dia, ora con esta, ora con estotra forma de gobierno, Francia prepondera en el mundo civilizado. Al portentoso poderío del imperio británico precedió tambien una gran literatura, refinada y elegante.

Por otra parte, esa sequedad sobrenatural y sublime del arte, de que habla el Sr. Madrazo, no se muestra siempre en las épocas en que está más alta la dignidad humana. No era muy alta la dignidad humana, ni eran muy buenas las atroces y viciosísimas costumbres que reprendian los profetas judíos, modelos de esa sequedad sobrenatural y sublime. ¡Qué mayor corrupcion é inmoralidad, qué estado más anárquico y espantoso, qué costumbres más perversas que las de Italia, cuando escribió Dante su divino poema, donde tambien resplandece esa sequedad sobrehumana! Pues qué, la corrupcion, aunque se dore y revista en ocasiones de las más brillantes galas, ¿no suele ir unida con más frecuencia á la grosería y á la barbarie?

Hasta la propia molicie y el lujo y lo exquisito, peregrino y alambicado de los deleites, que no parece sino que debieran ser forzosos compañeros de una excesiva cultura, acompañan y afean más las costumbres de los pueblos semibárbaros que las costumbres de los pueblos cultos y artísticos, donde el deleite sensual se olvida y menosprecia por el deleite del alma, y cuando no se olvida, al ménos se limpia, se encubre ó se hermosea. Crea el Sr. Madrazo que la moza de Otahiti se vestia su grosera túnica de algodon, y se adornaba de cuentas de vidrio y de chinitas y de conchas del mar, con más vicioso propósito que se viste de sedas y encajes, y se corona de diamantes y esmeraldas, primorosamente engastados, la *lionne* más peligrosa y coqueta de nuestros dias. No dude que la *timorodea* de la otahitiana y el tango de la negra son más lascivos y muelles que las polkas y hasta que el *cancan* de la parisiense. No imagine que la depravacion de Roma, en tiempo de los Césares, era efecto de la cultura, de la filosofía, de las artes y de la literatura, sino que era á pesar de todas estas cosas. Repetimos que el lujo, la molicie, el refinamiento y los caprichos más extraños del hastío voluptuoso se dan y se han dado más comunmente entre los bárbaros y áun entre los salvajes, que entre los pueblos cultos. Á ningun rey de la Europa culta, por tirano que haya sido,

se le pudo jamas ocurrir lo que al buen rey Asuero se le ocurria y áun tenía por costumbre y estatuto de su reino, donde no habia poetas, ni Praxitéles, ni Parrasios, que sepamos. Y era lo que se le ocurria, que las más lindas muchachas de todos sus dominios se le habian de presentar sucesivamente, prévia una preparacion de doce meses durante los cuales se habian ellas de estar encerradas, lavándose, sahumándose, embalsamándose, perfumándose, acicalándose y hermoseándose, de suerte que la imaginacion más discreta y más lasciva de ahora no acierta á comprender ni á ponderar.

Persuádase el Sr. Madrazo de que para esta clase de sutilezas voluptuosas y de invenciones lascivas no se há menester gran cultura ni gran primor artístico; ántes se ven estas cosas y se conciertan mejor con las costumbres bárbaras y groseras. ¡Cuántos ejemplos no podriamos citarle en prueba de lo dicho (si lo consintiera el corto espacio que podemos ocupar en este periódico) de aquellos buenos tiempos de la *sequedad sobrenatural y sublime*, en que se pintaban y se esculpian imágenes de nuestro Redentor que parecian deformes cadáveres, llenos de sangre y de llagas, y en que el arte no competia aún con la bella naturaleza, sino que superaba y se adelantaba, no ya á lo natural, sino á todo lo ideal que podemos

concebir hoy en punto á feo! Baste recordar al Sr. Madrazo que no eran muy artísticos los siglos X y XI de la era cristiana, ni que eran muy cultos; mas aunque feroces, no dejaron de ser horriblemente corrompidos.

No entramos aquí, porque sería menester escribir un discurso de no menores dimensiones que el discurso del Sr. Madrazo, en la averiguacion de si los españoles padecen ó no de la *evidente ineptitud* que éste les atribuye.

No queremos decir si somos tan foscos y graves como el Sr. Madrazo supone, ó si somos más risueños y alegres. Sólo decimos que, en todo caso, la *evidente ineptitud* es falta, y no mérito.

Una gitana arrebujada en una manta vieja excita peores y más bestiales instintos en un hombre ordinario, que las tres Vénus de Milo, de Médicis y del Capitolio, en una persona culta. Cualquiera mujer elegante y jóven de ahora podrá tener una mala tentacion al ver pasar por la calle á un buen mozo bien vestido, y hasta con gaban y bufanda; mas para que tenga esa mala tentacion delante del Apolo de Belvedere, y para que no sienta en toda su pureza la limpia y serena admiracion de la ideal hermosura humana, será menester que esté poseida de todos los demonios, ó que la domine el más brutal y grosero temperamento.

El Sr. Madrazo condena en nombre de la religion cristiana el naturalismo, la representacion de la hermosura. El Sr. Madrazo ha tomado en sentido muy lato que la carne es uno de los tres enemigos del alma. Su pudor se asemeja un tanto al de aquella beata que estaba afligidísima porque tenía que aparecer desnuda el dia del juicio final.

¿Cómo hemos de negar nosotros la concupiscencia de la carne contra el espíritu? Pero tampoco nos podrá negar el Sr. Madrazo la del espíritu contra la carne, que es la suya. ¿De dónde ha sacado ese ultra-espiritualismo y ese amor á la fealdad física, ó por lo ménos ese aborrecimiento á la hermosura del cuerpo, que supone en nuestra religion? Pues qué, ¿Nuestro Señor resucitó acaso con un cuerpo feo, ó resucitó con un cuerpo hermoso? ¿Y no subió con él al cielo, y no le hizo participante de su divinidad y de su gloria? ¿Nuestros cuerpos, no han de resucitar tambien adornados, si lo merecemos, de peregrina hermosura? ¿El vicio es acaso la belleza, y la fealdad es acaso la virtud? ¿Ha de volver el arte para que sea cristiano y no pagano, á la *sublime sequedad* de los pintores bizantinos?

El discurso del Sr. Madrazo tiene esta tendencia. No exageramos lo que dice; solamente lo interpretamos para hacerlo resaltar y con el obje-

to de impugnarlo, haciendo ver sus consecuencias extremas.

Cierto espíritu mojigato se ha difundido por toda España de algun tiempo acá, y ha turbado los más claros ingenios. No se extrañe, pues, que tratemos de combatirle hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas. Sólo nos queda aún un deber que cumplir; el de pedir perdon al público, y al mismo elegante, culto y erudito autor criticado, de la ligereza y desórden con que hemos hecho esta crítica; pero ni la premura del tiempo, porque en los periódicos diarios deben aparecer inmediatamente estos juicios, ni la forzosa precision de no extenderse demasiado, han consentido otra cosa.

(*El Contemporáneo.*)

---

# ORIENTALES.

---

COLECCION DE POESÍAS TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ARÁBIGO EN VERSO CASTELLANO, POR D. PEDRO LAHITTE RICARD, CATEDRÁTICO SUSTITUTO DE LENGUA ÁRABE EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

Ya sea por nuestra proverbial pereza, ya por la falta de estímulo, lo cierto es que el estudio de la lengua del Yemen, así como el de todas las lenguas orientales, ha sido hasta ahora muy descuidado en España. Imposible parece que un idioma, en el cual se han escrito tantos documentos importantes al conocimiento de nuestra historia, y tantos libros de poesía y de filosofía, gloria de nuestro suelo, donde nacieron sus autores, haya sido tan generalmente ignorado. Apénas si en el largo catálogo de nuestros innumerables literatos se cuentan algunos célebres arabistas. Los pocos que se cuentan no alcanzan una reputacion tan bien asentada, que escritores como Dozy y otros

orientalistas extranjeros no nos hagan dudar un poco de su saber.

Bien es verdad que esta clase de estudios arábigos tiene la peculiar calidad de estar más sujeta á opiniones que otras clases de estudios. Los profanos, los que no sabemos una palabra de árabe, no podemos ménos de pasmarnos de la inseguridad y de las cuestiones de los que saben, ó dicen que saben dicho idioma. Á veces llegan las cuestiones á tal extremo, y son tales los sendos cargos de ignorancia que los arabistas se dirigen, que siente el profano cierta inclinacion á dudar, no sólo de la ciencia arábiga, sino hasta del idioma de los árabes, tomándole, como ahora se dice, por un *mytho*. Hemos visto, por ejemplo, disputar á dos famosos catedráticos, durante muchos meses, y escribir folletos y disertaciones, sobre si, en un pasaje de veinte ó treinta líneas, contenido en un libro árabe, se describe la batalla de Ourique ó la batalla del Guadalete. Cada uno de los contrincantes, cansados ambos de disputar, se ha quedado en sus trece. No creemos que haya arte, ni ciencia, ni disciplina, por oscura y opinable que sea, que dé ocasion á una polémica por el estilo. Es como si dos maestros de latin disputasen y escribiesen largos tratados sobre un pasaje de Cornelio Nepote, donde sostuviese el uno que se contaba la vida de Hamílcar y el otro la de Milcíades.

En otras lenguas semíticas parece que reina la misma incertidumbre. Un sabio en la hebráica nos ha sostenido que en los primeros capítulos de la Biblia (texto hebreo) no se mienta el Eden. Hemos aprendido los caractéres hebráicos; hemos leido y releido los primeros capítulos del Génesis, y hemos hallado la palabra *Eden*. No sabemos si dar crédito al sabio ó á nuestros ojos.

En suma, en las cuestiones sobre las lenguas semíticas hay aún mucho de tenebroso é incierto, al ménos en España. No se ha de extrañar, por lo tanto, que digan unos que proviene del árabe nuestra poesía popular, nuestro romancero, y que sostengan otros, por el contrario, que en árabe no hubo jamas nada parecido á nuestros romances, y que la poesía arábiga, en vez de ser popular, tiene todos los caractéres de culta, erudita y artificiosa. Algunos añaden que los romances moriscos primitivos, que nuestros antiguos autores fingen traducidos del árabe, son originales, y que si en árabe hay algun romance, es traducido ó imitado del habla de Castilla.

Entre tantas contradicciones, el profano no sabe á qué atenerse, y se limita á aguardar con paciencia que las tinieblas se disipen. Á ello va contribuyendo en gran manera el impulso dado á este linaje de estudios por el erudito y discreto orientalista D. Pascual Gayángos.

En várias universidades y colegios de España tenemos ya catedráticos de árabe, de los cuales se ha de creer que saben dicho idioma. Empiezan asimismo á darse á la estampa libros que ilustran nuestra historia y nuestras artes y ciencias, los cuales se deben al conocimiento de un idioma tan difícil y tan rico, que hay quien asegure que cuenta doce millones de vocablos; mil palabras para decir camello, segun lo que el camello está haciendo cuando se le nombra, y otras mil para decir espada, segun tambien lo que con la espada se hace; cosa que verdaderamente pone grima y quita la gana de engolfarse en semejante *mare magnum*. Mas á pesar de todo, repetimos que en España van floreciendo estos estudios, y que dan claro y honroso testimonio de ello las obras del mencionado Gayángos, algunos trabajos del señor Estébanez Calderon, y las más recientes publicaciones de los Sres. Simonet, Malo de Molina y D. Emilio Lafuente.

Casi todos ó todos estos trabajos son, no obstante, sobre historia política ó sobre inscripciones. Sobre la filosofía de los árabes, que tanto floreció en España, y cuyo conocimiento importa en alto grado á la historia de la filosofía de la Edad Media, poco ó nada se ha escrito ó dicho entre nosotros, salvo las lecciones que empezó á dar en el Ateneo el Sr. Moreno Nieto. Y sobre la poesía,

apénas si conocemos por Casiri la vida y el nombre de algunos poetas árabes españoles, y algunas poesías por las traducciones que Conde inserta en su *Historia.*

Se publicó tambien en París, por los años de 1833, una coleccion de poesías árabes, persas y turcas, traducidas por el conde de Noroña, mas no directamente del original, sino, á lo que afirman las personas entendidas en el asunto, de la lengua inglesa. Precede á esta traduccion del conde de Noroña una del *Discurso sobre la poesía de los orientales*, del célebre W. Jonés.

El conde de Noroña no inserta en su coleccion una sola obrilla de los muchos poetas que en España ha habido; y el discurso que traduce de W. Jones es sumamente conciso y no da la menor noticia de la poesía nacional de la España mahometana. Sólo contiene vagos elogios de la poesía arábiga primitiva, que, segun parece, vale más que la posterior al islam. Cita W. Jones la coleccion llamada *Moallacat* ó poemas suspensos, de los cuales se conservan siete. Eran estos poemas los que salian premiados en un certámen que se celebraba anualmente en un sitio llamado Okhadh, y se decian suspensos y tambien dorados, porque se escribian con letras de oro sobre seda de Persia, y eran suspendidos, para eterna memoria, á la entrada del antiguo y famoso templo de la

Caaba, en la Meca. Tambien habla W. Jones del *Hamasa* y de otras colecciones.

Pero quienes han dado á conocer mejor en Europa la poesía de los árabes, han sido, á nuestro entender, los alemanes, cuya lengua, por ser tan flexible, se presta á traducir de cualquiera otra con la mayor fidelidad y conservando el espíritu poético, y cuyo afan de investigacion y amor y constancia en el trabajo los hacen capaces de profundizar cualquier asunto literario ó científico en que se ocupan.

Entre los orientalistas alemanes que se han empleado en dar á conocer la poesía arábiga, merece sin duda el primer lugar Rückert, traductor del *Hamasa* ó *Valentía*, cantos épicos-líricos, en la mayor parte anteriores á Mahoma, que reunió el erudito Abu Temmam, en la primera mitad del siglo IX. Tambien tradujo lindamente en aleman y publicó Rückert, en 1844, en la ciudad de Stuttgardt, las *Makamas* de Hariri, que son como leyendas poéticas.

En España, entre tanto, donde, segun aseguran los doctos, ha habido muchos y muy excelentes poetas árabes, apénas si hasta el Sr. Ricard ha habido quien traduzca un solo poema arábigo del original al castellano. No es de admirar, pues, que nos llame la atencion esta novedad, y que consagremos al opúsculo del Sr. Ricard un artículo. Su

traduccion, como él mismo dice en el breve prólogo que le ha puesto, está hecha sobre la antología de poesías árabes que Kosegarten ha recopilado al fin de su *Chrestomathia arabica.* Consta la coleccion de cuarenta y nueve composiciones, y no parece que sea ni una sola de ellas de autor nacido en España.

Los profanos nos quedamos aún con el deseo de conocer por sus obras á los egregios poetas árabes que florecieron en España, y singularmente en Córdoba, en tiempo de los califas. Los profanos tenemos que dar crédito al no ménos egregio poeta cordobés, Duque de Rivas, cuando nos dice que Jusef-Aben-Arun era un Homero, y cuando nos habla con tantos encomios de Alhasan, de Albuker, de Obada y de la hermosísima Lobna. ¿Es posible que se hayan perdido todas las obras de todos estos señores, ó que los orientalistas no quieran darnos una leve muestra de su mérito, traduciendo un poquito?

Verdad es que, segun el Sr. Ricard, que en esto no conviene, como de costumbre, con otros arabistas españoles, y más bien conviene con Dozy, la poesía arábiga es de una *naturaleza erudita y aristocrática,* esto es, que no puede haber dado orígen á nuestra poesía popular. El Sr. Ricard añade, para ponderar los obstáculos *que se oponen á una version fiel é inteligible de los versos árabes, que*

*el culteranismo, considerado como un defecto en nuestra poesía*, es en la de los árabes una excelencia, una virtud, *su mejor adorno. Los primores de la poesía árabe*, prosigue, *son á veces tan superiores al alcance del público, que con frecuencia necesitan los mismos autores escribir un comentario á su poesía, comentario indispensable para su inteligencia.* Curiosa virtud y diabólico adorno de poetas y de poesías son estos de los árabes, si hemos de fiarnos del Sr. Ricard. Ni *La Alejandra*, de Licofron, ni *Las Soledades* de Góngora, valdrian nada entre ellos. Por fortuna el Sr. Ricard ha sabido despojar sus traducciones de esa virtud de la oscuridad. Todas ellas se entienden sin comentarios, y bien se puede afirmar que algunas son lindas.

Las hay sentenciosas, llenas de moralidad y de filosofía, sobre la templanza, sobre la modestia, sobre la paciencia y sobre la mansedumbre. A pesar del fin didáctico de estas composiciones, la abundancia y la riqueza de las imágenes les prestan cierto lirismo. Otras son descriptivas, pero el poeta al contemplar y describir el objeto, y movido por las impresiones que de él recibe, evoca sus más íntimos sentimientos y los pinta con notable viveza de expresion. De este género son la poesía *sobre el arrullo de las tórtolas silvestres*, que guarda en sí la melancolía más profunda; la

composicion sobre la primavera, rica de un sentimiento voluptuoso, verdaderamente oriental, y otras várias sobre el aire, el murmullo del agua, las ramas de los árboles, el nenúfar, el narciso, la rosa, la violeta, el jazmin, el arrayan, el azahar, la flor del almendro, la flor del granado y otras flores.

Contiene tambien la coleccion algunas poesías amorosas y en loor del vino, al que suelen ser muy aficionados los poetas musulmanes, á pesar de la prohibicion del Koran. Por desgracia, estos versos al vino tienen, por lo comun, para nosotros, europeos y cristianos, el mismo inconveniente que la segunda Égloga de Virgilio, y que los versos de Hafiz y de otros poetas persas. El copero hace generalmente el papel del Batilo de Anacreonte, del Ganimédes de Júpiter y del Antinóo de Adriano.

Tales son, en brevísimo resúmen, las poesías árabes que ha traducido el Sr. Ricard. No copiamos aquí ninguna, porque nos parece difícil la eleccion, y no estaria bien dar como muestra la que valiese ménos. Por otra parte, nosotros entendemos que de estas cosas, bellas, sí, pero exóticas, no se puede juzgar por un pequeño fragmento, es menester conocer toda una obra y penetrarse del espíritu y de la forma de poetizar tan peregrina y tan diferente de la de los pueblos de Europa.

Recomendamos, pues, á los curiosos que compren y lean el opúsculo del Sr. Ricard, que está de venta en todas las librerías. Es menester animar al Sr. Ricard, á ver si se decide á traducir las obras de algun buen poeta arábigo-hispano. Sería de desear, si esto hiciese, que al lado de su traduccion en verso nos diera otra traduccion literal en prosa, como hizo el Sr. Castillo y Ayensa con Safo, Tirteo y Anacreonte. Así comprenderiamos mejor, los que no sabemos la lengua arábiga, la manera de la expresion, los giros y las frases del poeta que el Sr. Ricard traduzca, lo cual es de la mayor importancia para poder juzgar sobre una poesía extranjera. En la traduccion en verso puede haber bellezas que sean del traductor, y asimismo no pocos defectos de prosaismo y ripios, ó palabras inútiles que al autor no deben atribuirse.

---

# CUENTOS Y FABULAS

DE

# D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## TOMOS I Y II.

---

La atencion del público, harto embargada por la política, se fija ahora ménos que nunca en las obras de nuestros ingenios, los cuales, ofendidos del injusto desden con que se les trata, dan poca muestra de sí y ocasion á que se sostenga que nuestra literatura está en una decadencia grandísima. Para los que así discurren, viviendo aún los escritores más ilustres que á principios de este reinado empezaron á florecer, no parece sino que la literatura ha de producir cada año, no sólo nuevas obras, sino tambien nuevos autores, sopena de que

se la crea muerta ó decaida. Para los que así discurren, García Gutierrez, Zorrilla, Vega y tantos otros que viven aún, que escriben y que no han llegado á la vejez, han de considerarse como autores de otra época literaria y no de la presente. Pero nosotros tenemos muy diverso modo de discurrir, y no acertamos á marcar épocas diferentes en tan corto tiempo. Para nosotros, no ya García Gutierrez, que es jóven aún, y que debe, en la madurez y complemento de facultades á que ha llegado, prometer más sazonados frutos de su ingenio que los de su juventud, sino Breton de los Herreros y Hartzenbusch, son tan de nuestra edad como el año de 1837, y el Duque de Rivas es tan de ahora como de hace veinte ó treinta años. Dígalo su romance del *Romancero de la guerra de África*. Acaso no haya otro que le supere entre cuantos el Duque escribió en la que se supone buena época por excelencia.

¿Por qué Vega, por ejemplo, ha de ser un autor de esa otra época á la que se atribuyen todas las glorias, y no ha de serlo de la nuestra ó de una época por venir, cuando salga á luz el *César*, que será sin duda la más perfecta y acabada obra de su vida? A Roca de Togores, á Pastor Diaz y á otros varios que ganaron mucha fama y que brillaron y florecieron en ese período que tanto se pondera para denigrar el presente, ¿se les ha agos-

tado acaso la imaginacion y se les ha apagado el fuego del alma, ó escriben, por el contrario, tan bien como ántes escribieron, ó mejor, porque al entusiasmo y á la riqueza de la fantasía juntan el saber y la plenitud del juicio y las lecciones de la experiencia? ¿Quién sabe qué obra maestra podrá producir aún cada uno de éstos que aventaje y eclipse á cuanto ya escribieron ántes? Por este lado no hay, pues, motivo para asegurar que decae la literatura. Ni le habria tampoco, aunque no apareciesen, como algunos suponen, nuevos ingenios dignos de reemplazar á los de aquel período; mas á nuestro modo de ver, aparecen, por fortuna, no inferiores ingenios. Si no resplandecen tanto, es porque ó no han llegado aún á su cenit, ó porque pasó ya el natural fervor del público al ver que resucitaba ó renacia, con la libertad, á principios de este reinado, la desmayada literatura, ó porque ahora hay más gente que sepa y que escriba, y se hace, por lo mismo, más difícil conseguir el aplauso y sobresalir entre la turba de escritores.

Nada de esto es síntoma de decadencia; más bien lo es de progreso. La abundancia de escritores puede, con todo, ocasionar la corrupcion, si la crítica no lo remedia. La mala hierba puede ahogar ó consumir el trigo. Los libros malos y vulgares pueden distraer la atencion del público y

hasta disgustarle, hartarle y apartarle de leer los buenos libros.

Para evitar este mal, que ya empieza á hacerse sentir, convendria que se diesen á conocer y que se encomiasen las producciones de mérito que salieran á luz; convendria que la prensa periódica no se mostrase tan indiferente sobre esto, y que consagrase á la bibliografía y á la crítica una parte de sus columnas con más esmero y detencion que lo ha hecho hasta ahora; lo cual nos mueve á emplear nuestras débiles fuerzas en un fin tan útil, esperando, para bien de las letras, que haya muchos que sigan el mismo camino y que se nos adelanten en él. Para ello, aunque se necesiten buen gusto y algunas *humanidades*, como en otro tiempo se decia, son aún más indispensables la imparcialidad, y sobre todo el desechar ese tono hiperbólico y apasionado que hoy se emplea, y del que resultan censuras y alabanzas igualmente desmedidas y absurdas.

Con este propósito de moderacion y de imparcialidad, aunque no con la doctrina que sería menester, vamos á dar noticia en nuestro periódico de los más recientes trabajos literarios, y tratamos de darla hoy del que lleva por título el que sirve de epígrafe á este escrito.

El nombre del autor de *Los Amantes de Teruel* y de *Doña Mencía* (indudablemente los dos

mejores dramas trágicos de nuestra literatura moderna, si no se hubiese escrito el *Don Alvaro*), recomienda ya por sí sola la coleccion de obrillas que queremos recomendar al público, y hace más fácil nuestra tarea. No es el Sr. Hartzenbusch de esos poetas meramente inspirados, que producen, como por un instinto divino, una obra llena de hermosura, y que luégo escriben mal y vulgarmente, cuando la inspiracion los abandona. En el Sr. Hartzenbusch la inspiracion y la reflexion, el juicio y el estro van siempre unidos y concurren al buen éxito de todos sus trabajos. La inspiracion eleva á veces al Sr. Hartzenbusch á una altura extraordinaria, como acontece en los dos dramas citados; pero cuando la inspiracion no es tan viva ni tan sublime, el juicio y la discrecion no dejan al poeta, y evitan que se pierda en extravagancias, ó que caiga en lo vulgar y poco digno. Hay, por consiguiente, en las obras del Sr. Hartzenbusch algunas que sobresalen entre todas, pero ninguna que no merezca estar con las mejores, ni que desdiga de ellas por completo. Hasta en el más ligero juguete, debido á la pluma del Sr. Hartzenbusch, se ve en cierto modo al autor de *Doña Mencía*. El primor, el entendimiento, el gusto exquisito, y el corazon del Sr. Hartzenbusch, están en cada una de sus obras.

En estas de que vamos á hablar se da testimonio y prueba evidente de lo que decimos.

Los cuentos, ó populares, ó de invencion del Sr. Hartzenbusch, están narrados con una gracia y una naturalidad admirables, y no destruye la candidez y la frescura del estilo la intencion moral ó filosófica que en cada uno de ellos sabe el autor ocultar discretamente.

*La Hermosura por castigo* es sin duda el más original y fantástico de todos estos cuentos. El pensamiento de dar la vista á un sér hermosísimo para que se admire de cuanto hay de hermoso en el universo, sin que pueda hasta el fin de sus dias verse y admirarse á sí propio, es de suma novedad y extrañeza. La idea de que lo vea todo en el espejo, ménos su propia imágen, está en algunos cuentos alemanes; pero en el cuento español no es esta idea sino una consecuencia de otra más grande y original. El que este sér, que ni se ve ni se conoce, sea una bellísima princesa; el que su desgracia nazca de la admiracion que inspira, y que no puede compartir, y del tormento de la curiosidad; el que logre verse hácia el fin de sus años en todos los sucesivos estados de su existencia, que se van rápidamente presentando en un espejo, y el que todos ignorasen el misterio de que la princesa se desconocia, son circunstancias que dan al cuento un carácter prodigioso y sim-

bólico, que excita la imaginacion y que mueve el entendimiento á perderse en ensueños poéticos. Los tan celebrados cuentos de Hoffman no tienen más atractivo que este cuento, el cual está contado ademas con aquella magia de estilo con que cuentan Andersen y Musaus, y con que logran hacer *estéticamente* verosímil lo que en realidad no lo es ni puede serlo.

El Sr. Hartzenbusch ha mezclado en otros cuentos, como en el de *La Novia de oro*, con la propia inspiracion y con las creaciones de su fantasía, lo imaginado en época remota por el pueblo y conservado por la tradicion. La musa popular, aquella diosa que, como dice el antiquísimo poeta Hesiodo, no muere nunca, sino que vive y vuela siempre sobre la elocuente boca de los pueblos, ha concurrido tambien con el arte y el propio ingenio del poeta á dar más amenidad á su libro. *La Novia de oro* es probablemente una conseja ó cuento vulgar. La idea de la novia pequeñita, ligera, aérea casi, que se convierte en oro en cuanto la toman acuestas sus amantes y los aplasta á todos con su peso, es un *decir*, es un cuento del vulgo, admirablemente referido por el Sr. Hartzenbusch en lenguaje del siglo XV.

*La Reina sin nombre* es tambien un cuento muy ingenioso y el más largo de la coleccion. Tiene toda la traza de una novela histórica, y, sin

embargo, nada hay de histórico en el hecho mismo que da asunto á la novela. Lo histórico está en la pintura exactísima de la condicion social de los españoles y de los visigodos, de sus usos y costumbres, de sus pensamientos y sentimientos en tiempo de los reyes Chindasvinto y Recesvinto; en la cual pintura se descubre la paciencia y el saber del erudito y del historiador, dichosamente unidos con la inventiva del novelista y del poeta. La causa de la ley que funde al cabo las razas de los vencedores y de los vencidos, de los godos y de los españoles romanos, está poéticamente ideada. El interes particular que inspiran los personajes supuestos de la novela, está enlazado magistralmente con el más general interes que inspira un hecho histórico de tanta trascendencia. *La Reina sin nombre* es más que cuento; es una linda novela histórica, es un *Ivanhoe* en miniatura. Así infundiese en algun Thierry español el deseo de escribir la historia de la dominacion visigótica en España, y de explicar cómo al fin se mezclaron y asimilaron las razas diferentes que vivian en la Península, empezando á formar, aún ántes de la venida de los árabes, una sola nacion.

*Miriam la trasquilada* nos parece la obrilla más perfecta por el estilo que hay en toda la coleccion. Es una leyenda bíblica, donde la expresion, la majestad y la sencillez de los libros san-

tos están imitados tan bien, cuanto es posible á un hombre imitarlos. Si pudiéramos prescindir del espíritu superior que falta y tiene que faltar en esta obrilla de mera invencion humana, nos pareceria un fragmento arrancado del libro de Josué.

Los demas cuentos en prosa son tambien de muy apacible lectura, aunque no tan buenos como los ya celebrados. El que ménos nos agrada es *La Locura contagiosa.* Será, si se quiere, una tradicion ; pero es una tradicion que tiene algo de pueril. Es falso suponer, por tonta que supongamos á la hermanastra de Cervántes, que le tuviese ella muy sériamente por loco cuando estaba escribiendo el *Quijote.* Pues qué, ¿no habia de comprender que cuando él se encerraba y escribia, y se reia escribiendo, era porque componia alguna novela poema ó sátira festiva?

Las fábulas que dan tambien título á esta coleccion y forman parte de ella, aunque ménos importante que los cuentos, son en número de cincuenta. Pocas son las imitadas ó traducidas del frances ó del aleman; las más son originales ; pero aunque tengan este mérito, se ha de confesar que no se igualan en otros á las de Samaniego, con ser imitadas las más de ellas de Esopo, de Fedro, de Lafontaine, de Gay y de otros fabulistas. Las mismas cien fábulas, publicadas ya en diversa ocasion por el Sr. Hartzenbusch, son muy supe-

riores á las que ahora publica. Todas ellas, sin embargo, están lindamente versificadas y escritas en un lenguaje natural y castizo; pero debemos repetir que no llegan, ó llegan rara vez, á recordar aquella viveza descriptiva de las de Samaniego, ó aquella agudeza verdaderamente ática de las de Iriarte, las cuales es más que probable que queden siempre como el más bello modelo castellano de este género de literatura. En lo que nos parece, con todo, que se adelanta á veces á aquellos clásicos el Sr. Hartzenbusch, es en la profundidad de la moraleja, en la concision con que está expresada, y en la más honda impresion que hace en el ánimo de los lectores. Nuestro siglo es más serio y reflexivo que el siglo pasado.

El Sr. Hartzenbusch ha incluido ademas, en la coleccion de que hablamos, una comedia de niños ó para niños. La comedia está dividida en dos actos, y tiene por título *El niño desobediente*. En esta obrilla prueba el Sr. Hartzenbusch su ingenio y disposicion para este género de literatura, tan poco y tan inhábilmente cultivado en España; género, por cierto, más dificil y más importante de lo que el vulgo cree, y que en otras naciones ha producido y produce frutos ricos y deleitosos, y hasta libros clásicos, que han logrado y logran fama imperecedera, como el *Gulliver* de Swift, los *Cuentos* de Perrault, los de Andersen, los va-

rios *Robinsones*, uno de ellos tan admirablemente traducido por el ya citado Iriarte, y otras novelas é historias de la misma laya, que suelen leer los hombres con no ménos gusto que los niños, y que aficiona á éstos desde pequeñuelos á la lectura y los lleva á formar una biblioteca infantil; pues bien se puede afirmar que un niño aficionado en Francia á esta clase de libros, halla bastantes para formar una biblioteca de un par de cientos de volúmenes. En España no leen los grandes, con que ménos leerán los niños; de lo contrario, nos atreveriamos á aconsejar al Sr. Hartzenbusch, ya que nos parece el más á propósito para llevar á cabo esta empresa, que escribiese y publicase en castellano una coleccion de cuentos como los de Andersen.

Incluye, por último, el Sr. Hartzenbusch en su coleccion, setenta anécdotas y rasgos históricos, sacados de un manuscrito del siglo pasado, y que nos parecen muy entretenidos y curiosos.

Esperamos que el público haga justicia á esta nueva publicacion, cuya amenidad hemos encarecido como se debe.

La edicion no tiene estampas ni viñetas y dista bastante de aquel primor con que estos librillos suelen imprimirse en Francia, Alemania é Inglaterra; pero no es muy mala para lo que aquí generalmente se hace en el dia.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ANTIGUOS ESPAÑOLES, QUE ESCRIBIERON EN LENGUA LATINA Y ÁRABE DESDE LA DOMINACION ROMANA HASTA EL SIGLO XIV DE NUESTRA ERA. PUBLÍCASE BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS GARCÍA SANZ, ETC.

La grande y patriótica empresa que acomete el Sr. Sanz, y de cuya utilidad é importancia no puede ménos de concebirse una idea muy alta con sólo leer el epígrafe que antecede, es una de aquellas que há menester más del favor del público para que tenga dichoso término. Los gastos serán considerables y la fatiga mucha para que pueda hacerse y sufrirse sin esperanza de remuneracion. Nosotros, pues, en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, nos creemos en el deber de persuadir á nuestros lectores de la excelencia de la nueva publicacion, y de inclinarlos á que á ella se suscriban. Por amor á la patria, cuando no por amor á la ciencia, debieran hacerlo. La biblioteca del Sr. Sanz será el complemento, ó mejor dicho, el antecedente ó prefacio de la que publica el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, y ambas formarán juntas un hermoso monumento levantado al inge-

nio y al saber de los españoles de todas las edades.

Pocas naciones, como dice muy bien el señor Sanz, pueden jactarse de contar tan claros escritores entre sus hijos, desde los primeros tiempos de la historia. Al traves de vicisitudes, conquistas, dominaciones y cambios, la antorcha de la ciencia y el fuego de la inspiracion han iluminado y han ardido siempre en este país privilegiado. Pero la incuria de los españoles de estos últimos tiempos y la malevolencia de los extranjeros han concurrido á nublar nuestras glorias científicas, y han hecho que las olvidemos ó tengamos en poco.

De nuestra literatura se ha escrito mucho; poco ó nada de nuestra ciencia: y de aquí ha nacido el menosprecio de los extranjeros, que han calificado á España de la Beocia de Europa, considerando sólo como una excepcion de nuestra rudeza, como al Píndaro de este pueblo antiliterario, á Calderon ó á Cervántes.

Ya en el siglo XVI, decia Scalígero, que habia algunos doctos en Portugal; pero que en España no habia casi ninguno. Montesquieu decia que en España no se habia escrito más que un libro bueno que era el que se burlaba de los otros, aludiendo al *Quijote*. Y M. Guizot ha escrito recientemente, que bien se puede hacer la *Historia de la civilizacion* sin contar para nada con España, como nacion ociosa é inútil que no ha intervenido en ella.

Nuestra carencia de laboriosidad y nuestra falta de espíritu filosófico pasan ya por axiomas en boca de propios y extraños. No se contentan muchos con afirmar que estamos atrasados ahora, sino que sostienen que lo hemos estado siempre con respecto á las demas naciones. Si se les cita á algun sabio, á algun filósofo, á algun erudito español, á un Vives, á un Lulio, á un Servet, á un Foxo Morcillo, se rien como si fueran éstos unos locos extravagantes y unos escritores pesados y de gusto detestable. Quizás tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizás tendrá que venir á España algun docto aleman á defender, contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes. ¿Qué habria en esto de nuevo, cuando el Sr. Bohl de Faber sostuvo, treinta ó cuarenta años há, una polémica con los literatos españoles de entónces, para demostrarles que Calderon era un buen poeta?

Afortunadamente el amor al estudio renace entre nosotros, y despierta en algunos corazones el celo por la gloria científica española. Sólo es ya de desear que este celo no sea inútil del todo, porque el público, harto indiferente en España á las cuestiones de este género, no le secunde y no le haga eficaz con su favor y aplauso.

El Sr. Sanz va á publicar los autores españoles anteriores al siglo XIV; va á consagrar su vida y sus capitales á esta empresa patriótica y literaria. ¿Será posible que recibamos con frialdad y con indiferencia la obra del Sr. Sanz?

Su biblioteca constará de tres partes.

La primera contendrá los autores que florecieron bajo la dominacion romana, á saber: Séneca, Lucano, Columela, Pomponio Mela, Quintiliano, Marcial, Marco Aurelio, Floro, Silo Itálico y otros.

La segunda contendrá los autores del período gótico y de la Edad Media que escribieron en latin, como los poetas Aquilino Juvenco, Aurelio Prudencio y Draconcio, el historiador Paulo Orosio, y los polígrafos San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Julian, San Ildefonso y San Eulogio.

En estas dos primeras partes acompañará el texto original á la esmerada y correcta traduccion que se está haciendo de los escritores referidos.

De suponer es que publique tambien el Sr. Sanz el texto griego de los doce libros Τῶν εἰς ἑαυτὸν del emperador Antonino, ya que coloca á este grande repúblico y filósofo entre los españoles, que tal vez no debiera, pues si bien era de familia española, discípulo é hijo adoptivo de Adriano, nació en Roma, en el monte Celio.

Sería asimismo de desear que el Sr. Sanz bus-

case quien tradujera en verso los cantos de Prudencio, poeta cristiano tan sublime, que Villemain no duda en ponerle por cima de cuantos líricos florecieron desde la venida de Cristo hasta el Dante, y del cual no sabemos que haya una sola composicion traducida en castellano, habiendo tantas de Horacio y de otros poetas gentiles.

La tercera parte de la Biblioteca contendrá los escritores árabes españoles, esto es, la traduccion castellana, encomendada á nuestros mejores orientalistas, pero sin el texto arábigo. Figurarán entre estos autores la poetisa Wallada, el gran filósofo Averroes, y el famoso médico y botánico Ibn Beithar, de Málaga.

Convendria que el Sr. Sanz, que menciona hasta doce autores árabes-españoles, cuyas obras piensa incluir, en parte, en su coleccion, no olvidase otros de no menor nota, como, por ejemplo, el ilustre matemático y astrónomo Omaiya-ben-Abd-el-Aziz ben Abi'l Salt el andaluz, Abd-Alah ben Malik, de Jaen, poeta y gramático, y otros muchos, de cuyas obras nos podia dar alguna corta muestra traducida.

La filosofía arábiga, principalmente la española, tuvo una influencia grandísima en la filosofía escolástica, cuya historia no se puede comprender ni escribir bien y completamente sin un prévio conocimiento de los filósofos árabes. Así

es que en el extranjero empieza á darse á este estudio suma importancia. No hace aún dos años que el elegante escritor Ernesto Renan publicó en Francia un libro sobre *Averroes y el averroismo*. En el nuevo *Diccionario de las ciencias filosóficas*, publicado tambien en Francia, se dan algunas noticias y se hacen grandes elogios de varios filósofos árabes españoles. Sólo en España miramos con sobrada indiferencia estas cosas.

El Sr. Sanz se olvida, ó si no se olvida, no mienta á algunos de estos filósofos, y no se atreve á incluirlos en la coleccion, temeroso, sin duda, de la indiferencia del público y hasta del disgusto que acaso le causaria, prometiendo hacer aún más voluminosa la biblioteca. Así es que nada dice ni nada promete publicar de Abu-beer-Mohamed-ben-Jahya-Ibn-Babja, conocido y citado por los escolásticos con el nombre de Avempace. Fué este sabio natural de Zaragoza y maestro de Averroes. Comentó á Aristóteles y compuso várias obras originales, siendo la más famosa la que lleva por título *Del régimen del solitario*. Su doctrina ejerció notable influjo en la escuela de Alberto el Grande.

Pero la omision que no tiene disculpa, ya que se trata de formar una biblioteca de escritores españoles anteriores al siglo XIV, es la de los filósofos y poetas judíos, muy superiores, acaso, á los

árabes. La razon que da el Sr. Sanz de que no *hace mencion de los rabinos españoles*, *tanto por la índole especial de su literatura*, *cuanto porque puede suplir hasta cierto punto esta omision la aplaudida obra*, *titulada* ESTUDIOS SOBRE LOS JUDÍOS DE ESPAÑA, *por el Sr. D. José Amador de los Rios*, no tiene valor ni fundamento. Ni las obras de los judíos son especiales de su secta y nacion hasta el extremo de no tener interes para los demas hombres, ni la erudita historia del señor Amador de los Rios basta, ni con mucho, á hacernos estimar y comprender el gran movimiento científico y filosófico de los judíos españoles en la Edad Media. Todo otro mérito, ménos éste, le concedemos á la obra del Sr. Amador de los Rios, obra escrita con buen gusto literario, con profundo saber histórico, mas con espíritu filosófico muy escaso.

Ni de la doctrina de Ibn-Gabirol ó Avicebron, autor de *El Manantial de la vida*, panteista profundo, digno antecesor de Spinosa, ni de Judá Haleví, de Toledo, poeta comparado por Heine con el mismo Homero, y filósofo comentado y traducido y encomiado recientemente en Alemania, cuyos versos se cantan en las sinagogas y han sido traducidos por Daumer en aleman, y cuyo libro del *Kuzari* está lleno de la más profunda filosofía; ni de Maimonides, ni de sus dispu-

tas con los *motecalemin*, ni de su emanantismo, ni de su racionalismo, ni de la cábala, ni de otras invenciones y caractéres de la filosofía judáica, nos da cuenta satisfactoria el Sr. Amador de los Rios. El asunto principal de su libro no era éste tampoco, y nosotros no culpamos al Sr. Amador de los Rios de su descuido; solo consignamos que su obra no puede dar á conocer la importancia de los filósofos rabinos.

Creemos, pues, que el Sr. Sanz debe pensar en llenar este vacío qne se nota en el prospecto de su biblioteca.

Muchos autores judíos están traducidos en latin, como Maimonides; algunos lo están en castellano, como Jehuda Levita (*Kuzari*), que publicó en Amsterdam en 1663 el *hachan* Jacob Avendaña; y otros, como Benjamin de Tudela, están traducidos en frances y en inglés, y son citados y conocidos en todos los países, ménos tal vez entre nosotros.

Como la biblioteca del Sr. Sanz debe ser selecta, y no puede ser de otra suerte (si se fuesen, por ejemplo, á publicar en ella las obras completas de Averroes, no cabrian en doce tomos del tamaño de los de Rivadeneyra), son muy de recomendar el tino en la eleccion de lo que se publique, la erudicion en las vidas que se escriban de los autores, y un conocimiento profundo en la exposicion

y juicio que ha de hacerse por fuerza de las doctrinas y opiniones de cada uno de ellos.

¿Quién sabe si más tarde, animados por el buen éxito de la empresa del Sr. Sanz, llevarán á cabo los Sres. D. Ramon de Campoamor y D. Gumersindo Laverde Ruiz la de publicar otra biblioteca que complete y termine la de Rivadeneyra y la de Sanz, y en la cual se coleccionen las obras escogidas de nuestros sabios y filósofos posteriores al siglo XIV? ¿Quién sabe si Lulio, Vives, Suarez, Soto, Foxo Morcillo, Huarte, Varcárcel y tantos otros varones doctísimos volverán á ser populares en España? Para ello, más que publicar todas sus obras, convendria dar de ellas lo más selecto traducido en castellano, hacer una buena clasificacion de las escuelas filosóficas que en España han florecido, y escribir el extracto y la crítica del sistema de cada autor, á la cabeza de lo que de sus obras se traduzca y se dé nuevamente á la estampa.

De todos modos es en extremo plausible y hace muy grande honor á nuestra cultura, el que el señor Sanz haya empezado ya á realizar su gigantesco proyecto, y el que los Sres. Campoamor y Laverde piensen en acometer y llevar á cabo otro no ménos importante y difícil.

---

## Sobre el discurso acerca del drama religioso español, ántes y despues de Lope de Vega, escrito por D. Manuel Cañete, individuo de la Real Academia Española, etc.

### I.

Los ánimos están en el dia tan preocupados con la política, y la política se mezcla tanto con la religion, que no hay asunto alguno científico, artístico ó literario, en el cual no se haga intervenir más de lo justo la religion y la política. Los pensamientos y sentimientos de los hombres, así como las creaciones artísticas, científicas y literarias que de ellos nacen, están sin duda íntimamente entrelazados; pero esta idea es llevada hoy por muchos al último extremo, dando ocasion á no pocas discusiones inútiles, llenas de acritud y de inconcebible intolerancia.

Tiempo há que, hallándose quien escribe este artículo en una reunion de amigos, oyó censurar á cierto sujeto por haber abandonado á su novia, y oyó asimismo á uno de los concurrentes, que era de estos que llaman ahora neo-catolicos, jus-

tificar el abandono, diciendo que la novia habia leido las comedias de Moratin, y que todo buen cristiano y buen patriota debe abandonar á su novia, por mucho que la ame, si averigua que ha leido obras tan perversas.

Tenemos, pues, que, segun este santo varon, son tan perversas y endemoniadas las obras de Moratin, que la mujer que las lea debe poner en fuga á su futuro.

El erudito y elegante discurso del Sr. Cañete, leido el domingo último en la Real Academia Española, es como el complemento de esta doctrina. En él no se trata de probar solamente que es un crítico infeliz, que no sabe estimar la belleza y la inspiracion de la alta poesía, que carece de entendimiento de hermosura, que es, en una palabra, un mal estético, como se dice ahora, el que no gusta de los dramas *á lo divino*, que escribian nuestros poetas del siglo XVII. Si se tratase de probar esto y nada más que esto, casi estariamos conformes con el Sr. Cañete. En nuestros dramas *á lo divino* hay por cierto cosas divinas en medio de los mayores absurdos y de los disparates más atroces. Pero el Sr. Cañete propende á demostrar que es un impío, ó por lo ménos un hereje, quien no se admira de los tales dramas, y esto no se puede dejar pasar sin hacer algunas observaciones.

Cada dia se va estrechando más el círculo den-

tro del cual puede, segun cierta escuela, vivir un hombre honrado sin apartarse de la religion católica, y es menester ensanchar este círculo á fin de que no nos ahoguen. Ya para muchos el ser liberales y católicos era incompatible; ahora es tambien incompatible, ó punto ménos que incompatible con el catolicismo, el no pasmarse y encantarse de los *Autos sacramentales*, de los *Misterios* y de las comedias de falsos milagros y de vida de santos, por indecorosas y desatinadas que sean. Es muy recia y muy insufrible esta adicion de artículos al credo por personas que no tienen ni remotamente la facultad de aumentarle; y conviene poner las cosas en su punto, si no queremos pasar por todo lo que á cualquiera se le antoje, so pena de ser tenidos por ateos, volterianos, racionalistas ó protestantes.

Claro está que el Sr. Cañete, que es persona de muchísimo entendimiento, no habia de decir terminantemente que es poco religioso, ó que no es religioso quien desdeña ó menosprecia los dramas *á lo divino* del siglo XVII; pero en el progreso de todo su razonamiento se ve marcada esta propension, y áun bastante desembozada la idea en algunos pasajes. ¿Á qué venía si no, esa exclamacion que fué tan aplaudida, de que, *por desgracia, son ahora tantos los que tienen fe en la duda y no creen en la fe?* Es evidente que esta fe en la

duda y esta carencia de fe son, segun el Sr. Cañete, los principales motivos de que no gusten los dramas *devotos*.

Nuestro objeto, pues, al escribir este artículo, es demostrar que puede cualquiera tener por absurdos, ridículos, y hasta bárbaros, muchos de esos dramas, sin dejar de ser muy buen católico. Podrá el que menosprecie estos dramas ser considerado como persona de mal gusto y de cortos alcances crítico-literarios, pero no como impío. Nosotros queremos reducir la cuestion á sus verdaderos límites, y que sea sólo literaria é histórica, y no religiosa tambien. Nosotros, por último, queremos hacer ver que en los dramas religiosos del siglo XVII hay, al lado del elemento verdaderamente religioso, otros elementos deletéreos, á saber: la corrupcion espantosa de las costumbres, la perversion de la moral, el gusto depravado, el ciego y cruel fanatismo y la negra misantropía, que estaban ya consumiendo las entrañas de nuestra sociedad, y que fueron los síntomas, si no la causa, de la ruina de nuestro poder y de nuestra importancia en el mundo.

Entiéndase que al afirmar esto no rebajamos, no tocamos siquiera la justa fama de algunos sublimes poetas que escribieron de estos dramas religiosos. Ellos no podian ser superiores á su siglo. Una cosa es la moral, la religion y la san-

tidad que puede haber en una obra de entretenimiento, y otra cosa su mérito, como creacion de la fantasía. Pocos son los que niegan, por ejemplo, la belleza de las odas de Horacio, pero nadie se empeñará en que la oda *Ad anum subantem*, y otras por el mismo órden, no reflejen la inmensa corrupcion de aquella edad. Todos reconocen que Virgilio es un altísimo poeta, pero nadie le justificará de haber escrito la égloga II, ni querrá hallar en ella algun misterio profético y religioso como en la IV.

En nuestro sentir, hay un error histórico muy trascendental, del cual proviene la alucinacion del Sr. Cañete. Consiste este error en la importancia que se da hoy á la mal hecha division de todo el arte, en cristiano y pagano, en ortodoxo y heterodoxo. Si pudieran marcarse con toda su pureza estos dos artes distintos, si la religion católica influyera directa y constante y hasta únicamente en la creacion del uno, purificándole, y las falsas religiones ó el racionalismo influyesen del mismo modo en la creacion del otro, pervirtiéndole más y más, es evidente que todo lo que fuese arte cristiano sería más bello, más sublime que lo que fuese arte pagano, y que toda comedia *á lo divino* valdria más, poética, moral y religiosamente, que las comedias *á lo humano*, por buenas que fueran. Por desgracia, no se puede hacer esta distincion,

y todos los raciocinios que sobre ella se funden están mal fundados.

Es innegable que la poesía, así como el teatro, que es una clase ó género de poesía, tuvo en un principio cierto carácter sacerdotal y sagrado entre los pueblos primitivos. La poesía de la India, cuyos más antiguos cantos se guardan en los Vedas, y la de Grecia, aunque de ella no conservemos ningun monumento ante-homérico con verdadera autenticidad, se puede suponer que fueron religiosas en su orígen. Los poetas anteriores á Homero, venidos de Tracia y de Tesalia, introdujeron en las otras regiones de Grecia el culto de ciertas divinidades que llamaban musas, pronunciaron oráculos, porque eran adivinos y sacerdotes á par que poetas, y concurrieron poderosamente á formar todo el sistema religioso, la teogonía, los misterios divinos y la moral de aquel pueblo, que no tuvo revelacion sobrenatural como los judíos, y despues los cristianos. Se puede decir, por consiguiente, que los poetas fueron los profetas, los apóstoles, los legisladores y los civilizadores del pueblo griego. Zeethos y Anfion, inventores de la música, son como dos grandes santos de la religion pagana. En Mantó, en Fimonoe y en las diez Sibilas, la religion y el arte poética están tambien mezcladas. Museo, Orfeo, Eumolpo y Lino son asimismo personas casi celestiales, maes-

tros y directores de los héroes y lumbreras de la humanidad.

Es evidente que este despertar de la civilizacion entre los griegos no puede equipararse al renacimiento de la civilizacion en la moderna Europa. En la Edad Media, época bárbara con relacion á la época en que apareció y se divulgó el cristianismo, y época al mismo tiempo iluminada por esta santa religion, no podian los poetas religiosos tener la autoridad que tuvieron en las antiguas edades. Gracias á que no pervirtiesen la moral y desfigurasen la religion de una manera indigna. Menester fué todo el ingenio de Dante para producir un poema religioso que no desmereciese de la elevada y divina ciencia sobre la cual pretendia estar fundado.

La diferencia entre el orígen de la poesía moderna y el de la antigua está patente. En lo antiguo nació del Santuario; estaba confundida con el Santuario en su orígen; la poesía y la religion eran una misma cosa, aunque más tarde se separáran.

En los siglos medios acontece lo contrario; si no la poesía, porque la poesía en su acepcion más lata, es inseparable de la religion verdadera, el arte de la poesía, y en particular el del teatro, entraron en el Santuario, despues de no corta y tenaz resistencia, porque venian á él como un resabio del paganismo.

San Gregorio Nacianceno, San Basilio el Magno, San Apolinar de Laodicea compusieron tragedias; y algunos historiadores, incluso el Sr. Schack, citado á menudo por el Sr. Cañete, se empeñan en ver en la liturgia, en las funciones de iglesia, en los coros alternados y en los diálogos entre el sacerdote y el acólito durante la misa, cierto gérmen de las futuras representaciones teatrales, como si pretendiesen equiparar con las Dionisiacas estas sagradas ceremonias. Nosotros, empero, no podemos conformarnos con semejante opinion. Todo lo que es diálogo, pompa, coro alternado, representacion, en suma, no se sigue que sea comedia, ó tragedia, ó funcion de teatro, y áun nos parece algo irreverente buscar tales semejanzas, llevados del afan de hacer que hasta el teatro nazca de la Iglesia. La Iglesia, por el contrario, desde sus primeros tiempos hasta nuestros dias, desde Tertuliano hasta el abate Bautain, ha reprobado altamente las representaciones escénicas. El que se canonicen en cierto modo, haciéndolas *á lo divino,* no las ha salvado del anatema de los más severos doctores, Pontífices y Santos Padres; ántes bien las ha hecho más odiosas, como si á la inmoralidad uniesen de esta suerte la profanacion y el sacrilegio. Cuando á San Agustin le dijeron que el teatro se habia hecho cristiano y que podia aceptarle, se limitó á replicar: *¿Con que el*

*diablo se ha hecho cristiano?* El gran Papa Inocencio III condenó y prohibió las representaciones que se hacian en las iglesias, porque *in conspectu populi decus faciunt clericale vilescere.* Mariana recuerda con horror aquel caso del comediante que hacía de Cristo, y que estaba amancebado con la comedianta que hacía de Magdalena. Sería cuento de nunca acabar el ir citando sentencias de no menor peso contrarias al teatro y á las comedias *á lo divino.* No es sólo el calvinista Sismondi quien las ha condenado.

Para formar un juicio imparcial sobre las comedias *á lo divino* del siglo XVII, importa, en nuestro sentir, tener una idea ménos elevada del teatro. El teatro, sobre todo en los tiempos cristianos, no es una escuela de moral y de religion, como suponen algunos; no es una pública academia de virtudes, que anda en competencia con el púlpito. El teatro es una diversion que fácilmente degenera en voluptuosa ó provocante á los vicios, y que ya nos podemos contentar con que se mantenga dentro de los límites de la moralidad y del decoro.

En cuanto á su orígen, el teatro es pagano y no cristiano; y por su naturaleza, el teatro, más que ninguna otra creacion literaria, tiene que ceder á las preocupaciones del vulgo para quien el poeta escribe y cuyas pasiones halaga, aparentando y quizás creyendo que le corrige y le perfec-

ciona. El teatro suele ser, y tiene que ser casi siempre, no el dechado, sino el espejo de la sociedad de una época y de una nacion. El grande ingenio de los autores dramáticos suele limitarse á comprender esa sociedad y á pintarla, ora en ridículo, ora por manera ideal y encumbrada, sublimando y hermoseando sus defectos, sus preocupaciones, y hasta sus perversos y depravados instintos; así es que, por lo comun, la moral ó la religion no sirve sino de pretexto para sancionar ó justificar luégo estas cosas, mezclándose con ellas por medio de atrevimientos extraños.

La sociedad española del siglo XVII era una sociedad profundamente corrompida y fanática á la par, y estos dos elementos, casi siempre juntos en la sociedad, pasaron tambien unidos á las representaciones teatrales. Por esto el Sr. Schack, que se maravilla del ingenio de nuestros poetas, y que no puedo ménos de ensalzarlos, censura harto claramente el pensamiento y la tendencia de sus comedias espirituales, y lamenta que, cuando el teatro habia llegado entre nosotros al más alto punto de perfeccion, se atreviesen nuestros autores á presentar en las comedias espirituales *las indecencias más groseras, pintadas con la mayor crudeza de colorido, justificándolo todo con que en el desenlace triunfe la fe y los pecadores se arrepientan y se salven.*

Cuenta que no es esto decir que no salve el arrepentimiento, ni poner límites á la infinita bondad de Dios, ni dudar de que su misericordia es bastante á limpiar nuestra alma de los más espantosos crímenes, y á salvarla y á llevársela á gozar de la gloria eterna. Esto es decir sólo que los tales argumentos suelen ser inmoralísimos en el teatro, mucho más inmorales que el de *La Dama de las Camelias;* y que la persistencia de los autores dramáticos del siglo XVII en traerlos á las tablas, y el aplauso con que el público los recibia, muestran la corrupcion de entónces, superior á la de ahora; así como el placer con que se presenciaban, aunque fingidos, el asesinato, el robo, el incesto y las mayores infamias; y la facilidad con que al parecer se alcanzaba el perdon de Dios despues de tantas iniquidades, y se iba el pecador al cielo, con tal de que tuviese devocion á la cruz y se arrepintiera.

Crea el Sr. Cañete que el Sr. Schack, á cuyo testimonio apela várias veces, no aprueba como él, sino que reprueba como nosotros, esa tendencia del teatro místico español, impregnados de un peligroso molinosismo. El mundo es un abreviado infierno, la carne es flaca y ademas está corrompida y dada á todos los diablos: no hay, pues, sino dejarla ir y no cuidarse de ella, como cosa perdida, que ya Dios querrá venir en nues-

tra ayuda en la hora de la muerte. Esta suele ser la doctrina moral de nuestros dramas religiosos. Casi todos son, por lo tanto, moralmente malos, aunque literariamente haya entre ellos algunas obras maravillosas de poesía. ¿En qué se opone lo uno á lo otro? El poema de Lucrecio encierra páginas bellisimas, y no se dirá que es moralmente bueno. El *Cándido*, de Voltaire, es una joya literaria, y moral y religiosamente considerado es una abominacion.

Mucho nos queda aún que decir sobre este asunto importantísimo. El discurso del Sr. Cañete está escrito con singular habilidad y discrecion, y merece ser refutado con todo esmero, separando lo que en nuestro sentir hay en él de falsedad y de verdad, y aceptando lo último cuando lo primero se rechace. Debemos tambien elevarnos, si esto nos es posible, á ciertas trascendentales consideraciones que no puede ménos de sugerir el asunto en que nos hemos empeñado.

## II.

Si quisiéramos esforzar más nuestro argumento y demostrar con mayor claridad que las representaciones teatrales tienen más de orígen pagano

que de orígen católico, y que la Iglesia, léjos de favorecerlas, no siempre las toleró, sino que las condenó muchas veces, nos sería fácil lucir erudicion de segunda mano, y acumular cita sobre cita, tomándolas del *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, de Pellicer; de las *Conversaciones de Lauriso Tragiense, pastor árcade, sobre los vicios y defectos del teatro moderno*, etc.; de la introduccion misma á la historia de nuestro teatro, de Schak, en la cual explica este autor con mucho juicio y saber *el orígen del drama en la moderna Europa;* y de otras obras no ménos conocidas y divulgadas, á las cuales remitimos á los lectores curiosos. Para no pecar de prolijos, bástenos repetir por ahora que el teatro no pudo purificarse jamas de los resabios paganos, y que nunca ha sido más moral, más decente y más circunspecto que en el dia. Es injusto, es apasionado lo que dice el Sr. Cañete de la inmoralidad é infamia del teatro de ahora, relativamente al de otros siglos. ¿En qué siglo hubo mayor moralidad en el teatro? ¿Fué quizás cuando en la córte de Leon X y en presencia de este pontífice, se representaban las comedias de Machiavelli? ¿Fué quizás en la anárquica Edad Media, cuando los concilios y los Papas condenaban á los mismos histriones y juglares, *per debachationes obscœnas*

*gesticulationum suarum?* Cuando reyes, princesas y canónigos escribian tan indecentes novelas, como las de Boccacio, Luis XI y la reina de Navarra, ¿cree el Sr. Cañete que el teatro sería más honesto y delicado? ¿Lo sería en el imperio de Oriente, donde, siendo muy cristianos y muy devotos, se divertian los griegos en ver desnuda sobre las tablas á Teodora, la que despues fué emperatriz y mujer de Justiniano, hacer cosas que en ninguna lengua viva pueden referirse, y que Gibbon mismo deja veladas en la oscuridad de la lengua griega, sin atreverse á traducir el lascivo y desvergonzado pasaje de Procopio? ¿Qué *Manon Lescaut*, qué *Marion de Lorme*, ni qué *Dama de las Camelias* equivale, en las historias ó dramas fingidos, al drama verdadero de esta mujer, que fué emperatriz despues de hacer tales cosas? Crea el Sr. Cañete que en todos los siglos, en todas las edades y en todos los países podemos hallar un fango más inmundo que *el fango en que nace y se revuelca el drama realista francés, apoteósis de toda prostitucion.*

El mismo Sr. Cañete reconoce en varios lugares de su discurso las *depravadas costumbres* que hubo en España en épocas anteriores á la presente. ¿Cómo, pues, no habia de trascender esa depravacion á la literatura dramática y reflejarse en ella? En los mismos versos que de nuestros pri-

meros dramáticos cita el Sr. Cañete, se descubren á cada paso las huellas de esas costumbres depravadas. ¿Quién, por ejemplo, disculparia hoy á un malhechor y á un amancebado, asegurando que habia cometido estas faltas para que *su nombre no perdiese*, como si se tuviera por sandio y para poco al que no las cometia? ¿Qué poeta, tratando del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, habia de introducir hoy, en su poema, chiste tan grosero como el de hacer decir á un marido que no estaba seguro de si su hijo era suyo ó del cura? Sería cuento de nunca acabar el ir trayendo ejemplos por el estilo, y así nos limitarémos á poner aquí uno de Gil Vicente, en que lo divino y lo humano se mezclan de una manera por demas escandalosa, aunque no se ha de negar que con muchísima gracia, pues al cabo Gil Vicente era un poeta egregio.

Un clérigo se confiesa á otro, y dice:

Padre, digo á Dios mi culpa
Que amo á una doncella,
Tan graciosa y tan bella,
Que su gracia me disculpa
Aunque me muero por ella.

La muchacha querida desdeña aún al clérigo, y él está fuera de sí. El confesor, en vez de decirle que se arrepienta y no ame á las muchachas,

le aconseja que persista y no se queje, que no se ganó Zamora en una hora, que él está tambien enamorado de otra moza muy arisca, y que no por eso pierde la esperanza.

Vos pensaréis que amores
Son como buñuelos entiendo;
No más que friendo y comiendo;
Pues no se cogen las flores
Sino espinas sufriendo.

No contento el confesor con dar tan sabios consejos, quita á su hijo espiritual todos los escrúpulos de conciencia que tenía; le dice que no merece penitencia por ser enamorado, y que los que no lo son, sí la merecen; que Dios mismo nos manda amar á la mujer y abandonarlo todo por ella; y que esto no debe entenderse de la mujer propia, sino de cualquiera otra mujer que nos parezca bien, porque, cuando Dios lo mandó, Eva aún no estaba casada. Sin embargo, el confesor, que era hombre de buen gusto, hace en este caso una distincion muy importante, afirmando que, si bien Dios nos manda hacer todos estos extremos por la mujer,

Entiéndese por la hermosa,
Y no por cualquier tiñosa.

Hecha la distincion, el padre de almas absuelve al penitente, exclamando:

Sobre vos pongo la mano,
Como dice el Evangelio:
Haced cuenta que sois sano.

Pero dejemos ya los orígenes de nuestro teatro, y pasemos á la época de su mayor auge y perfeccion: al siglo XVII.

«Dos son las principales causas, dice el Sr. Cañete, de la falta de imparcialidad con que críticos y preceptistas han juzgado en absoluto el drama español, y muy particularmente el místico y religioso. Una, su índole popular, contraria á los cánones de la antigüedad clásica dominantes en la escuela de que ellos salian, y el demasiado apego al principio de imitacion, para quien sólo era dable realizar bellezas siguiendo las huellas de Grecia y Roma. Otra, cierto espíritu filosófico adverso al catolicismo, que en el siglo pasado se infiltró, digámoslo así, hasta en muchos escritores católicos, y para el cual la belleza de nuestros dramas religiosos es una belleza salvaje tocada de un fanatismo brutal.»

Sobre la primera causa convenimos casi con el señor Cañete, aunque nos importa hacer algunas aclaraciones. La poética pseudo-clásica del siglo

pasado, es indudable que, encerrada en sus mezquinas reglas, basadas sólo en el empirismo y en el sentido comun, y sin elevarse á ninguna alta idea filosófica que determinase la condicion esencial del arte, era incapaz de comprender la maravillosa hermosura de nuestro teatro del siglo XVII; pero ese empirismo y ese sentido comun de las reglas, si de nada servian para hacer la crítica positiva, si no daban luz para descubrir la sublime inspiracion de nuestros grandes autores, eran bastantes á poner en claro todas las faltas, todos los errores, todos los lunares que la corrupcion del buen gusto y de las costumbres habia puesto en sus obras.

Así es que la mayor parte de las censuras, por acerbas que sean, hechas por los clásicos galicistas contra nuestro teatro, quedan en pié y son incontrastables, á pesar de los esfuerzos de los estéticos del dia. Lo que éstos pueden hacer y hacen es mostrar la belleza pasmosa en que abunda nuestro antiguo teatro, belleza que no acertaban á ver los preceptistas á la Moratin, y que compensa con usura los defectos más enormes. Por cierto que ninguno de esos preceptistas notó jamas en Calderon «aquella inspiracion santa que reunia, segun dice Schack, todos los objetos visibles de este mundo, los más grandes y los más pequeños, los animados y los inanimados, los próximos y los remotos, y viendo y celebrando en

la Naturaleza el trasunto y la sombra de un espíritu más alto, formaba de todo un ramillete de flores, en cuyas perlas de rocío se reflejaba, como en un espejo, la eterna hermosura de lo que está más allá.» Pero, los defectos notados por los preceptistas ¿los niega Schack? No; ántes conviene en ellos, á pesar de todo su entusiasmo. Y lo más singular es, que los defectos suelen ser tales, á veces, que ponen en contradiccion y se diria que pugnan por destruir las casi simultáneas alabanzas. Poco despues de pintarnos Schack á Calderon como á un poeta que lo comprende todo, que encierra en sus dramas el universo visible y el invible, añade que sus personajes y el movimiento escénico de sus comedias se resentian no pocas veces de la etiqueta de la córte, «y en vez de una representacion comprensiva de la humanidad en su variedad infinita, el poeta nos daba *á menudo* sólo la pintura de *una pequeñísima* parte de ella, á saber: de las personas entre quienes vivía y para quienes escribia.» Tenemos, pues, que el mismo poeta que, en un párrafo, comprende en su poesía á toda la creacion y al Creador ademas, aunque sólo en reflejo, en otro párrafo no comprende *á menudo* sino á las damas y galanes de la córte del Buen Retiro, con sus discreteos y con su estilo archiculto. De este estilo no deja tampoco de hacer el Sr. Schack una censura tan severa como

la que hacía Moratin, citándonos algunos de los *trios* que sirvieron de modelo al famoso de *El Gran Cerco de Viena.*

Pero la crítica novísima, más profunda que la del siglo pasado, no ha encontrado sólo bellezas en Calderon ; tambien ha encontrado faltas que no se notaban ó que se disimulaban en otro tiempo. La fama de originalidad y la portentosa apoteósis que hicieron de Calderon los Schlegel, han decaido mucho en Alemania cuando se han conocido y estudiado allí nuestros otros dramáticos. El Sr. Schack hace prodigios de ingenio para demostrar que es casi un mérito el haber tomado muchísimo de otros poetas; pero, á pesar de toda la elocuencia del Sr. Schack, nosotros no nos convencemos. Calderon habrá mejorado infinito, habrá llevado al último extremo de perfeccion las obras de que se ha servido; pero, ¿no sería más glorioso para él que fuesen completamente suyas las referidas obras? Segun el Sr. Schack, Calderon tomó *La Dama duende* de otra comedia antigua, y su *Encanto sin encanto*, de *Amar por señas*, de Tirso; en *La Devocion de la cruz* se descubre, en el todo de la accion y en muchas singularidades, que es una imitacion de *El Esclavo del demonio*, de Mira de Mescua; en *El Mágico prodigioso* hay muchas reminiscencias y copias de *El Ermitaño galan*, del último autor citado;

en *El Mayor Monstruo los celos* hay mucho tomado de *La Prudencia en la mujer* y de *La Vida de Heródes*, de Tirso; la idea de *El Secreto á voces* parece del mismo Tirso en *Amar por arte mayor;* y hay muchas analogías entre *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y *La Rueda de la fortuna*, de Mescua, y entre *Los Cabellos de Absalon* y *La Venganza de Tamar*, de Tirso; *Peor está que estaba* es, por último, escena por escena, de otra comedia de Luis Álvarez. Estas y otras observaciones prueban al ménos que Calderon repetia, mejorándolos quizás, los argumentos, los caractéres y hasta las situaciones de otros dramas.

El Sr. Schack trata á Calderon con amor y quiere explicar y hasta canonizar sus defectos, mas no por eso deja de mostrarlos. Uno, gravísimo en nuestro sentir, y que no nos atrevemos á achacar á nuestro poeta tan resueltamente como se le atribuye el crítico aleman, es la falta de caractéres, la ausencia de personas vivas en sus dramas. Calderon, segun el Sr. Schack, procura personificar ciertas pasiones, ciertos *poderes espirituales*, de donde resulta que la *individualidad* de sus héroes desaparece, y que suelen ser meras alegorías. Tambien supone el Sr. Schack que las ideas ó nociones de la *fe*, del *amor*, del *honor* y de la *lealtad*, tales como las entendian los españoles del tiempo de Cárlos II el Hechizado, estaban siem-

pre con *incansable predileccion* en las obras de nuestro poeta, haciéndolas como el eco unas de otras y prestándoles cierta monotonía muy distante de la infinita variedad de las comedias de Lope. Confiesa asimismo el Sr. Schack que Calderon, á pesar de aquella santa inspiracion que lo abarcaba todo, carecia de sentido histórico, no comprendia sino las cosas de su época; y confiesa y se lamenta, en fin, de que cansan á veces las finuras, los perennes discreteos y las pomposas, simétricas y poco naturales expresiones de los galanes y de las damas, lo cual sólo se interrumpe con los chistes de los graciosos, que no lo son tanto en Calderon como en Tirso de Molina y en otros poetas dramáticos de segundo y de tercer órden.

No es, empero, nuestro propósito rebajar el mérito verdadero de Calderon ni de ninguno de nuestros antiguos dramáticos. Somos tan entusiastas de ellos como el Sr. Cañete; nos parece, como á él, una lástima y una vergüenza que la traduccion *inédita* de la obra de Schack, debida al ilustrado escritor D. Eduardo Mier, no esté publicada por falta de editor; y creemos asimismo que nuestro teatro antiguo, religioso y no religioso, debe ser estudiado con detencion y juzgado en España con arreglo á la más filosófica, íntima y levantada crítica moderna.

En todo esto convenimos con el Sr. Cañete. En lo que no convenimos es en la limpieza y ortodoxa hermosura de nuestras comedias místicas, que sólo puede negar un espíritu anticatólico; lo que no vemos es *el resplandor de esas santas virtudes* que ve ó se complace en ver el Sr. Cañete. Nosotros, por el contrario, descubrimos en el siglo XVII, y en nuestro país, una profunda perversion de la moral cristiana, que iba á reflejarse en la literatura dramática y que lucia más aún en lo místico, empañando y afeando la fe de nuestros mayores y convirtiéndola en supersticion y fanatismo, exagerando á veces los sentimientos más nobles y trocándolos en vicios y manías feroces, ó extravagantes al ménos. ¿Quién ha de negar que entónces habia tambien virtudes y nobleza de alma, y que se reflejaban en la literatura, como las hay y se reflejan ahora? Pero lo cierto es que la corrupcion, y la perversion y los vicios eran entónces mucho mayores, y, teniéndose ménos conciencia de ellos, se confundian más fácilmente con las virtudes.

La idea del honor llevada hasta la ferocidad, no sólo ocasionaba duelos y pendencias, *cara á cara y con razon*, sino venganzas traidoras y abominables asesinatos; la idea de la lealtad y del respeto á los reyes llevada al último extremo, engendraba un servilismo monstruoso; hacía de la

voluntad del rey la medida de lo justo y de lo injusto, é impulsaba á un caballero á matar á su hermano porque el rey se lo mandaba, y al poeta á celebrar como hazaña heróica semejante barbarie; la idea del amor á la mujer acababa por perderse en los tíquis-míquis escolásticos y en los conceptos y formas silogísticas, y ya en las comedias de nuestro gran dramático, en las comedias de Calderon, apénas se descubre un asomo de ternura; la idea, por último, de la fe se convertia en una atroz enemistad contra judíos, herejes y gentiles y en un deseo vehemente de matarlos ó de quemarlos vivos.

Entre tanto, otros vicios que no podian sentar plaza de virtudes, se miraban entónces con la más singular indulgencia. La estafa, el hurto y la falsía pasan por una travesura ingeniosa en *La Villana de Vallecas*, donde un caballero muy principal roba á otro maleta, joyas, dinero y nombre, sin que el poeta lo repruebe ni el caballero pierda el honor, en otros puntos tan vidrioso; los más de los galanes de las comedias andan siempre por los garitos, y á menudo suelen llamarse fulleros; las hermanas se pelean, se maltratan y se aborrecen de todo corazon, y las hijas se burlan del padre, que suele ser un vejete ridículo. Esto, en lo cómico.

En lo trágico, sueñan los poetas, los autores de

comedias y los novelistas de entónces, crímenes casi inverosímiles de puro repugnantes y bestiales, y los refieren como cosa corriente, usual y diaria. Doña María de Zayas y Sotomayor cuenta en una de sus novelas que una de sus heroínas va á parir á un corralon para dejar allí el niño y que se le coman los cerdos, y que otra está amancebada con un negro feísimo, á quien consume y mata con su lascivia, y todo esto y más lo cuenta de bromas y sin *hacerse cruces*. En el *Quijote* de Avellaneda hay una historia de un señor flamenco que trae de huésped á su casa á uu caballero español. La mujer del anfitrion acababa de parir, pero estaba muy hermosa en el lecho; el español la ve, se apasiona de ella y aquella noche la viola. ¿Á qué autor se le ocurriria en nuestro siglo bestialidad tan asquerosa y estupenda? No es ménos bestial el cuento de la monja que últimamente ha puesto en verso Zorrilla, poetizándole y suavizándole y haciéndole posible en esta edad más púdica, más decente y más honrada; pero en el cuento original la monja se huye con el galan, muy segura y sabedora de lo que hacía, y, con pleno conocimiento del pecado, hurta, si no recordamos mal, algunas alhajas del convento; vive en francachelas y en orgías con su amante; gastan todo el dinero que llevaban, y la monja se prostituye á toda la ciudad de Lisboa para

mantenerse ella con lujo y mantener los vicios de su amante, convertido en rufian inmundo. La Vírgen, entre tanto, toma la forma de aquella desvergonzada y hace su papel en el convento, á fin de que no la echen de ménos. ¡Imposible parece que estas abominaciones sean tenidas por algunos como hijas del verdadero espíritu católico, como inspiraciones santas, como fantasías, éxtasis y divinos ensueños con que la musa cristiana regala á sus bienaventurados favoritos!

## III.

Sería prolijo hacer aquí una pintura de la córte de Felipe IV y de Cárlos II y demostrar la mayor inmoralidad de entónces. Las historias, las relaciones de aquella época y toda clase de documentos nos dan claro testimonio de ella. Esta inmoralidad se retrata de una manera vivísima en la literatura, segun hemos probado ya con algunos ejemplos. El mismo Schack, á quien así como el Sr. Cañete, hemos de seguir citando á menudo, conviene con nosotros. Hablando este autor de la licencia de Tirso, dice expresamente que en nada difiere más el siglo XVII de nuestro siglo que en punto á moralidad.

« Es indudable — añade — que los contemporáneos del poeta jamas se escandalizaron de sus obras; el autor mismo pertenecia á una órden monástica muy estrecha; para todas las obras que se daban á la estampa habia una severa censura, siempre ejercida por sacerdotes, y nosotros leemos con *asombro* en un permiso que va al frente de las obras de Tirso de Molina, *que en ellas nada se contiene que ofenda á las buenas costumbres y que no sirva de excelente ejemplo para la juventud.* »

Lope fué quizás más libre aún que Tirso, y no se espantaba de sacar á la escena y de pintar, con los más fuertes colores, vicios atroces é infames: en *La Reina Juana de Nápoles* nos describe toda la crueldad y toda la lujuria posibles en la más desenfrenada mujer; en *El Anzuelo de Fenisa* y en *El Arenal de Sevilla*, figuran las cortesanas como heroínas, y tratadas con bastante ménos severidad que en los modernos dramas franceses de Augier, Feuillet y Dumas; en *El Rufian Castrucho* y en *El Caballero de Olmedo* se retratan con la mayor verdad las Celestinas; y el adulterio y el incesto dan asunto tambien á algunos dramas de Lope. La opinion de este poeta sobre la córte, expresada por él en una carta particular, viene en favor de nuestro aserto. Lope la llama *Océano de perdidos y desvanecidos*, lleno de *rameras*,

*hambres, hidalguías, poder absoluto y sin p disoluto y otras sabandijas.*

Con tal público, con tal opinion del público, y creyéndole ademas necio, *el vulgo es necio*, etc., no es extraño que los poetas se atreviesen á todo. Calderon llegó á poner en escena un hijo que abofetea á su padre. Si álguien se ofendia á veces, no era por virtud, sino por orgullo, como cuando silbaron una comedia de Rojas, porque puso en ella á un *caballero* que, casándose, halló violada de otro amor á su mujer, ó cuando quizás le dieron muerte alevosa porque satirizó en otra comedia á unos caballeros.

Pero hablemos ya del drama religioso, que, segun el Sr. Cañete, produjo obras maestras del más esmerado artificio; obras que desplegan *á la vista, áun del más abatido y lacerado, horizontes de esperanza y de consuelo.* Schack dice: «Muchas de las vidas de santos puestas en escena carecen de unidad de accion, y muestran en su rudeza una abigarrada confusion de todo linaje de elementos, de lo religioso y de lo profano, de lo literal y de lo alegórico, de lo grave y de lo burlesco, hasta el último punto. Allí hay sutilezas teológicas y discusiones escolásticas al lado de profanas escenas de amor; allí salen á las tablas el Niño Jesus y la Vírgen María, y ángeles y diablos, y santos y figuras simbólicas, mezclados

con reyes, estudiantes y graciosos, que incurren en mil anacronismos é impropiedades. Se diria que todo lo inverosímil y todo lo incongruente se salva y perdona con la fe. Pero lo que más se extraña es el grosero materialismo con que se entiende la religion y se trata de ella en estos dramas. La trascendencia de lo *suprasensible* es en ellos completamente aniquilada, y sólo queda la exterior apariencia. Estos dramas están llenos de visiones y milagrerías desde el principio hasta el fin; pero en balde se busca en ellos verdadera piedad, elevacion del alma y profundidad en la pintura de las cosas espirituales.»

Esto dice el Sr. Schack ántes de examinar una por una las principales comedias *divinas* de Lope de Vega, á quien llama *divino* en las comedias profanas, y á quien tacha mil veces de desatinado y de absurdo en las *divinas*.

*El Cardenal de Belen* es una monstruosidad, donde figuran y salen á desvariar San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno, San Dámaso, San Agustin, el Emperador Juliano el Apóstata, los tres Reyes Magos, el Arcángel San Rafael, el diablo, un leon, un burro, y España y Roma y el mundo entero personificados.

*San Nicolas de Tolentino* es áun más desatinada comedia. El Padre Eterno aparece allí, sentado en su tribunal, en conversacion con la Justicia

y la Misericordia; un hermanuco persigue graciosamente al diablo que sale acompañado de leones, serpientes y otras bestias; y el santo baja del cielo, entra en el purgatorio como en su casa, y se lleva las almas de sus padres. Combinadas con todo esto, hay escenas de soldados é intrigas de amor nada edificantes.

*El animal profeta* es más parecido á un cuento de *Las Mil y una noches* que á la vida de un santo. Una cierva profetiza á Julian que dará muerte á sus padres, y la profecía se cumple con un fatalismo más ciego que el pagano. Julian hace despues penitencia de este crímen involuntario, y de otros que no lo son, y probablemente se va al cielo.

En *La Fianza satisfecha* es menester confesar que las extravagancias, segun las propias palabras de Schack, citadas por el Sr. Cañete, «están compensadas con rasgos de la más atrevida poesía, y debemos rendir homenaje al genio del poeta hasta en sus propios extravíos.»

En *El Niño inocente de la Guardia* tampoco negarémos que hay verdadera hermosura y cierta inspiracion religiosa; pero, como dice Schack, este drama «hace una impresion penosa, merced al fanático aborrecimiento que respira en cada uno de sus versos contra los que pertenecen á otra religion.»

Mira de Méscua es más extravagante aún que Lope en sus comedias divinas, y como carece de las altas calidades que el Fénix de los Ingenios poseia, no es posible perdonarle los sacrilegios é indecorosos desatinos de *El Ermitaño galan*, de *El Esclavo del demonio*, de *El Negro del mejor amo* y de otras creaciones por el estilo, en que los misterios de nuestra santa religion hacen las veces de mitología y de tramoya en farsas para divertir al vulgo ignorante. Mira de Mescua estaba, sin embargo, dotado de una fecunda inventiva, y prestó en estas comedias argumentos y situaciones que, tratados más tarde y con más arte por Calderon, Tirso y Moreto, dieron orígen á las mejores comedias á lo divino de que el teatro español puede gloriarse.

Como en este artículo no nos es posible extendernos cuanto el asunto requiere, sino pasar muy ligeramente sobre todo, nos vemos obligados á menudo á apuntar opiniones é ideas, que tal vez sería conveniente desenvolver y aclarar; pero ya llegará ocasion en que podamos hacerlo, sobre todo si, como es de desear, adquiere la Direccion de Instruccion pública la obra de Schack traducida, y la da á la estampa, como un monumento elevado á las glorias españolas. Para entónces prometemos hacer un análisis detenido del trabajo del sabio aleman, comparar sus opiniones con

las de los críticos españoles y con las de otros críticos alemanes, como Schmidt y ambos Schlegel, y dar tambien la nuestra, procurando, por lo mismo que es tan humilde, autorizarla y realzarla con razones.

Siguiendo ahora en nuestras ligeras observaciones al discurso del Sr. Cañete, que si bien es obra de un sujeto muy entendido, todavía peca, y no puede ménos de pecar, merced á su índole y á su indispensable concision, de no hacer, como nuestro artículo, sino apuntar ideas sin desenvolverlas ni explicarlas cuanto conviene, dirémos que Tirso de Molina es, en nuestro sentir, el más gran poeta dramático que ha habido en España despues de Lope de Vega. Este último es creador, y Tirso discípulo é imitador suyo; pero Tirso perfecciona y hermosea y pule lo que el primero inventa. Tirso, pues, poniendo á un lado á Lope, es más cómico, más trágico, más conocedor del corazon humano, más chistoso, más profundo, más inventor de caractéres y de enredos, más religioso en lo divino, más elevado y sabio en lo histórico, más poeta, en suma, que Calderon, que Rojas y que Moreto. Difícilmente podrá presentar ninguna literatura extranjera, salvo Shakespeare, nada que deba ni remotamente compararse con Tirso de Molina.

*Palabras y plumas*, *Quien calla otorga*, *La Ce-*

*losa de sí misma*, *Amar por señas* y *El Vergonzoso en palacio*, no tienen rivales fuera de España, sino en *Mucho ruido para nada* y en alguna otra comedia del gran dramático inglés; y *Marta la piadosa* vale más que las imitaciones frias de Molière y de Moratin. Pero, como Schack dice muy bien, lo que pasma verdaderamente es ver el ingenio de nuestro poeta, que en las susodichas comedias parece «una mariposa que revolotea entre las flores, levantarse hasta las nubes, semejante á un águila; al ameno y burlon Tirso trasformarse en el cantor de los héroes y celebrar con tono inspirado las altas hazañas del noble pueblo español, y su estilo burlon adquirir la más enérgica fuerza con el impulso de los pensamientos sublimes. Algunas de sus obras de este género pueden ser consideradas como epopeyas dramáticas.» *La Prudencia en la mujer*, *Las Hazañas de los Pizarros*, *Escarmientos para el cuerdo* y otros dramas históricos merecen las mayores alabanzas del crítico tantas veces citado. Pero, ¿cree el Sr. Cañete que se aprueban por esto la inmoralidad y las malas tendencias religiosas de dichos dramas? *La Venganza de Tamar* es, segun Schack, un drama magistral, un drama donde la musa trágica española se ha elevado á la mayor altura, donde los caractéres son admirables, y donde lo terrible y lo patético llegan á lo sumo

de la poesía; pero es un drama que nadie sufriria hoy en la escena sin horror y sin repugnancia.

En los dramas verdaderamente *á lo divino* de este gran poeta se notan la misma licencia y mayor perversion y relajacion de costumbres. Hasta los títulos encierran á veces peligrosísimas sentencias que pueden corromper á la juventud, como, por ejemplo, *Quien no cae no se levanta.* Se diria al leer este título que importa cometer las mismas ó semejantes maldades que las de la heroína Margarita, para que Dios preste á quien las cometa más especial favor, haga muchos milagros para separarle del mal camino, y casi á pesar suyo se lo lleve al cielo. El asunto de *La Condesa bandolera* da motivo á las mismas reflexiones. Esta señora condesa hace las mayores insolencias y comete los más atroces delitos hasta que un ángel la convierte por medio de un milagro.

No así, por fortuna, *El Condenado por desconfiado.* Nada quisiéramos decir en elogio de este drama, porque es poco todo lo que se diga para encarecer su mérito poético, y porque despues del exámen crítico que hizo de él el Sr. Duran, es difícil añadir algo ni bueno ni nuevo. Lo único que dirémos y confesarémos es que, á pesar de lo peligroso del asunto y de lo atrevido de las escenas y de los caractéres, este drama está escrito con tanto saber y conciencia, que casi no ofenden

los vicios espantosos que en él se pintan, y se comprende el que se salve Enrico y el ermitaño se condene. Este último es un egoista desconfiado que hace penitencia movido de un interes y de un deseo de salvacion eterna, lleno de monstruoso amor propio y falto de amor de Dios y de santa y verdadera caridad. Enrico, miéntras tanto, tiene un noble corazon en medio de sus grandes maldades, y algunas virtudes en medio de sus mayores vicios. La idea de Víctor Hugo en *Lucrecia de Borgia* y en *El Rey se divierte* parece tomada de este drama. Triboulet, el bufon, y la envenenadora Duquesa de Ferrara se ganan nuestras simpatías por el amor que tienen á sus hijos, amor que hasta cierto punto nos hace perdonar los otros crímenes. Pero aunque Dios los perdone tambien, porque es infinita su misericordia, la sociedad, la *vindicta pública*, permítasenos emplear esta palabra, no puede dejarlos impunes. Se resiste á las ideas modernas, más sociales, ménos anárquicas que las ideas que reinaban en España en el siglo XVII, el que álguien se sobreponga á la sociedad y quede libre de castigo por severa que sea su penitencia. Así como la sociedad castiga, una vez conocido el delito, así tiene que castigar tambien el poeta á sus héroes malvados, con un castigo independiente de la voluntad de quien le recibe. La muerte ejemplar de

Enrico en un patíbulo afrentoso es, por consiguiente, ejemplar, y más ejemplar y más patética, si se atiende á que se vuelve á Dios, no por milagros ni signos exteriores, sino por efecto de la propia virtud que áun conservaba en el alma, por su amor filial y por la ternura que las lágrimas de su anciano padre infunden en su pecho.

En moralidad, pues, así como tambien en mérito poético, sobrepuja *El Condenado por desconfiado* á las obras modernas que hemos citado ántes, en las cuales hay un castigo providencial, por donde el sentimiento de la justicia queda satisfecho; pero falta el arrepentimiento y el perdon divino que satisfacen ademas al sentimiento religioso, la idea que nos hace considerar el mal como un accidente que ha de resolverse en el bien, término y fin de todas las cosas creadas.

Si todos los dramas *á lo divino* fuesen como *El Condenado por desconfiado*, no hubiéramos hecho la menor observacion al discurso del señor académico, salvo en aquella parte en que injuria tan sin razon á la edad presente y á las cosas de la edad presente, las cuales son, á pesar de todo, consideradas en conjunto y con excepciones rarísimas, bastante mejores que las cosas de cualquiera otra edad pasada, por buena que se imagine.

De la maravillosa y poética figura de D. Juan Tenorio y de su carácter, trazado con mano firme

y maestra por Tirso de Molina, y levantado por él sobre las tablas del teatro español para que sirviese de jamas bien imitado modelo á poetas de todas las naciones, ¿qué hemos de decir nosotros que no esté ya dicho? Byron en Inglaterra, en Francia Molière y Tomás Corneille, en Alemania Hoffmann, en Rusia Puschkin, y en estas mismas, así como en otras naciones, otra infinidad de novelistas y de autores dramáticos, han hecho su héroe de D. Juan; pero todos son muy pequeños en comparacion de la gigantesca figura creada por la fantasía popular de los españoles y encerrada con toda su grandeza dentro del estrecho cuadro de un drama, por nuestro fraile mercenario. Quien más ha decaido en la imitacion de don Juan, como en sus demas imitaciones del teatro español, ha sido Molière. Molière ha convertido en un petimetre cualquiera aquella gigantesca figura.

Todo esto se puede decir, y mil alabanzas más que no decimos por carecer de elocuencia, en elogio de *El Burlador de Sevilla;* pero el Sr. Cañete nos ha de perdonar si no confesamos la moralidad de este drama, ni los cristianos efectos que ha producido en el mundo.

Ya, cuando tengamos tiempo, hablarémos de Calderon, deteniéndonos más en el exámen de sus dramas *á lo divino.*

## Observaciones sobre el drama titulado «Baltasar», de la Señora Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

Si bien casi todos los periódicos de esta capital han encomiado el drama de la señora Avellaneda titulado *Baltasar*, y si bien el público ha hecho la debida justicia á su ilustre autora llamándola á la escena y prodigándole repetidos y unánimes aplausos, todavía entiende el que suscribe este artículo (sin contradecir en lo sustancial la opinion ya manifestada por el público y por varios escritores acerca de este drama), que no es inútil el que vuelva la crítica á ocuparse de él, tratando de poner en su punto su verdadero mérito, y de dar razon de su calidad é importancia. Algunos de los artículos que sobre dicho drama se han escrito debieran tenerse por muy razonados é imparciales; pero acontece en España que á par de la crítica que en los periódicos se publica, se hace otra crítica de palabra, tan vehemente y contínua, que por este y otros motivos infunde dudas en los ánimos sobre la imparcialidad y exactitud de la crítica escrita, y contribuye más que ésta á

formar, con el trascurso del tiempo, nueva opinion pública, á menudo desfavorable al autor de la obra criticada. En un principio se suele ceder al entusiasmo y á la sorpresa que inspira lo que es nuevo y hermoso; y lo que es hermoso y nuevo se encomia y aplaude; pero despues, cuando pasa este entusiasmo, suele condenarse, ó lo que es peor, suele menospreciarse y olvidarse completamente lo mismo que ántes se ha aplaudido. Por eso quisiéramos nosotros, que ya hemos oido hablar del drama de la señora Avellaneda ménos favorablemente de lo que en los periódicos se ha hablado, marcar el verdadero término medio en que la opinion sobre esta obra debiera fundarse. Así quedaria marcado tambien hasta qué extremo se han de atribuir á malevolencia y á envidia las censuras que se hacen de palabra, y hasta qué extremo puede sospecharse que los elogios de los periódicos, por lo mismo que son en no pocas ocasiones exorbitantes é infundados, vengan á serlo en la ocasion presente, y nazcan de la galantería y amistad de los críticos, y no de su buen juicio.

No cabe duda, sin embargo, en que á algunos parecerá impertinente, y hasta odiosa tarea, la que emprendemos, pues aplaudido el drama por el público, y ensalzado sin contradiccion en los periódicos, acaso se diga que, al señalar nosotros algunas faltas en él, y áun al defenderle de las

censuras ocultas é infundadas, vamos á rebajar y á denigrar el mérito de la autora, y á sacar á luz esas ocultas censuras sin refutarlas como se debe, tal vez por incapacidad, tal vez con una intencion aviesa. Mas el recelo y la intranquilidad de conciencia que esto nos causa se desvanecen al considerar que el análisis detenido de una obra cualquiera, áun cuando sea para buscar en ella algunas faltas y hacerlas patentes, no perjudica en realidad á la obra. De las malas no es menester afanarse para desentrañar los defectos. Éstos son tan claros, que se ven sin exámen, y están asimismo tan bajos, que la crítica no debe descender hasta ellos. El crítico, por consiguiente, no puede ménos de reconocer cierto valer é importancia en la produccion que critica, áun cuando la censure. La célebre fabulilla de Iriarte es un chiste ingenioso que nada prueba en contra de esta asercion, ántes bien la corrobora; porque si los sabios se ocupaban de aquellos objetos, en apariencia tan ruines, era porque en ellos habia mucho que estudiar y que aprender, y porque eran tambien maravillosas obras de arte, que daban testimonio del artífice portentoso que las habia creado.

Se debe asimismo tener presente que la crítica de una produccion literaria no se ha de escribir con la intencion de favorecer ó perjudicar al au-

tor, sino con el más elevado propósito de dilucidar los puntos oscuros de la filosofía del arte, y de fijar la verdad entre las opuestas doctrinas que separan á los literatos en várias parcialidades. Para que una obra se preste á este fin es necesario que pueda servir de tipo, de modelo ó de ejemplo; por donde al ocuparnos del drama *Baltasar*, de la señora Avellaneda, ya implícitamente le contamos en el número de estas obras.

En el *Baltasar* hay, en nuestro entender, no sólo aquel acierto dichoso que cautiva la atencion del vulgo, y le conmueve ó distrae; no sólo aquellos primores y delicadezas que proceden de la completa inteligencia del arte, de la práctica y buen tino con que el arte se ejerce, y del magistral conocimiento y dominio del idioma, sino que hay tambien elevada y legítima hermosura, en cuya creacion y manifestacion no caben ya procedimientos ni reglas. Por estar dotado de esta hermosura el drama de *Baltasar*, nos parece á nosotros digno de la crítica, la cual debe emplearse en el exámen de esta hermosura, mostrando el modo de ser y las circunstancias que la determinan y constituyen, y señalando las manchas y lunares que la turban y empañan.

El vulgo siente y percibe por instinto la hermosura; pero la percibe y la siente como una cosa misteriosa é inefable, de la cual no llega á darse

razon. Por donde acontece que colectivamente se admira de lo hermoso; mas cuando cada persona de por sí se aplica al oficio de crítico de la misma composicion que se ha admirado, suele atribuir esta admiracion á muy distanta causa, ó da por fundamento de ella méritos indignos é insuficientes, ya apreciando sólo lo que llaman los franceses *savoir-faire*, ya levantándose, á lo más, si tiene alguna tintura de las reglas, á la consideracion y ponderacion de los primores que nacen de su observancia y empleo.

Concurre asimismo á que se juzguen desacertadamente las obras literarias, la errada opinion, ahora muy válida, y singularmente cuando se trata de teatro, de que todo drama ó poema ha de tener un fin ú objeto que caiga fuera del arte mismo; lo cual vale tanto como decir que el teatro debe ponerse al servicio de la metafísica, de la moral, de la política ó de otra disciplina cualquiera. Los que esto sostienen no consideran que la poesía, ya lírica, ya épica, ya dramática, tiene en sí un fin noble y elevadísimo, cual es la creacion y manifestacion de la hermosura revestida por medio de la palabra y del ritmo de una forma sensible. Subordinar á otro fin la poesía, es degradarla en vez de levantarla. No es esto negar que pueda expresar el poeta sus sentimientos y creencias en todo género de obras. En todas ellas, áun

en las ménos subjetivas, pone el poeta el sello de la propia personalidad, y muestra sus ideas é inclinaciones, haciéndolas valer y estimar en más con el adorno de su elocuencia y el fuego de su entusiasmo. Pero esto debe ser ó parecer como fatal. Si esto se hiciese de propósito, el drama sería alegato ó disertacion, y no drama; el poeta, abogado ó sofista, y no poeta. El único fin que se proponga, repetimos, ha de ser la creacion de la hermosura. Creada ésta, y sublimada hasta cierta altura y excelencia, se confunde é identifica con la bondad y con la verdad, que son sus hermanas, y reconocen un mismo orígen, siendo entónces el poeta más que el sabio, porque el sabio halla y el poeta crea.

La hermosura ideal se ocasiona, sin embargo, en la poesía de la imitacion de lo existente. No es este arte como la música y la arquitectura, que se adelantan á él en cuanto para crear la hermosura no han menester de la imitacion, produciéndola toda fantástica, ya en el espacio por medio de líneas, ya en el tiempo por medio de sonidos. La poesía en cambio les lleva grandes ventajas, porque las palabras abarcan con claridad y precision todo pensamiento distinto; y el número y la concertada armonía de las palabras expresan á veces los pensamientos vagos é inefables por tan alta manera como la música los expresa. Pero la poe-

sía, como hemos dicho, tiene que tomar por objeto lo existente ó lo que ya ha existido en la historia; y al revestirlo y mostrarlo, produce la hermosura, siendo ocasion, si no causa de ella, lo que toma de la realidad de las cosas. El poeta, por consiguiente, debe elegir asunto; éste puede ser filosófico, histórico ó religioso; y el poeta, ántes de servirse de él como poeta, debe comprenderle y apreciarle como filósofo, porque no produciria con él la hermosura, si ántes no le comprendiese en toda su verdad y magnitud. Así es que; si del asunto que elige el poeta, sobre todo cuando el asunto es noble y grande, dimana naturalmente una leccion moral, religiosa ó política, con mayor brillo y viveza se desprenderá de él esa leccion, cuando el poeta le revista y presente con toda la sublimidad y todo el encanto de su ingenio y de su arte. Lo cual se verifica cumplidamente en el drama de la señora Avellaneda. En él se pone en escena, valiéndonos aquí de las propias palabras de la poetisa en su elocuente dedicatoria, «la caida del Imperio babilónico, señalada por celeste prodigio; y *esta caida* fué más que el hundimiento de un trono; fué un gran suceso providencial de más alta trascendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantarle nue-

vo templo, aquel templo en que resonó la divina palabra del Mesías. Con Baltasar, y como él, la copa del festin en las manos y la hiel de la impotencia en el alma, se hundió una civilizacion gastada y corrompida, que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Eufrates parecia haber soñado en la fusion de las razas por medio de la prostitucion; celebrando, segun la enérgica expresion de un escritor moderno, con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civilizacion anunciando otra ruina más grande, más profunda, más trascendental; la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oidos de Daniel al término de las setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los crepúsculos del dia eterno de la verdad.» De esta suerte ha comprendido la autora el asunto histórico que ha elegido, y el gran pensamiento religioso que encierra en sí. Veamos ahora cómo ha sabido darle vida, animacion y realce, y poner en él la hermosura y sublimidad de la poesía sobre la sublimidad y la hermosura que ya en sí tiene.

Se acusa á la señora Avellaneda de que ha tomado mucho del *Sardanápalo* de Byron para su *Baltásar;* pero bien examinada esta acusacion, carece de razonable fundamento. Hay, sin duda, semejanza entre ambos dramas; pero esta seme-

janza no es otra que la existente entre los hechos históricos que les dan asunto, y áun así, no es tan grande como vulgarmente se cree.

Sardanápalo, último rey de la monarquía asiria, cae al impulso de dos de sus sátrapas rebeldes, y cae por medios naturalísimos. La guerra civil entre los sátrapas y el rey dura algunos años con vária fortuna, mostrándose éste, así en la adversa como en la próspera, magnánimo y entendido capitan, hasta que al cabo sucumbe y termina su vida con heroicidad, si bárbara, sublime, quemándose vivo en su propio alcázar con sus innumerables tesoros y las mujeres que por amor le siguen voluntariamente. Diodoro de Sicilia refiere los hechos como van aquí referidos, y de ellos se vale el poeta inglés para argumento de su tragedia, cambiando sólo, á fin de guardar la unidad de tiempo, la duracion de la guerra civil, y haciendo triunfar en un dia á los rebeldes.

En la caida de Sardanápalo, así como en todos los demas acontecimientos humanos, no puede ménos de reconocer el hombre piadoso la universal providencia con que atiende Dios á las criaturas; pero no aquella providencia especialísima, que, sacando el curso de los sucesos fuera de su cauce natural y moviéndolos y encaminándolos con insólito movimiento y en direccion extraña, sin sujetarlos á las leyes, órden y compas que de

ordinario siguen, les da el carácter de milagrosos y sobrenaturales. Así es que en el drama de Byron no se excusa, á pesar de los esfuerzos que hace para ello el poeta, la incuria é imprevision del rey, que tan fácilmente se deja sorprender y vencer. Mas en el *Baltasar* de la Avellaneda están disculpados la sorpresa y el vencimiento, ya que Dios mismo, por singular disposicion de su sabiduría, hace que los soldados de Ciro entren en Babilonia y derriben el trono de Baltasar la noche en que la mano misteriosa escribe la sentencia sobre el muro.

Todos los comentadores del libro de Daniel, incluso el benedictino Calmet, convienen en que la catástrofe fué aquella noche; y los historiadores profanos, y singularmente Xenofonte, que en su *Ciropedia* describe con toda detencion la toma de Babilonia, concuerdan en lo propio. La señora Avellaneda no ha tenido, por lo tanto, necesidad alguna de trastornar el órden cronológico de los sucesos, aunque pudiera haberlo hecho como lo hizo Byron, para acelerar la catástrofe y dar mayor rapidez á la accion de su drama.

Xenofonte, historiador gentil, que no podia comprender la proteccion que Dios dispensaba á Ciro, y que trata de presentar á este príncipe como un perfecto y acabadísimo dechado del héroe y del repúblico, busca modo de motivar natural-

mente su conquista de Babilonia; mas al propio tiempo, no puede ménos de motejar de imprevision y de abandono al rey babilónico, á quien no designa con nombre alguno. Segun este historiador ó novelista, Ciro hacía tiempo que tenía sitiada aquella grande y populosa ciudad; pero, confiados los moradores de ella en la fortaleza de los muros, y en las muchas provisiones y pertrechos bélicos que tenian, y no queriendo aventurarse con los enemigos en batalla campal, permanecian encerrados dentro de sus murallas, tal vez esperando que algun ejército de distantes satrapías viniese á libertarlos y á vencer al de Ciro. Ocurrió en esto la famosa fiesta y convite, de que tambien habla el escritor profano, y como Ciro entendiese lo que iba á acontecer, y hubiese averiguado asimismo que era fácil separar el curso del Eufrates y dejar sin reparo un lado de la ciudad, que por contar con la natural defensa del rio no estaba guarecido como el resto, puso aquella misma noche por obra el apartar el rio de su cauce, y entró en la ciudad cuando estaban desapercibidos los que debieran custodiarla, y hasta los que debieran velar en las atalayas, ébrios ó entregados á los placeres. Acudió, sin embargo, Baltasar á la defensa, y pereció combatiendo. Pero si la señora Avellaneda hubiera seguido en todo la version de Xenefonte, ni hubiera estado

de acuerdo con el sagrado texto, ni la profecía milagrosa lo hubiera sido tanto, ni el providencial castigo de la soberbia babilónica y el sobrenatural cumplimiento de los escondidos designios del Eterno hubieran resplandecido como en la narracion bíblica, y en la tragedia que la sigue resplandecen á maravilla. Así quedan tambien á salvo el valor y la prudencia del rey Baltasar, que en balde luchaba contra los divinos decretos. En la catástrofe que termina la tragedia de Sardanápalo, todo, como ya hemos dicho, se verifica por medios naturales: en la que termina la de Baltasar obra el Señor prodigios espantables. El héroe de la última tragedia es y debe ser, por este solo motivo, más grande que el de Byron. Al de Byron le vencen los hombres sólo; al de la Avellaneda Dios y los hombres, y éstos no aparecen sino como meros instrumentos de la justicia divina.

Entre los caractéres de Sardanápalo y de Baltasar media la misma distancia que entre los lances de su historia. Ambos son por cierto descreidos y blasfemos, mas en lo demas bien diferentes. Sardanápalo es un elegante libertino; sano, robusto y jóven de cuerpo y alma; amable y jovial, y por ningun estilo misántropo, ni mucho ménos menospreciador del género humano. Artista, poeta y pagano voluptuoso hasta la mé-

dula de los huesos, quiere que la vida y el mundo sean un magnífico festin, un espectáculo solemne, un bello drama, en el cual conviene hacer bien su papel áun cuando no sea más que por amor al arte y para concurrir á la general armonía y consonancia de las cosas. Ni los placeres le cansan, ni el dolor le perturba, ni el peligro le conmueve: con la misma dulzura sonrie al amor que á la muerte; con la misma serenidad y petulancia va al festin que á la pelea, y con el mismo deleite artístico, con la misma elegancia aristocrática y con la misma coquetería de *dandy* asirio empuña el abanico ó la espada, se ciñe el yelmo ó la guirnalda de rosas. Es un Lovelace sin hiel, rey de Nínive; un personaje seductor, el más alegre, ameno y de *buen tono* que ha imaginado Byron. Las ladíes y señoritas Inglesas, cuando leen este drama, suelen enamorarse del héroe, y envidian la suerte de Myrrha hasta para quemarse vivas con él.

Baltasar, por el contrario, aborrece y desprecia á la humanidad; el mundo y la vida le cansan, y no halla placer que no le fastidie, ni mujer digna de su amor, ni hombre, no ya digno de su amistad, pero ni siquiera de su cólera. Con un alma llena de deseos levantâdos y de aspiraciones infinitas, no halla cosa creada ni increada que pueda satisfacerle y contentarle, ni centro donde

se repose su herido corazon, fatigado y ansioso de sosiego. Baltasar es un ateista místico, es el alma apasionada del poeta Leopardi que se ha trasformado en rey de Babilonia; es la negacion completa de todo bien fuera del bien supremo; de todo amor á los hombres fuera del amor de Dios; de la dignidad humana cuando no se acata la divina, y de la felicidad en esta vida cuando no se cuenta con la otra. Pocas veces se ha puesto en escena, y se ha desenvuelto con igual maestría, carácter tan alto, extraordinario y bien sostenido.

La tendencia de ambos dramas es áun más opuesta que los caractéres de sus protagonistas. Byron hace la apoteósis de la naturaleza humana como á despecho de Dios. Sin su auxilio, y hasta desafiándole, son los hombres magnánimos y dichosos. Sardanápalo triunfa, se goza y resplandece en el trono, en el tálamo y en la pira. Como soberano tiene leales, desinteresados, celosos é inteligentes ministros, devotos, aunque no bajos servidores suyos, y amantes de la patria; como esposo, una consorte fiel, cariñosa y llena de virtudes; y como amante, una amiga, la más enamorada y bella. Su esclava Myrrha siente por él una pasion sublime; está dotada de clarísisimo ingenio, de un corazon heroico y de singular hermosura. Quizás por un anacronismo dichoso

avalora el poeta el amor de Myrrha con una delicadeza de sentimientos más cristianos que gentílicos. Para amar al rey tiene Myrrha que vencer su pudor de vírgen, su orgullo de griega, su repugnancia por un bárbaro, y su despecho de verse esclava. Por último, vencido Sardanápalo por los sátrapas rebeldes, áun tiene el placer de salvar á su mujer y á sus hijos, y de satisfacer su vanidad aniquilando con él los inmensos tesoros que sus mayores habian reunido, y dándose en lujoso y sorprendente espectáculo á las futuras generaciones. Hay en toda esta historia, y sobre todo en el espíritu con que la presenta lord Byron, un horrible y titánico desprecio de la Providencia divina.

Lo contrario se nota en la tragedia de la eminente y cristiana poetisa, y son tan vivos y acendrados sus sentimientos católicos, que si en algo se extrema, es en que esos sentimientos la llevan, á nuestro modo de ver, á tocar un tanto en lo que ahora se llama neo-catolicismo. Ya se entiende que no hablamos del neo-catolicismo de los que con artificio grosero aplican torcidamente la religion á la política á fin de medrar con ambas. Hablamos del neo-catolicismo filosófico y desinteresado, del que exagerando por misantropía la creencia en la decaida y flaca condicion del género humano y en su incapacidad de elevarse á la

virtud sin el auxilio divino, no ve ni reconoce nada respetable, ni noble, ni bello en las sociedades ó en los individuos que no están iluminados por la luz de la revelacion. En este sentido, no sólo hay mucho de católico, sino tambien algo de neocatólico en el drama de Baltasar. A ninguna persona de carácter noble, nada que merezca estimacion y respeto ve el rey en torno suyo. Hasta la hermosa y casta hebrea de quien por un momento se enamora, y hasta el jóven que llega á despertar su ira y á presentarse á su imaginacion como un digno rival, le engañan y le dan aparente motivo para que los tenga por tan viles como á los demas. Sólo la madre de Baltasar es una excepcion de la regla, y merece ser excluida del anatema de reprobacion que Baltasar lanza con justicia sobre sus súbditos y sobre el mundo entero. Mas para la doctrina que la señora Avellaneda trata de defender, ó que impremeditadamente defiende (pues la señora Avellaneda es demasiado poeta para ponerse de propósito deliberado á defender doctrinas en su drama), el rey Baltasar es una contradiccion; el rey Baltasar, dado el supuesto de la mezquindad y miseria de cuantos le rodean, tiene razon de despreciarlos, y es, por lo restante, un nobilísimo personaje. La grandeza de los cielos, la hermosura y la gala de los campos, y la pompa y el espectáculo soberbio de

la civizacion babilónica, no podian subsanar en la mente del rey la vileza de los hombres; y no hallando en su alma ciega y sin fe modo de justificar la Providencia que tan viles los mantenia, debió fatalmente negar la Providencia. Por eso el rey Baltasar se fastidia y aborrece: por eso no hay resorte que levante su alma. ¡Cuánto se asombra, cuánto se regocija al encontrar una mujer que no se le rinde, un hombre que se le opone! Son dos objetos raros, únicos, que casi imagina que no pertenecen al mundo real, que teme se le desvanezcan entre las manos como vaporosos engendros de su anhelante fantasía. Inmensa debió ser la degradacion de entónces, cuando pudo eclipsar á los ojos del rey la virtud de su madre y las hazañas de los héroes de los tiempos pasados. Y sin embargo, la autora motiva, y hasta cierto punto justifica, el carácter y la condicion de Baltasar, el cual, desde que sale á la escena se muestra profundamente hastiado y despreciador de los hombres; carácter y condicion que jamas se desmienten, y que son más grandes que el carácter de Sardanápalo, elegante *mauvais sujet* y sectario de una filosofía risueña y amablemente egoista.

Pero la grandeza moral del rey de Babilonia resalta, no sólo á expensas de la humanidad en general, sino á expensas tambien de los otros

personajes del drama, los cuales, ó son claramente ruines como Rabsares, Neregel y demas sátrapas y magos, ó están ligeramente trazados como Nitocris, ó no se presentan bajo buen aspecto á los ojos del rey hasta el cuarto acto, esto es, cuando ya animados de una inspiracion soberana vienen á anunciarle su perdicion y ruina. Elda sólo se muestra desde luégo noble y digna á los ojos del rey; mas no tiene la suficiente resolucion para confesarle su amor á otro hombre que es su esposo, y le engaña diciéndole que es su hermano.

Por lo demas, sólo los judíos valen algo como carácter; y como los babilonios no valen nada, no parece sino que los judíos, si valen algo, es sobrenaturalmente y no por naturaleza. Así se destaca sobre el fondo oscuro del cuadro la figura gigantesca y simbólica del rey desesperado, que representa toda una civilizacion que se va á hundir para siempre, y todo un mundo sin virtud y sin creencias, que se desprecia y se maldice. No se debe censurar, por lo tanto, que algunos personajes del drama no sean tan bellos como pudieran ser. Como para que sirva de disculpa parece, por otra parte, que de propósito presenta la señora Avellaneda á Ruben y á Elda extremadamente jóvenes, y á Joaquin muy anciano. En cuanto al carácter de Daniel, más elogio que censura merece la señora Avellaneda por no haberle desenvuelto.

Daniel no debia aparecer en el drama como una figura distintamente trazada; esto hubiera sido una profanacion. Daniel es la voz del Altísimo y el intérprete sobrenatural de sus justos decretos.

Réstame, por último, decir del carácter del rey Baltasar, que no es anacrónico, como algunos suponen, asegurando que sólo es propio de nuestra moderna civilizacion más compleja y refinada. Lara, Manfredo y Fausto no han tenido que servir de modelo á Baltasar. El inspirado autor del *Eclesiastés* parece que le pinta y describe:—«Examiné, exclama, cuanto hay bajo el sol, y en ninguna parte hallé más que vanidad; y vi que cuanto más saber se adquiere, más crece la indignacion. Entónces quise gozar, edifiqué soberbios palacios, planté viñas y huertos, formé estanques de agua, tuve siervas y criadas, y ganados mayores, y rebaños de ovejas, y oro y plata, y cantores y cantoras, y toneles de vino; y nada me negué de lo que deseaban mis ojos, pero vi que todo era vanidad. Busqué tambien la sabiduría, y conocí que el sabio y el ignorante acaban del mismo modo. ¿De qué sirve, pues, al hombre tanto afan, si sus dias están llenos de dolores y padecimientos? Más feliz es el muerto que el vivo, y más todavía el que no ha nacido ni probado los males que nos afligen.»

Por lo tocante á la accion del drama, es indu-

dable que la autora ha sabido darle la debida unidad, dificilísima de hallar en este asunto. Para llenar cuatro actos no eran bastantes la cena y el prodigio de la sentencia escrita sobre el muro, y sin embargo, con la caida de un imperio colosal, que se desploma inesperada y repentinamente para que se cumpla esa sentencia, nada podia ponerse en relacion que no desdijese ó apareciese mezquino. Así es que los amores de Elda y Ruben, la prision y libertad de Joaquin, la súbita pasion del rey, y la resistencia de la sobrina de Daniel, no pueden ser ni son más que incidentes, enlazados con diestro artificio, y que contribuyen todos á la manifestacion y desenvolvimiento del carácter de Baltasar, en el cual desenvolvimiento está la unidad, así como la accion en su lucha con la Providencia. Baltasar la niega al principio, la desafia luégo, y al cabo, vencido por ella, la reconoce y proclama. Daniel termina el poema profetizando la venida del Salvador de los hombres.

Esta indispensable economía de la accion es tambien causa de que los demas caractéres parezcan pálidos junto al carácter de Baltasar. Dios y Baltasar son los personajes esenciales del drama; los otros son personajes episódicos.

Lo mucho que hasta aquí nos hemos dilatado, y el recelo de convertir en libro este artículo, no consienten que hablemos de las bellas situaciones

en que abunda el drama de la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, y de los sonoros y elegantes versos, y del estilo enérgico y conciso, y del castizo lenguaje con que ha sabido escribirle. Terminarémos, pues, diciendo, ya que hemos comparado este drama con el *Sardanápalo* de Byron, que nuestra poetisa, sin imitarle, ha podido crear una obra de no muy inferior belleza, con la ventaja de ser moral y religiosa, miéntras la del poeta inglés es inmoral é impía. Sólo sentimos que la señora Avellaneda persista en su propósito de no volver á escribir para el teatro, al cual ha dado, en el *Baltasar*, una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática, tan decaida ahora, aunque más floreciente en nuestra patria que en otras naciones de Europa.

(*El Diario Español.*)

**Abril de 1858.**

# DE LA MORALIDAD EN EL TEATRO.

## I.

*Capitalis Eteocles, vel potius Euripides, qui id unum, quod omnium sceleratissimum fuerat, exceperit.*

(CICER, *de Off.*)

Hoy, lector mio, no pienso darte noticias. Mi artículo va á ser completamente doctrinal. Es menester que yo conteste á las acusaciones de *El Descontentadizo*, haciendo ver que el teatro no es ni puede ser, en nuestra edad y en sentido exacto, escuela de costumbres.

Es indudable que en el teatro no deben ofenderse la moral ni el decoro públicos. En este sentido el teatro es y debe ser siempre tan escuela de costumbres como un paseo, un casino ó una tertulia, donde me parece que tampoco es justo ni conveniente faltar á la honestidad, á la decen-

cia ó á la buena crianza. Hasta las tabernas deberian ser escuela de costumbres, en este sentido.

No es esto lo que yo niego, ni Dios lo permita; lo que yo niego es que la escena sea una cátedra de moral que le quite al púlpito ó que comparta con él, en las sociedades católicas, el magisterio de las obligaciones y de las virtudes. Esto es absurdo, aunque Boileau y Moratin lo sustenten. Á esto se debe contestar lo que se cuenta que San Agustin contestó á los Moratines de su tiempo, que pretendian que fuese una *leccion moral* cada comedia: *¡Hola, con que el diablo se ha hecho cristiano!*

El teatro, en efecto, tanto por su orígen gentílico cuanto por la extremada licencia que á menudo ha reinado en él, léjos de ser considerado como escuela de moral, ha sido condenado, como invencion del mismo demonio, por muchos teólogos, Santos Padres y Concilios, los cuales, no sólo no han creido que llegase á ser, un dia, favorable á las buenas costumbres, sino que han dudado de que pudiera dejar de serles nocivo, pues no cabe reforma ni enmienda en *el reino de Lucifer, en el templo de Vénus y en la sentina de los vicios*, que así le llaman.

Yo, á pesar de todo, ora sea porque tengo la manga más ancha que aquellos doctos y piadosos varones, ora porque los miramientos, delicadezas

y mayor cultura de este siglo han puesto algun freno á la licencia, no condeno el teatro por vicioso y hasta le miro como un honesto recreo, al ménos en España, exceptuando alguna que otra representacion algo viva. Y digo *al ménos en España*, porque lo que es en Francia, y singularmente en París, tengo yo ciertas dudas y no pocos escrúpulos sobre la honestidad y decencia de las representaciones teatrales del *Palais Royal*, *de la Gaité*, *des Boufes parisiens* y de otros teatrillos; escuelas de moral donde no quisiera yo que cursase mi novia, tomando por norma de su conducta las sentencias que salen de boca de Grassot, é imitando en sus modales el recato y la modestia de la señorita Rigolboche, cuando baila el *cancan*.

Hasta nuestros mismos bailes, y los franceses de la alta escuela que se ejecutan en el teatro Real, aunque no se niegue que son bonitos, no puede afirmarse que encierren moralidad alguna, á no ser que se tenga por moralidad echar las piernas por alto, menear las caderas y salir las mujeres medio desnudas *coram populo*.

¿Qué dijera el severo Tertuliano
Á vista de costumbres tan inicuas?

Así es que si el teatro ha de pasar por escuela

de buenas costumbres, como pretende *El Descontentadizo*, ó deben los bailes dejar de ser parte en las representaciones, ó deben imitar los Gobiernos al rey de Nápoles, Fernando II, el cual dispuso que todas las bailarinas de su reino llevasen calzoncillos verdes hasta las rodillas, por donde más parecian ranas que mujeres, añadiéndose á esto que sólo las bailarinas feas y desechadas querian bailar con aquel aparato *prophyláctico;* así es que en nadie, durante el largo reinado de aquel soberano pudibundo, se despertó en las Dos Sicilias la menor idea *non sancta* de resultas de ver un baile en el teatro.

Pero se me dirá que no se trata de bailes, sino de comedias y tragedias. Vamos, pues, á hablar de estas composiciones.

¿Es necesario que cada una de ellas tenga un fin moral? No; esto es lo que niego. El arte tiene en sí mismo su fin, que es la creacion de la belleza. ¿Conviene y hasta es necesario que las comedias y las tragedias no ofendan la moral? Esto lo concedo y áun lo pido con Santo Tomás de Aquino, Mariana y tantos otros autores eminentes que con más autoridad lo han dicho ántes que yo lo dijera.

El fin del arte es la creacion de la belleza. El instrumento de que para esta creacion se vale es la imaginacion, á la cual se unen sin duda el

recto juicio y el sentimiento moral, pero como auxiliares.

El fin de la ciencia es la investigacion de la verdad, y si bien la imaginacion puede adivinarla, y el sentimiento presentirla y hasta afirmarla con la fe, sólo el entendimiento la halla y la demuestra, y la divulga despues de hallada, principalmente en este siglo, más incrédulo, más rebelde á toda autoridad y ménos entusiasta que los pasados.

Establecida esta diferencia entre la ciencia y el arte, y conviniendo en que la poesía dramática es arte y no ciencia, no sé cómo pueda pretender *El Descontentadizo* que una comedia ó una tragedia ha de llevar necesariamente un fin moral, esto es, ha de propender á demostrar una tésis, como si fuera una disertacion, un tratado ó una homilía.

Claro está que la belleza, la verdad y la bondad están unidas en Dios, y que, acercándonos mucho como artistas á la belleza perfecta, ó como sabios á la verdad cumplida, ó como varones justos y virtuosos á la bondad pura y sin tacha, nos acercamos á Dios, que es centro de todas las cosas excelentes. De esta suerte, siendo sabios perfectos, forzosamente tenemos que ser virtuosos y hasta hermosos y artistas, porque nada hay más hermoso que la virtud y la ciencia; y siendo virtuo-

sos y santos, lo somos todo; y siendo artistas en grado superior, tenemos tambien que ser buenos y sabios. Por eso, así como Quintiliano dijo que el orador debia ser *vir bonus*, Strabon dijo que el poeta debia ser ἀνὴρ ἀγαθός. La sabiduría, la belleza y la verdad, cuando se elevan hasta acercarse á lo perfecto, coinciden y se confunden. Pero los hombres, ya sean poetas dramáticos, ya no, suelen no llegar nunca á ese punto sublime de coincidencia; y, si deben aspirar á él, buscando la virtud en sus acciones y la verdad en sus estudios científicos, en el arte sólo deben aspirar á él, buscando la hermosura.

No es esto decir que el que sea sabio á más de poeta, tenga que olvidar su ciencia para escribir un drama. Al contrario, la misma ciencia es un elemento de poesía. Esto es decir que se puede ser buen poeta sin ser sabio y sin querer enseñar nada, y que no pocos, siendo más que medianos poetas, por la absurda manía de filosofar y de adoctrinar á la gente en dramas y novelas, han ensartado las más vulgares perogrulladas y se han hecho insufribles.

Hay ademas otra dificultad grandísima en esto de la moral de las comedias, á saber, cuál ha de ser esta moral. Moratin creia, sin duda, que sus comedias eran morales, y sin embargo, yo conozco á un neo-católico (¿quién no le conoce en Ma-

drid?) que asegura que romperia su proyectado casamiento con la doncella más hermosa del mundo y más de él querida, si averiguase que esta doncella habia leido las abominables comedias de Moratin. Por el contrario, este neo-católico sostiene que nada hay más moral ni más santo que *El Condenado por desconfiado*, de Tirso; el *San Franco de Sena*, de Moreto, y *La Devocion de la cruz*, de Calderon; y yo he oido decir á muchas personas y he leido en algunos libros, que para el vulgo, que no entiende de cuestiones teológicas, de gracia y de libre albedrío, son perniciosísimas las tales comedias, de las cuales, en otro tiempo, no pocos deducian acaso que, en teniendo devocion á la Santa Cruz ó confianza en la misericordia divina, ya podian cometer los mayores crímenes y hacer todo linaje de insolencias á mansalva.

En suma, si bien los principios de la moral son indudables para todos, no lo son las consecuencias que los poetas dramáticos sacan de ellos y las aplicaciones que hacen, de donde resulta que unos crean moral al poeta que otros creen inmoralísimo. Á Esquilo le creyó tan impío y tan inmoral el pueblo de Aténas, que le hubiera condenado á muerte, si no hubiese él combatido tan valerosamente en Maraton; pero áun así no se libertó de la cólera celeste, y fué aplastado por una tortuga

que el águila de Júpiter le arrojó sobre la calva. Á Aristófanes, por el contrario, el pueblo ateniense le creia muy moral y piadoso, y nosotros le condenamos, aunque no sea más que por haber contribuido con *Las Nubes* á la muerte de Sócrates.

Hay, por último, otra dificultad para que las comedias sean morales en las sentencias, y es la de no decirlas el poeta, sino sus personajes; de modo que si el personaje es malo, dice sentencias malas, y el poeta queda libre de responsabilidad, á no ser con él tan severos como Ciceron con Eurípides. Acontece igualmente que cuando el poeta presume de sentencioso, y perdónenme Menandro y Publio Siro, suele poner en boca de sus personajes discursos impertinentes é inverosímiles en la accion. Séame testigo Alfieri, cuyos tiranos, puestos como hoja de perejil por sus víctimas, me inspiran más compasion que ellas, haciéndome dudar de su tiranía y convirtiéndomela en ejemplar mansedumbre.

Mucho más podria yo decir en contestacion á *El Descontentadizo*, pero este artículo, áun sin añadir nada, es ya sobradamente largo y cócora para *El Cócora*.

Sólo añadiré, para probar que el sentido comun ó vulgar está en esta cuestion de mi parte, que nadie, cuando va al teatro, dice *voy á tomar una*

*leccion de moral, voy á corregirme, voy á aprender tal ó cual cosa*, sino *voy á distraerme ó divertirme un rato*, y en verdad que no diria esto, sino lo otro, si creyese que el teatro era sériamente una escuela de costumbres y no una agradable diversion, más ó ménos honesta.

## II.

> Su exterior grave, sus discursos austeros, son vanidad é hipocresía. No hay diferencia entre estos hombres y las cortesanas, y, si hay diferencia, es en el modo de persuadir. El fin es el mismo : medrar á costa ajena.
>
> (ALCIFRON.)

Si no supiera yo que las palabras que anteceden las pone el sofista en boca de Thais, que se queja de Euthidemo porque la abandona y se va con los filósofos, creeria que se trataba de una buena moza contemporánea, quejosa de álguien que la ha abandonado por seguir la *mística bribónica* que ahora priva.

Yo creo á pié juntillas que hay en la época presente más recato, más honestidad y más decoro

que en las pasadas; pero creo tambien, y tengo, ó por resabios de la antigua corrupcion, ó por síntomas ominosos de alguna decadencia moral de que estamos amenazados, esa jactancia de virtud, esa fingida rigidez, y esa propension á escandalizarse y á tachar de inmoral hasta lo más inocente, que muestran muchos en el dia.

Estos nuevos predicadores aparentan ser muy pudibundos, y claman de contínuo contra la deshonestidad. Son como Simon fariseo, que rechazaba de su lado (en público se entiende) á María Magdalena, y maldecia de Cristo porque consentia que aquella mujer se le acercase.

Voy á hablar en este artículo de la comedia de Feuillet, titulada *Redencion;* pero debo advertir que, al mentar á Simon fariseo, no quiero decir que á él se parezcan los que han escrito contra la comedia mencionada. Muchos presumen de severos moralistas por seguir la moda y los preceptos de los jefes de la escuela, que son los verdaderos culpados de hipocresía. No pretendo tampoco que la Magdalena de la comedia se parezca en nada á la santa, ni mucho ménos que la palabra *Redencion*, que da título á la comedia, esté tomada por Feuillet en un sentido místico (en este caso sería un sacrilegio), sino en un sentido vulgar y profano. Sabido es que se dice *redencion de un censo*, *redencion de cautivos*, etc.; y que no es conse-

cuencia precisa que, al hablar de *redencion*, se entienda siempre la del alma cautiva del pecado, que se libra de él por medio de la gracia y de la penitencia, y gana el reino de los cielos.

Si le ganó ó no le ganó la Magdalena de la comedia, es negocio sobre el cual el poeta no ha dado su parecer, y ha hecho perfectamente. Con todo, si Magdalena, desde el punto en que termina el drama hasta la hora de la muerte, vivió arrepentida de sus pasadas culpas, no sé que se opongan, ni las tablas de la ley ni las leyes *de las doce tablas*, á que podamos creer piadosamente que Dios habrá perdonado á aquella pecadora, y que no la habrá condenado sin *redencion* á los profundos infiernos. No por esto canonizarémos á Magdalena como á Santa Thais y á otras de su gremio, las cuales hicieron durísima y ejemplar penitencia. De Magdalena no consta que la hiciese. No va Octavio Feuillet tan léjos como los autores de nuestra famosa *Baltasara*, la cual, despues de asombrar al mundo todo con sus galanteos y liviandades, hasta el punto de irse á Tierra Santa á ser la manceba ó *entretenue* del temido Emperador de los turcos, se hizo ermitaña, y murió como una santa, notándose en la hora de su muerte mil señales de ello, v. gr., el que tocasen por sí solas las campanas.

Bien sé que los que piensan que vivimos en una

época de corrupcion, y que los tiempos antiguos eran mejores, me dirán que *La Baltasara* es una comedia moral, miéntras que *Redencion* es inmoralísima; que en *La Baltasara* se hace penitencia, y que en *Redencion* no se hace; pero ya hemos dicho que Octavio Feuillet no quiso dar por santa á su Magdalena. Octavio Feuillet no quiso pintar ni pintó á una sierva de Dios, sino á una mujer tierna y sinceramente enamorada de un hombre. En cuanto á la moralidad, bien pueden creer los casuistas del teatro, que no está tanto en el espectáculo cuanto en el ánimo del espectador, que la deduce á su manera. Véase si no la moralidad que dedujeron de *La Baltasara* las cortesanas del siglo XVII:

> Pero, amigas; amemos y vivamos
> Miéntras la edad por mozas nos declara;
> Que despues querrá el cielo que seamos
> Lo mismo que ayer fué la Baltasara.

Para el autor ó para la autora de los cuatro versos citados, *La Baltasara* era la verdadera *Bribona afortunadísima*, que debe servir de ejemplo. Se divierte en la tierra miéntras es jóven, y acaba por irse al cielo, aunque prévio el arrepentimiento, y no como una de las *deux soeurs de charité* de Beránger, *gratis et amore*. Pero repetimos que Octavio Feuillet no entra en estas honduras ultramun-

danas, ni decide sobre la salvacion ó condenacion eterna de su heroína. Ningun santo, ni santa, ni ángel hace un milagro ó dos para que Magdalena se convierta. Su conversion es más incompleta, pero es más espontánea y tiene más mérito que las de muchas comedias antiguas, que no citamos por no cansar. Citarémos sólo la historia que refiere Avellaneda en su *Quijote*, de la cual sacó Zorrilla la de *Margarita la tornera*. La monja, no contenta de huir del claustro con un galan, gasta con él en francachelas cuanto dinero tenian ambos, y apela al arbitrio de venderse á todos los libertinos de la ciudad de Lisboa. Miéntras ejerce la monja oficio tan infame, la Vírgen Santísima está haciendo por ella de tornera, y ocultando su fuga del convento. Esto lo escribió en el siglo XVII un sacerdote, lo imprimió con todas las licencias necesarias, y nadie se atrevió á decir que fuese inmoral; pero hoy se alborotan los santos de nuevo cuño porque escribe Octavio Feuillet su *Redencion*. Debo advertir que al hacer esta cita, no pretendo yo limitar, dentro de las reglas de mi pobre y mezquino entendimiento, la inmensidad de la divina misericordia, que puede mostrarse eficaz y redentora con otros pecados áun más atroces que los de la tornera: lo que quiero hacer ver es la indecorosa grosería y la poquísima aprension de aquella edad, en que *inocentemente* se hacía

tal sacrilegio con la Reina de los ángeles, dándole papel (¡y qué papel!) en un cuento absurdo. Ahora sucede otra cosa; ahora hemos caido en el extremo contrario, y *Redencion* es sacrílega sólo porque se llama *Redencion.*

Examinemos las demas acusaciones.

*El Cócora* no me podrá negar que Feuillet es un excelente escritor dramático, y que se distingue y adelanta á la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos de la misma profesion, justamente por la calidad opuesta á la que en él censura el articulista de *La Correspondencia;* esto es, por cierta elevacion y delicadeza de sentimientos. *El Cócora*, ó un íntimo amigo suyo, ha traducido ó arreglado á nuestro teatro *Le Village*, enamorado sin duda de esa calidad que yo atribuyo á su autor, á quien debe estimar tanto cuanto yo le estimo. ¿Por qué, pues, se dejó llevar tan de ligero, por qué creyó que el que tuvo corazon y entendimiento para escribir *Le Village* habia de carecer de *moral*, de *decencia* y de *sentido comun* al escribir *Redencion*, y por qué calificó al que, siguiendo sus huellas, tradujese *Redencion* al castellano, de *pedazo de alcornoque*, como *La Correspondencia* le llama algo rudamente?

En *Redencion*, segun *La Correspondencia*, peca Octavio Feuillet contra el sentido comun; mas no es nuestro propósito contestar á esta acusacion.

Baste decir que el autor de *Le Village* y del *Roman d'un jeune homme pauvre* tiene muy acreditado, no sólo su sentido comun, sino su poco comun sentido de lo verdadero y de lo bello. Pasemos, pues, á lo moral y á lo decente, que es de lo que hoy nos incumbe tratar.

¿En qué consiste la falta de decencia de *Redencion?* ¿Consiste en que sale á la escena una cortesana? Entónces, señor *Cócora*, dé usted gracias á Dios de que Epicarmo, Menandro y Filemon, en suma, todo el teatro cómico griego se haya perdido. Pegue fuego por indecentes á Terencio y á Plauto. Queme en la misma hoguera *La Celestina* y otras muchas comedias de nuestros mejores ingenios. Y si esto no satisface su pudor, abrase tambien á Horacio, Cátulo, Tíbulo, Propercio y demas profanos, cuyas Glyceras, Cintias, Lesbias, etc., eran otras tantas cortesanas. Conviértase V. en un abate Gaume y haga auto de fe de toda la docta y clásica antigüedad greco-romana. Hasta el mismo Platon (¿quién pudiera imaginarlo?) anduvo siempre perdido por aquellas pícaras mujeres, y profesó particular cariño á una llamada Archeanassa, á quien todavía, cuando ya vieja ella, le componia Platon madrigales, diciendo que *en las arrugas de su cara hacía su nido el amor punzante.*

Usted me dirá que toda esta gente no tenía te-

mor ni conocimiento de Dios, y que por eso era tan desvergonzada y levantisca; pero yo le citaré poetas de la Edad Media que no se recataban más. ¿Se contenta V. con Juan Ruiz, arcipreste de Hita? No quiero injuriar su buena memoria, ni acusarle de malas costumbres; supongo que su amistad con la famosa señora Trota-conventos es una ficcion poética; pero es una ficcion que no resplandece por lo honesto. Al lado de semejante ficcion, todo lo que haya fingido ó fingiere Octavio Feuillet será siempre una niñería. No hablo del Aretino, ni de Boccacio, ni de Chaucer, ni de Luis XI, ni de Macchiaveli, ni de Ariosto, al lado de los cuales es el Arcipreste la misma honestidad personificada. Las comedias de Macchiaveli se representaban, sin embargo, en presencia de Leon X. ¿No se podrá representar en Madrid *Redencion*, sin que nuestro pudor se ofenda? Es cierto que el decoro, las costumbres recatadas y la decencia han mejorado mucho con la civilizacion; pero tambien es cierto, y lo probaré en el artículo siguiente, porque ya basta por hoy, que la comedia de Feuillet está en armonía con esos adelantamientos morales, y que los clamores que contra su inmoralidad se han alzado son muy parecidos á los de nuestra apreciable cofrade *La Regeneracion*, al ver la Vénus de Gisbert en la Exposicion de Bellas Artes.

## III.

*Sitque civitas hæc anathema et omnia quæ in ea sunt..... sola Rahab meretrix vivat....., etc.*

(JOSUÉ.)

Creo que despues de lo dicho en el artículo anterior estarán convencidos mis lectores de que si *Redencion* fuese indecente, lo sería mucho ménos que infinitas obras de los *buenos tiempos antiguos*. Lope de Vega, por ejemplo, compuso *El Caballero de Olmedo*, *El Rufian Castrucho*, *El Anzuelo de Fenisa*, y otras comedias en las cuales hacen de heroínas las cortesanas y las zurcidoras de voluntades, y en las cuales hay escenas indecentísimas. Cosas hay en la *Celestina*, en algunas novelas de Cervántes, en no pocas de doña María de Zayas, en el teatro de Tirso, y hasta en el mismo por excelencia católico Calderon, que no se atreve á decir ahora en el teatro ningun autor, por desalmado que sea. El público no las consentiria, aunque él se atreviese.

Pero yo afirmo más; yo afirmo que la comedia de Feuillet, titulada *Redencion*, no sólo tiene una

decencia relativa, esto es, que es decente con respecto á una indecencia mayor, sino que en absoluto, si lo absoluto cabe en estas cosas, es en todo decente. Cítenme, si no, los censores las palabras obscenas, los equívocos torpes, las pinturas lascivas y repugnantes que hay en la mencionada comedia. Pintar á una cortesana, y decir con todo el decoro posible que cambia de amantes y que los arruina, no me parece que sea cosa para taparse los oidos. Las historias sagradas y profanas están llenas de narraciones por el estilo, y hasta en el salon más atildado, más severo y más púdico se puede decir, v. gr., que la comedianta tal ha arruinado á tal banquero ó á tal duque. Verdad es que, si hay señoritas en el salon, esto se dirá *sotto voce*, ó no se dirá, para que las señoritas no *abran los ojos;* pero tambien es verdad que las madres, que son tan cuidadosas como deben serlo de la inocencia de sus hijas, no las llevan al teatro sino cuando se da una comedia muy inocente. Inocente decimos, y no sólo decente. Puede haber una obra que no falte á la decencia y sí á la inocencia. Hay obras decentísimas que no deben leer ni oir las señoritas, que no deben leer ni oir ni áun los jovencitos bien educados, para que no pierdan la santa ignorancia, si la tienen, y para que no se despierten en ellos ciertos deseos, si es que la sangre y la ruindad de nues-

tra decaida y pecadora naturaleza no los han despertado ántes sin auxilios literarios. Y digo para que no se despierten en los jóvenes ciertos deseos, por ocasion, no por causa de las obras. Obras pueden darse llenas de moralidad y de santidad que despierten en los jóvenes ideas contrarias; lo cual no será culpa de las obras, sino de los jóvenes ó de las personas que imprudentemente se las dejan leer ú oir, sabiendo ó sospechando en qué predisposicion se encuentran. Por eso doña Inés, segun refiere Byron, no queria que su hijo *D. Juan* leyese *Las Confesiones de San Agustin*, no fuera á hacer el demonio que su hijo tratase de imitar al santo, más en sus primeros extravíos que en su posterior penitencia. Pero este esmero y pudor extremados no son para todo el público, que al fin no es una bandada de cándidas palomas, sino para algunos sujetos inocentes y mozos, á quienes sus padres, y no los críticos y censores, han de conservar en la santa ignorancia de que ya hemos hablado.

De todo lo expuesto resulta, á mi entender, que *Redencion* no es *sacrílega* ni *indecente*. Veamos ahora si es inmoral, y, si lo es, echémosla al fuego.

¿Consiste la inmoralidad en prestar á una cortesana virtudes que pueden hacerla digna de aprecio? No consiste en esto; ántes bien, la afirma-

cion contraria sería la verdaderamente inmoral. Virtudes, y grandes, tendria Rahab, á pesar de su oficio, cuando no sólo la perdonó Dios, sino que la ensalzó hasta el punto de poner en ella la estirpe de la casa de David. Virtudes tuvieron otras muchas, aunque no fueron tan afortunadas.

¿En qué se opone á ningun respeto divino ni humano, que una comedianta que vive *alegremente*, sea en lo demas muy buena mujer, limosnera, caritativa, fiel en su amistad, leal y justa en sus tratos? ¿No es celebrada Glycera, la querida de Menandro, por el afecto entrañable que profesó al poeta en toda su vida? ¿No es de una cortesana la accion heroica de cortarse la lengua con los dientes para no declarar en el tormento el nombre de sus amigos? ¿No se aplaude la honradez de Ninon de Lenclos, cuando devolvió el rico depósito que le estaba confiado? No parece sino que el delito de las cortesanas es superior á todos, y que ellas no son capaces de ninguna virtud. No parece sino que al infringir el sexto mandamiento, se infringen implícitamente los otros nueve. Acaso haya por ahí ladrones que sean excelentes padres de familia (*unas hormiguitas para su casa*, como vulgarmente se dice); acaso haya maridos sufridos, aunque no tantos, ni con mucho, como en tiempo de Quevedo, y tambien serán excelentes; pero ninguna cortesana puede serlo, por lo visto,

ni siquiera de mentirijilla, en la escena. ¡Qué castidad la de este siglo!

¿Consiste acaso la inmoralidad del drama de Feuillet en que la conversion á la fe de Magdalena es ocasionada, no del amor mismo de Dios, sino del amor á una criatura? Tampoco consiste en esto; ántes bien, el amor humano, pero honesto, entre una mujer y un hombre, ha sido muy á menudo el medio de que el cielo se ha valido para hacer grandes conversiones y traer á la verdadera religion á impíos, á herejes y á gentiles. Llenas están las historias de estos casos, y no hay para qué referirlos.

¿Consiste la inmoralidad en que un hombre honrado y de buena familia acepte como noble y puro el amor de una cortesana? Despues de las pruebas que la cortesana le da de su amor, era difícil no aceptarle. Magdalena prueba que está pronta á morir por amor de aquel hombre. No tiene, por cierto, que hacer tanto sacrificio doña Esperanza de Meneses y Quiñones para casarse con el honrado estudiante de *La Tia fingida*, el cual nada halla más natural que el casarse con aquella *mala hembra*, puesto que le ha caido en gracia.

¿En qué consiste, pues, la inmoralidad de *Redencion?* En nada, por lo visto. Si la representan en los teatros de Madrid, y la representan bien,

es probable que será aplaudida como en París, y es seguro que nadie será peor ni mejor de lo que es, despues de haberla visto. Lo único que se podrá temer de la representacion de esta comedia es que infunda en el ánimo de las cortesanas de Madrid que la oigan, exaltados sentimientos de amor sublime, y que ellas traten de envenenarse por cualquier buen mozo, acaso por el *Descontentadizo*, acaso por mí, acaso por V., señor *Cócora;* pero ya lo arreglarémos nosotros de la propia manera que Mauricio, y salvarémos á la pobrecilla de la muerte. Por fortuna, *Redencion* tiene de bueno que, aunque fuese inmoralísima, no sería muy imitada su inmoralidad. La generosidad y el valor que há menester un hombre de cierta clase para tender, no por interes, sino por amor, la mano á una mujer deshonrada y tomarla por compañera, y la ardiente pasion amorosa del alma, que da por el amor la vida, no hay miedo que hallen muchos imitadores. Lo que es V. y yo, señor *Cócora*, ya somos viejos y estamos asegurados de incendio.

---

# CARTAS EN DEFENSA DEL TEATRO REAL.

---

## I.

Sr. Director de *El Contemporáneo.*

Muy señor mio y de mi mayor consideracion; Con asombro he leido en su apreciuble periódico del dia 17 un artículo feroz en contra del teatro Real, al que soy muy aficionado; y por esto, y porque várias de las razones de que se vale el articulista son para mí todo lo contrario de razones, he sentido tal comezon de refutarlas, que, no pudiendo resistir á ella, me he decidido á escribir esta carta rogando á V. que la publique en cualquier rinconcillo de *El Contemporáneo.* Mi carta no estará bien hilada, porque, ni tengo costumbre de escribir, ni el ingenio que para escribir se requiere; pero, es tan poderoso el brío avasalla-

dor de la verdad, que por poco que yo acierte á emplearle he de sacarla en triunfo.

Conozco que el articulista á quien impugno, el distinguido poeta D. Luis Eguilaz, es un adversario terrible; pero ya verá V. como las armas de la razon, aunque esgrimidas por mi mano inexperta y débil, pueden más que las de la elocuencia y las del entusiasmo fuera de camino.

El primer supuesto falso en que el Sr. Eguilaz se apoya es el de afirmar que la ópera es una *industria extranjera* (italiana). La música no es extranjera ni nacional; no pertenece á Italia ni á España ni á Alemania; la música es cosmopolita. La música es un lenguaje universal que hablan y entienden todos los pueblos cultos. En este lenguaje, lo mismo componen sus obras italianos como Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, que alemanes como Weber, Mozart, Flotow y Bethowen; que rusos como Glinka, y que españoles como Eslava y Arrieta. En este lenguaje, lo mismo se expresan Mario, la Alboni y Tamberlick, que nacieron en Italia, que la Stolz y la Lagrange, nacidas en Francia; que la Novello, hija de Albion; que la Jeny Lind, el ruiseñor sueco; que García, la Malibran y la Viardot, sus hijas, y que Carrion y Belart y Flavio ó Puig, todos españoles.

Dice el Sr. Eguilaz que el teatro Real no es de

doña Isabel II sino de Víctor Manuel, porque las composiciones que se dan más á menudo en dicho teatro son de súbditos de este rey. Con esto no probará el señor Eguilaz que haya un privilegio en favor de los súbditos del rey de Italia, sino que ellos son más hábiles para componer música que los súbditos de los otros reyes, ó bien que los súbditos de S. M. católica tienen el gusto viciado, y prefieren la música italiana á las demas músicas. ¿Por qué no pide el público que se representen las óperas españolas, como la *Hypermnestra*, la *Isabel la Católica*, *Las Treguas de Tolemaida* ó *El Solitario?* Si lo pidiera, á buen seguro que la empresa se negase. Pero como no lo pide, no ha de ir la empresa á dar las mencionadas óperas, con el simple propósito de que el señor Eguilaz reconozca el teatro Real por *Teatro Real de doña Isabel II*. Aun así, no siempre puede afirmarse que sea de Víctor Manuel dicho teatro. Cuando en él se ha dado la *Marta*, creo que habrá tenido que ser del rey de Prusia; si en él se diese el *D. Juan* ó *Las Bodas de Fígaro*, sería del emperador de Austria; si se diese *La Vida por el Czar*, del de Rusia; si *La Muda de Pórtici*, no recuerdo bien si del rey de Bélgica ó de Napoleon III; y por último, cuando en él se representen *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* ó *El Profeta*, deberá llamarse *Teatro Real de Roboan*, *de Sa-*

*lomon ó de David*, visto que Meyerbeer es judío.

Otro argumento del Sr. Eguilaz, que tiene ménos valer aún, es el de la concurrencia que hace la ópera á la poesia y al arte dramáticos. Dejemos aparte la cuestion entre el libre-cambio y el rancio proteccionismo; demos de barato que la industria nacional debe ser protegida, prohibiendo ó dificultando la introduccion en España de todo artículo homogéneo á los que aquí se fabrican. Pero ¿de dónde saca nuestro adversario que la ópera es un artículo homogéneo al drama ó á la zarzuela? Prohibir ó dificultar la introduccion de la ópera, para que la zarzuela no se arruine, sería lo propio que oponerse á la introduccion del *foie gras* para que no se menosprecie la chanfaina, ó no querer que venga del extranjero sopa de tortuga para que la gente no pierda la aficion á los *callos*. Con todo, el Sr. Eguilaz lleva las cosas hasta el extremo de empeñarse en que los ministros y todos los demas altos empleados carguen con la obligacion de proteger la industria nacional, yendo á menudo á la zarzuela, así como van á consejo y á secretaría; esto es, comiendo chanfaina y *callos*, en vez de comer *foie gras* y sopa de tortuga. Por lo único que apruebo esta pragmática del Sr. Eguilaz es porque, si se observase y si se aplicase á todo, le costaria mucho ménos al país la manutencion de esos señorones.

Bien sé que se me dirá que no se trata de proteger la zarzuela, sino el buen drama nacional. Á esto responderé, con el tono más serio que tengo, que entre el buen drama nacional y la ópera, no puede haber concurrencia. Escríbanse buenos dramas, tragedias y comedias, y represéntense bien, y ya verá el Sr. Eguilaz como, á pesar de todas las óperas, acude el público á oirlos. ¿Qué digo ya verá el Sr. Eguilaz? El Sr. Eguilaz lo ha visto y experimentado por sus propias obras, las cuales han obtenido casi siempre gran popularidad y portentoso número de representaciones.

El Sr. Eguilaz se queja ademas de vicio, por varios conceptos. En primer lugar, los autores dramáticos son en España los que ganan más honra y provecho entre todos los escritores. He oido decir que los hay ménos que medianos, que ganan tres, cuatro, cinco y hasta siete mil duros anuales. No gana tanto un ministro de la Corona, ni gana tanto el más profundo filósofo, ni el más ingenioso poeta lírico, ni el más docto historiador, ni el más fecundo novelista, ni el economista más estudioso, ni el más erudito bibliógrafo y anticuario. ¿Quiere comparar el Sr. Eguilaz lo que han ganado Espronceda, Sanz del Rio, Fernan Caballero, Sanromá, Rodriguez, Gayángos, Toreno y Benavides, con sus escritos, á lo que gana Camprodon, por ejemplo, confeccionando zarzue-

las? Y lo peor es (hablemos claro) que la mayor parte de lo que en este género se confecciona tiene tanto de español como yo de turco, porque suele estar chapuceramente traducido ó desarreglado del frances.

Las coronas, los aplausos, el entusiasmo y los elogios que se prodigan á los autores dramáticos se escasean siempre ó se niegan á los autores que escriben otra cosa cualquiera que no sea drama. No hay comedia ó zarzuela en la que no suenen con estrépito las mil trompetas de la fama, en folletines y gacetillas. De los pocos libros que se publican apénas hay quien haga caso. Los autores de estos libros no creen, sin embargo, que les haga concurrencia la ópera.

Se queja tambien el Sr. Eguilaz de que la aristocracia y las damas elegantes van rara vez á los teatros de verso. Pero de esto tampoco tiene la culpa el teatro Real. Si los cómicos fuesen mejores; si en los teatros de verso no se fumase tanto, produciéndose una atmósfera pestífera y sofocante, que no se produce en el teatro Real, porque es mayor; si hubiese policía en ciertos lugares, que debieran estar más cuidados para que no inficionasen el aire con asquerosos miasmas; y, por último, si se representasen á menudo buenas obras originales, no se pasaria una sola noche en que no se viesen el Príncipe, el Circo y hasta

Novedades, ilustrados con la presencia de duquesas, marquesas y condesas, de lo más fino. Áun sin estas mejoras, que no costarian por cierto mucho dinero á los empresarios, acuden siempre á la comedia y á la zarzuela infinitas personas que llenan su lugar y pagan lo mismo en el despacho que las más empingorotadas sobre el coturno. Repito que no se me alcanza por qué se queja tanto el Sr. Eguilaz. Veamos si logro desvanecer sus otros motivos de queja.

Que el Gobierno se gastó sesenta ó setenta millones en construir el teatro Real. No ha gastado ménos en otras cosas más inútiles y no tan divertidas. Que ya que se gastó este dinero y el teatro Real se hizo, debió darse en arrendamiento y casi de balde á empresas españolas, y no extranjeras. Pero ¿quién se opone á que sea española la empresa del teatro Real? Lo mismo que la tiene el frances M. Bagier pudiera tenerla el español señor Salas, y la tuvo el españolísimo Sr. Urries. Todos los bajos, contraltos, tiples, tenores y tenorinos pudieran ser tambien españoles. Nosotros ignoramos la nacionalidad de los coristas, de los comparsas, de los músicos de la orquesta, de los tramoyistas y despabiladores; pero ¿por qué no han de ser españoles tambien? Y dado que no lo sean, ¿qué culpa adquiere por ello el Gobierno de S. M. para que tan irritado se le muestre el

señor Eguilaz, amenazándole con un cataclismo, y extrañando que no *caiga agoviado por el peso de la indignacion nacional?* Pues qué, ¿hay ya quien crea en eso que nos dice de que *no parece justo ni cuerdo que se proteja la extraccion de una suma mayor de numerario, que hará inclinar en contra de nuestro país la balanza del comercio?* ¿Quién protege esa extraccion de numerario? Si hay extranjeros que le ganan honradamente y se le llevan, ¿qué le hemos de hacer? ¿Por qué no compiten con ellos los españoles? ¿Quién les ha cerrado las puertas del teatro Real por el mero hecho de serlo? ¿Quiere tal vez el Sr. Eguilaz que expulsemos de España á los franceses y á los italianos, como siglos pasados expulsamos á los judíos y á los moriscos?

Tiemblen casi todos los cocineros, pasteleros, peluqueros, sombrereros, guanteros y sastres de esta coronada villa, porque, si las opiniones del señor Eguilaz prevalecen, pronto les llegará el dia del ostracismo, á fin de que no inclinen en contra nuestra la balanza del comercio. Bien es verdad que en cambio pueden usar con nosotros de represalias los portugueses, remitiéndonos más de 40.000 gallegos, que se ganan bien los cuartos en Oporto y en Lisboa; los franceses, echando de Argelia á no menor número de mallorquines, valencianos y murcianos; y ambas Américas, en-

viándonos una bandada, una verdadera nube de canarios, catalanes y vizcaínos, que hacen por allá su agosto. ¿Cómo ha podido entrar en la cabeza del Sr. Eguilaz la preocupacion de que un industrial puede llevarse á su país la riqueza de otro, sin dejar á éste en cambio una riqueza equivalente que él ha producido? ¿Pues qué, el gusto que se recibe de oir cantar bien, ó de rizarse el pelo, ó de llevar un frac elegante, ó de comerse unos pasteles, no es riqueza? Pues toda esa riqueza se la dejan aquí los industriales extranjeros en cambio de la que pueden llevarse. Y áun así, si se apura bien el asunto, nunca se llevan una suma igual al valor de lo que han producido, pues hay que deducir de ella lo que gastan en casa, comida y traje, y hasta quizás en ir á la zarzuela, miéntras que producen. Por lo dicho comprenderá el Sr. Eguilaz que, léjos de ser un mal, es un bien que vayan industriales extranjeros á cualquiera nacion, donde es siempre mayor la riqueza que dejan que la que extraen.

Los demas argumentos de que se vale el señor Eguilaz para sostener su tésis, no son más que reproducciones ó amplificaciones de los ya refutados. Exclama, por ejemplo, que todos los italianos se enfurruñarian si por allá diese el Gobierno un teatro de balde para hacer comedias españolas: mas en España no se da el teatro Real de

balde para representar comedias italianas, y no tenemos caso. El teatro Real se da á cualquiera que le tome, con las indispensables garantías, para que en él se representen óperas, ora sean italianas, ora alemanas, ora españolas, ora chinas, con tal que sean buenas.

Se lamenta el Sr. Eguilaz de que el pícaro del Gobierno emplee en las secretarías á los autores dramáticos, para que allí se les marchite, seque, consuma y encanije la inspiracion entre expedientes. ¡Válgame Dios, Sr. Eguilaz! ¿Y quién pone ninguna pistola al pecho á los autores para que sean empleados? La necesidad, dirá tal vez el señor Eguilaz. Pero ¿qué es lo que pretende entónces? Supongo que no pretenderá que haya una junta calificadora de poetas, y que á los que lo sean ó estén preconizados por tales les pase el Gobierno sendas pensiones para que vivan léjos de los expedientes, sin que la inspiracion padezca el menor deterioro.

Lo que pretende el Sr. Egulaz es que haya un teatro español subvencionado. No quiero declarar aquí si esto sería malo ó bueno. La cuestion es difícil y complicada, y, para resolverla á mi modo, tendria yo que extenderme mucho. Indicaré, con todo, de ligera, algunas observaciones. Si este teatro español habia de ser para representar en él traducciones y arreglos, sólo sería español en el nombre.

Si habia de ser para proporcionar un deleite al público, dándole las comedias que más le agradasen en épocas de corrupcion y de mal gusto, el Gobierno se haria cómplice y patrocinador de la perversidad literaria, poniendo á Comella por cima de Lope y á Camprodon por cima de Hartzenbusch. Si habia de ser para representar sólo las obras clásicas antiguas, nuestro gran teatro nacional del siglo XVII, los autores del dia podrian quejarse con razon de la competencia, porque se darian otras obras dramáticas con más lujo, con mejores cómicos, y en lugar más autorizado que las suyas. Y, si por último, tambien se habian de representar en este teatro las nuevas obras dramáticas que lo mereciesen, trabajo le mando á los censores que sobre este mérito tuvieran que decidir. Las protestas de los autores desairados, las vehementes apelaciones al público, y hasta los epítetos de ignorantes, majaderos y parciales, dirigidos á los jueces, quizás con fundamento, porque ¿quién no se equivoca, sobre todo al juzgar obras de imaginacion? todo esto, digo, convertiria la república literaria en un infierno, y llevaria la más espantosa guerra civil á la serena y brillante cumbre del Parnaso.

Sin embargo, arda Troya; yo no me opongo: fúndese un teatro español subvencionado.

Y aquí termino esta pesada carta, y pido á us-

ted mil perdones por haber distraido tán largo tiempo su atencion.

## II.

Muy estimado señor mio: Ciertos cuidados y disgustos que en estos últimos dias me han asaltado, no me dieron vagar ni reposo de espíritu para replicar á tiempo la discreta y amable contestacion del Sr. Eguilaz á mi carta en defensa del teatro Real: pero, como V. comprenderá, yo no puedo ménos de escribir esta réplica, aunque llegue ya con atraso. Yo debo justificarme de algunas acusaciones que lanza contra mí el señor Eguilaz, y sobre todo mostrarme agradecido al afecto con que me trata y á la buena opinion que de mí tiene, y que logro de su bondad, y no de mi corto valer y escasísimos ó ningunos merecimientos.

Por las razones indicadas, y por otras que dependen en todo de mi carácter, no quiero yo que esta controversia, que he empeñado con el señor Eguilaz, venga á convertirse en una lucha de vanidad ó de amor propio, y así no procuraré demostrar que habia leido muy bien el primer artículo del Sr. Eguilaz y que no habia soñado ni in-

ventado en él errores ó equivocaciones trascendentales para tener luégo el gusto pueril de combatirlos y deshacerlos con una sola palabra.

Tampoco pienso valerme de las mismas armas que el Sr. Eguilaz emplea en su último artículo, sosteniendo que no entendió bien el escrito mio que trata de refutar. Este método será conveniente para satisfacer ó calmar el amor propio irritado; pero tiene la contra de no poder adoptarse sin incurrir en gran pesadez, y sin hacer interminables y cansadísimas las discusiones. Como deseo terminar ésta, y como me alegro de véras de poder llegar á un avenimiento con el Sr. Eguilaz, dejo en duda, y al arbitrio y decision de los lectores, si inventé ó fantaseé ideas que el Sr. Eguilaz no habia tenido, para alcanzar el triunfo de rebatirlas fácilmente, y si yo mismo he sostenido otras ideas, que el Sr. Eguilaz me atribuye, impugnándolas. Voy sólo á hacerme cargo de algunas de las que expone dicho señor en su último artículo, y á ver hasta qué extremo puedo conformarme con ellas, aceptándolas en lugar de desecharlas.

Ántes de todo, quiero declarar aquí que no soy enemigo de la zarzuela ni de ningun género de literatura. Todos los géneros me parecen bien. De lo que yo soy enemigo es de las subvenciones dadas por el Estado, y miéntras más popular es un

género, más absurda y contraria à los buenos principios me parece la subvencion.

La subvencion para los teatros, todo premio dado por el Gobierno á cualquiera obra poética, á cualquiera libro de entretenimiento, me parece muy mal. Diré los motivos que tengo para ello.

Se funda el primero de todos en las razones que presenta extensamente Alfieri en su tratado *Del príncipe y de las letras*, razones que no pienso en extractar aquí por no pecar de prolijo. Advertiré, sin embargo, que, si bien estoy muy distante de la rigidez estóica del terrible, liberalísimo y aristocratiquísimo ingenio italiano, y no voy tan léjos como él en desechar por indigna y por corruptora toda proteccion del príncipe ó del Gobierno, todavía me hace fuerza y me convence lo que dice Alfieri. Yo creo con él que «la índole predominante en las obras de ingenio, nacidas de la proteccion, tiene que ser necesariamente la elegancia en el decir, y no la sublimidad y energía del pensamiento. De donde resulta que en estas obras las verdades importantes, apénas indicadas con timidez aquí y allí, y veladas á menudo por la adulacion y el error, aparecen casi náufragas. Así es que los egregios literatos no nacieron nunca de la proteccion del príncipe. La libertad les da nacimiento, la independencia los educa, el no temer los engrandece, y el no haber estado nunca

protegidos hace sus escritos más útiles á la remota posteridad, y cara y venerada su memoria.» Alfieri va tan léjos en este punto, que desea que, si el literato es pobre, tome algun oficio para ganarse la vida, y escriba al mismo tiempo por la gloria sola, y con entera libertad; y que, si no puede atender á la vez á los dos oficios, al de ganar gloria con las letras y dinero de otro modo más humilde, abandone las letras y no las profane: porque «si el más noble, el más elevado, el más sacro y casi divino oficio entre los hombres es el de ilustrarlos, el de deleitarlos con deleite intelectual, y el de inflamar sus almas en el amor de la verdadera virtud y del sublime anhelo de ejecutar grandes acciones, ¿cómo se ha de atrever á tomar á su cargo semejante empresa quien por *necesidad* se ve forzado á ser ó á hacerse vil?»

Pero me dirá el Sr. Eguilaz que esto de Alfieri es lo ideal, y que nosotros hablamos de lo positivo. Tiene razon el Sr. Eguilaz; lo que dice Alfieri se dirige sólo á los literatos ó poetas altísimos, de los cuales apénas hay dos ó tres en cada nacion y en cada cien años.

Lo que dice Alfieri no reza con la gente menuda, que escribe como yo en un periódico cuanto se le ocurre, sin pensar en que es un hierofante de la humanidad con especial mision y auxilio de lo alto,

ni reza con este ó con estotro mozo de chispa, que versifica fácilmente y compone seis ó siete comedias al año, con el honrado intento de medrar por buen camino, sin adoctrinar á sus compatriotas y al mundo entero, aunque no trate tampoco, al ménos adrede y con premeditacion, de lisonjear las malas pasioncillas del vulgo, de los príncipes ó de los magnates, para hacerse popular y celebrado. En esto convenimos; pero siempre, áun atenuada la severidad de Alfieri, se tendrá que deducir una gran verdad de lo que de él aquí se cita. Esta gran verdad es que la proteccion, si no es nociva, es por lo ménos inútil é inconducente á la creacion de una literatura sublime: lo único que fomenta y puede fomentar es una literatura mediana, atildada, afectada y casi de pacotilla. La alta poesía, épica, lírica y dramática, no nace en invernadero, sino en la sazon conveniente, y en el libre y jamas acotado campo del sentimiento y de la fantasía. Bien lo ha dicho Schiller encomiando la literatura de su patria, que no tuvo Médicis ni Augustos que la protegieran. «Por eso el canto sublime de los poetas alemanes se eleva á las alturas y se difunde como las olas de la mar. Rico y poderoso en su abundancia, y brotando de las profundidades del corazon, se burla de los lazos de las reglas.»

No negaré, con todo, que ha habido Gobiernos

que han protegido las letras con fruto, como los ya citados de Augusto y de los Médicis, y el de Luis XIV de Francia: pero rara vez se ve en la tierra que haya Gobiernos tan atinados, y lo que más á menudo sucede es que los Gobiernos protejan las tonterías y la pésima literatura y contribuyan á infamarla, infundiendo en sus creaciones un espíritu apocado y servil de adulacion y de bajeza. De esta suerte, en cuanto los Gobiernos se dedican á servir de Mecénas, suele acontecer que, no sólo dirijan mal los asuntos de la república, sino que la inficionen y estraguen, haciendo pulular en ella multitud de obrillas despreciables y ridículas que, como mala hierba, ahogan toda buena semilla de verdadero ingenio, y rebajan el nivel intelectual y moral de la nacion, hasta el último grado.

Pero voy á suponer por un instante que el Gobierno es el discreto y el entendido en literatura, y que el vulgo, como decia Lope, es el necio. ¿Quién va á luchar contra la corriente de la opinion, despreciando lo que el vulgo aplaude y premiando lo que le aburre? ¿Qué tempestad de improperios no caeria sobre un Gobierno que premiase, por ejemplo, comedias? La opinion general sería que habia premiado las peores. El público sería capaz de silbar las aceptadas por el Gobierno en el *teatro Real español*, y de aplaudir frenéticamente las desechadas que se diesen en otro teatro.

Esta disonancia entre el parecer del público y el parecer de las personas ilustradas, ó que pasan por ilustradas, existe casi siempre, en tratándose de poesías. Buen testigo es de ello la Academia de la lengua. La Academia no es el Gobierno, ni depende del Gobierno; es una corporacion de literatos, y ella misma elige los individuos que la constituyen. Los otros literatos son allí juzgados por sus pares. Aquel es un jurado que no debieran recusar. Y sin embargo, ¿con qué sentencia de la Academia se han avenido jamas los otros literatos y el público? ¿Qué fallo en favor de tal composicion poética, y por consiguiente en contra de otras muchas, no ha sido considerado como injustísimo, ya que no como estúpido? Y no crea el Sr. Eguilaz que traemos á cuento estas cosas para defender los fallos de la Academia: las traemos á cuento para demostrar lo imposible ó lo peligroso del juicio. Las obras de imaginacion, la poesía, cualquiera que sea la forma que tome, son harto difíciles de juzgar. Por lo pronto, no hay mejor sentencia para ellas que la del público; más tarde, la sentencia de la posteridad; esto es, la misma sentencia del público, confirmada ó revocada, aunque siempre depurada en el crisol de la crítica, y exenta de las afecciones ó preocupaciones del momento, y del mal gusto que reinó ó pudo reinar en la época de la obra á que la sentencia se refiere.

De todo lo dicho deduzco que cualquier trabajo erudito puede recibir proteccion y premio de los Gobiernos: una poesía no puede recibirlos, al ménos regular y legalmente. Lorenzo *el Magnífico*, Leon X y otros soberanos, premiaban por un acto libérrimo de la voluntad, casi por capricho, á los poetas que bien les parecian. Como estos soberanos tenian exquisito gusto y discrecion, acertaban á premiar lo bueno. Pero ¿prueba esto que pueda establecerse una especie de legislacion para que se premie lo bueno en poesía? No hay nada ménos legislable. Pocas cosas hay más difíciles que el escribir buenas comedias; pero cuantos sepan leer y escribir y tengan algun atrevimiento pueden escribirlas malas. Raros son los químicos, los astrónomos, los matemáticos, los filósofos que hay en España. Por mucha que sea la insolencia y la pedantería de quien pretenda pasar por cualquiera de estas cosas, algo tendrá que haber estudiado y afanado para parecerlo, y mucho más para escribir, sin decir infinitos dislates, sobre la ciencia que supone saber; pero cualquiera puede declararse instantáneamente poeta dramático, y tomar la borla en esta facultad, y exigir la proteccion del Gobierno, y enfadarse si no se la concede. El Gobierno, ó cualquiera corporacion dependiente del Gobierno, se veria apuradísimo para premiar la mejor comedia ó la mejor zarzuela, ó

para aceptarla ó desecharla, en el *teatro Real español* que se fundase, y entre el sinnúmero de obras que se escribirian y presentarian con el señuelo de la ganancia. Por el contrario, nada hay más fácil que decidir sobre cualquier trabajo erudito, de los que siempre se presentan pocos. El buen resultado del estudio y de la reflexion es mil veces más fácil de conocer que el de la inspiracion y del ingenio. Así es que nadie ha protestado contra los premios concedidos por la Biblioteca Nacional y por la Academia de la Historia á los Sres. Oliver, Barrántes, Barrera, Zarco del Valle y otros.

Todo lo expuesto hasta aquí, y sentiré irme haciendo pesado, propende á demostrar que, puesto que no debe en general protegerse la poesía, tampoco debe en particular subvencionarse ningun teatro.

¿Qué es, pues, lo que anhela el Sr. Eguilaz? Que, ya que no se subvencione un teatro de verso, no haya teatro de ópera subvencionado. El señor Eguilaz, considerando, por una parte, á la poesía y al arte dramático, y por otra, á la ópera, como dos *industrias* parecidas y rivales, acepta la competencia, pero la quiere libre é igual. En esto se halla el nudo de la cuestion y el orígen de nuestras diferencias. Veamos si es posible conciliarlas.

En primer lugar, yo desearia que el Sr. Eguilaz se convenciese de que no son tan grandes como él supone el parecido y la rivalidad entre las dos *industrias*. La rivalidad y el parecido existirian si se pudiese suplir una *industria* con otra. Pero ¿quién, aficionado á la poesía, cree que suple su falta yendo á oir música; ó quién, aficionado á la música, suple su falta yendo á la comedia? Artes son ambas, la música y la poesía; así como tambien son artes la pintura y la arquitectura. Á nadie se le ocurre, sin embargo, que, si se cerrasen los teatros de ópera y de verso, se llenaria de gente el Museo, para suplir allí la falta del teatro, ó bien se irian á Toledo todos los elegantes que acuden ahora al teatro Real, para deleitarse, á falta de ópera, en la contemplacion de la catedral y de San Juan de los Reyes.

Yo entiendo esto enteramente al reves que el señor Eguilaz. Yo creo que, en vez de rivalizar ó perjudicar un arte á otro, le presta poderoso auxilio. Sujetos hay aborrecedores de la música ó que tienen para ella orejas de cal y canto, y la poesía les abre los sentidos, les ilustra el entendimiento y les infunde una noble aficion al arte divino de Mozart y de Bellini. Y sujetos hay tambien que jamas han aprendido cuatro versos de memoria, rudos y groseros en el fondo del alma, incapaces

de todo intelectual deleite, y que, yendo al teatro Real, ó por moda ó por coqueteo, ó porque les gusta la música en lo que de más material hay en ella, van poco á poco domesticándose y puliéndose, y acaban por gustar de los versos, y por acudir al teatro de Variedades á oir una buena comedia ó un buen drama, representado por Romea y la Berrobianco. ¿Cómo, pues, ha de convencerme el Sr. Eguilaz de esa rivalidad entre el drama y la ópera, cuando yo veo y creo demostrar lo contrario? Aun cuando se dieran muchas óperas, y las óperas tuviesen el mismo argumento que los dramas, léjos de ser esto un perjuicio para los dramas, sería un incentivo. Si el *Don Álvaro* del Duque de Rivas se hubiera ejecutado un año há, no hubieran ido á oirle, sino muy pocos verdaderamente aficionados á la poesía. Si el *Don Álvaro* se da ahora, estamos seguros de que tendrá muchos *llenos*.

Se ha de entender asimismo que el teatro Real es un punto de reunion de la sociedad elegante, donde van muchos, sin pensar siquiera en la música, como van á las tertulias, á las carreras de caballos y á la fuente Castellana. ¿Hemos de suprimir tambien la fuente Castellana y las carreras de caballos, ó hemos de pedir que el Gobierno no dé barato ó de balde el local del paseo y del hipódromo, para que no compitan con ventaja

estas diversiones con la poesía y con el arte dramático?

Insiste el Sr. Eguilaz en que la ópera es una industria extranjera, una industria italiana; pero ¡qué razones de tan poco peso da para asegurarlo así! ¿Es razon el que los *librettos* estén en italiano? Los *librettos* son algo de muy accesorio é importan poquísimo. Nadie va á oir los *librettos*, sino la música.

Afirma tambien el Sr. Eguilaz que, en otras grandes capitales, y sobre todo en París y en San Petersburgo, se trata con ménos cariño por el Gobierno al teatro de la Ópera que allí llaman *italiano*, á fin de evitar la *competencia;* pero á mí se me figura que por allá suponen esa *competencia* y dan al teatro de la Ópera el título de *italiano*, en contraposicion, no de la *comedia francesa ó rusa*, sino de la ópera nacional de uno y de otro pueblo, los cuales tienen ópera nacional aparte, ó sueñan con que la tienen. No creo que nadie haya imaginado en París que el teatro de la Ópera italiana compita con otro teatro que no sea el de la grande ópera ú ópera francesa. Si en París no hubiese esta grande ópera, ni ópera cómica siquiera, sino un mixto de ópera cómica y de *vaudeville* (zarzuela), á nadie se le antojaria que el teatro donde se diesen las obras de Rossini, de Bellini y de Donizetti, habia de competir con esto.

En San Petersburgo acontece lo mismo. Nadie cree que el teatro italiano (de la ópera) compita con otro teatro que no sea el de la ópera rusa, ó de lo que allí se llama ópera rusa; esto es, de la ópera alemana con el *libretto* traducido al ruso, y de tal ó cual ópera de Glinka y no sé si de algun otro compositor.

En suma, yo comprenderia que, visto lo protegido que dicen que está el teatro Real, y visto que no se dan en él sino óperas extranjeras, se enfurruñasen los músicos españoles, y pidiesen que se les alquilase otro teatro, tan grande y tan barato como el Real, para que en él se ejecutasen óperas españolas, ó si se quiere extranjeras, con el libreto traducido. Lo que no comprendo, repito, es la competencia de la ópera con la poesía y con el arte dramáticos.

Nada de lo expuesto se opone, y aquí voy á terminar esta carta plomiza, á que yo viese con el mayor placer que el Gobierno, sin empuñar la férula de la crítica y del buen gusto y sin presumir de Mecénas, se gastaba unos cuantos millones en construir un teatro para verso, y se le alquilaba, de un modo más ventajoso aún que alquila el de la ópera, á cualquier empresa que ajustase una excelente compañía de cómicos y pusiese en escena las comedias y los dramas originales, antiguos y modernos, con el decoro de-

bido. Pero miéntras el Gobierno, por falta de dineros y por sobra de obligaciones, no quiera ó no pueda construir y dar poco ménos que de balde el mencionado teatro, no me parece justo que nos quedemos sin ópera buena, porque no hay buen teatro de dramas. El remedio sería peor que la enfermedad.

Debo, por último, advertir que este favor que se hace á la ópera no puede ni debe hacerse al drama, dejando de favorecer á la ópera; el drama lo necesita mucho ménos. Lo esencial en el teatro de verso es que sean buenos los dramas y que los actores tambien lo sean. El aparato, la orquesta, los coros y otros muchos artículos ó requisitos costosos, ó no se necesitan, ó se dispensan en el drama, y en la ópera no.

Aquí concluyo mi carta asegurando al Sr. Eguilaz que no me pesa, ántes me agrada infinito que los autores de comedias ganen ó puedan ganar hasta cinco mil duros anuales.

Ojalá como son cinco
Fueran cinco veces cuatro.

Así irá el público tomando aficion á la literatura, y así llegará un dia en que los novelistas, los historiadores y hasta las filósofos, aunque sean alemanescos y enrevesados, ganen otro tanto con sus obras.

Dispense V., señor director, que le llene hoy la cuarta plana de su apreciable periódico con esta larga carta, que no leerán con paciencia arriba de diez personas, aunque yo no me quejo de la música ni de nadie, sino de mi corta habilidad. Créame su afectísimo amigo y S. S., Q. B. S. M.—Eleuterio Agoretes.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# ÍNDICE.

Páginas.

De la revolucion en Italia. . . . . 5
Sobre el libro titulado *El Papa y los gobiernos populares*, por D. Miguel Sanchez, presbítero. . . . . 61
España y Portugal.. . . . . 103
Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX. . . . . 165
Recepcion del Sr. D. Pedro Madrazo en la Real Academia de la Historia. . . . . 181
Orientales. — Coleccion de poesías traducidas directamente del arábigo en verso castellano, por D. Pedro Lahitte Ricard, catedrático sustituto de lengua árabe en la Universidad de Granada.. . . . . 195
*Cuentos y fábulas* de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, tomos I y II. . . . . 205
Biblioteca selecta de autores antiguos españoles, que escribieron en lengua latina y

Páginas.

árabe desde la dominacion romana hasta el siglo XIV de nuestra era. Publícase bajo la direccion de D. Luis García Sanz, etc. . 217
Sobre el discurso acerca del drama religioso español, ántes y despues de Lope de Vega, escrito por D. Manuel Cañete, individuo de la Real Academia Española, etc.. . . 227
Observaciones sobre el drama titulado *Baltasar*, de la Sra. D.ª Gertrúdis Gomez de Avellaneda.. . . . . 265
De la moralidad en el teatro. . . . . 287
Cartas en defensa del teatro Real.. . . . . 307

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

JAN 1 1964

DEC 31 1966

Russell Sage
4-7-68

FEB 9 '61 H